

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



DIRECTOR:

MANUEL MACHADO

Redactor Jefe:

A. MILLARES CARLO

SUMARIO

LUIS CALANDRE.—*El antiguo palacio de El Pardo.*

SANTIAGO MONTOTO.—*Lope de Vega y Don Juan de Arguijo.*

B. SÁNCHEZ ALONSO.—*La expresión literaria del sentimiento de la naturaleza.*

EMILIANO M. AGUILERA.—*La iglesia parroquial de la Concepción y San Carlos Borromeo, de la Casa de Campo.*

CRISTÓBAL ESPEJO.—*Proyecto para restablecer la monarquía.*

F. LAYNA SERRANO.—*Descripción e historia del castillo de Buitrago.*

VARIEDADES: LUIS DE SOSA: *Las licencias de Don Nicolás Salmerón.*

JOSÉ SUBIRÁ: *Un fondo desconocido de tonadillas escénicas.*

RESEÑAS: Ortega y Gasset, José.—*España invertebrada* (L. DE S.).—*Ballesteros Beretta, Antonio.—Historia de España y su influencia en la Historia Universal* (J. DELEITO Y PIÑUELA).—*Pérez Martínez, Héctor.—Júarez el impasible* (L. DE S.).—*Vera, Francisco.—La cultura española medieval* (S. DE R.).—*Bergua, José.—Psicología del Pueblo Español* (AURELIO BAIG BAÑOS).—*Pijoán, José.—El arte romano* (L. DE S.).—*Vindel, Francisco.—El librero español. Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días* (AURELIO BAIG BAÑOS).

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO XI

JULIO, 1934

NÚMERO 43

EL ANTIGUO PALACIO DE EL PARDO

Nuestra participación en las actividades del Consejo que desde el advenimiento de la República rige y administra los bienes que pertenecieron al Patrimonio Real, nos ha dado ocasión para recoger datos interesantes acerca de lo que fué el antiguo palacio de El Pardo antes de sufrir su transformación en el reinado de Carlos III. A juzgar por las descripciones que de la casa real de El Pardo se hicieron por escritores de aquellas épocas, debió ser algo que llamara poderosamente la atención en toda Europa, por la belleza de su emplazamiento, por la gracia de su fábrica y por el valor inestimable de su contenido.

Con los datos, descripciones, cuadros y dibujos que hemos podido encontrar, hacemos una simple compilación y la ofrecemos aquí. Pero estando muy distantes de éstas nuestras actividades habituales, no nos hubiéramos atrevido a publicar estas notas, de no recibir la orientación y el auxilio de personas entendidas. Damos por ello las gracias más sinceras a don Eulogio Varela, archivero del Ayuntamiento de Madrid; a don Francisco J. Sánchez Cantón, subdirector del Museo del Prado, y a don Jesús Domínguez Bordona, director de la Biblioteca del Palacio Nacional.

En el lugar en que se halla actualmente el palacio de El Pardo, hubo en tiempos muy lejanos una casa real, que mandó construir Enrique III en 1405, de cuyo estilo y dimensiones no nos quedan datos ningunos. Allí debía ir seguramente con frecuencia Enrique *el Doliente* a aventar sus me-

lancolias (1). Una centuria larga transcurrió, durante la cual las historias no hacen mención especial de esta residencia de caza. Se sabe sin embargo que debería hallarse rodeada de defensas que permitieran el sosiego y seguridad de sus moradores, según lo indica un albalá de Enrique IV mandando que los caballeros, iglesias y monasterios ayudasen a la construcción de la fortaleza de El Pardo: «... mandé a pedro de cordoua mi alcayde de la casa del pardo que a la fortaleza della fagan una caba e otras labores que es mi merced que en ella se fagan, e que para ello puedan echar e rrepartir todas las carretas e peones e bestias e cal e madera e teja e ladrillo e otros quales quier pertrechos e manherir peones e bestias que fueren necesarios para la dicha labor. E por quanto mi merced es que las dichas obras se fagan lo más prontamente que se pueda, e porque en la dicha villa de madrid e su tierra hay muchas personas ... que son excusados ... e si todos ouiesen de gozar delas dichas libertades e exenciones yo non me podría servir dellos nin las dichas obras non se podrían facer como deuen ... e a mi se rrecresceria dello gran deservicio ... e quando fueredes rrequeridos por el dicho pedro de cordoua mi alcayde ... le dedes e fazades dar prestamente todas las carretas e peones e cal e madera e teja e ladrillo e pertrechos e peones e bestias para la dicha lauor ...» (2).

También se tiene noticia de que en alguna ocasión pudo servir esta casa real como prenda pignoraticia que aliviara a los Reyes Católicos en alguno de sus apuros económicos, según se muestra en la siguiente cédula de estos reyes pidiendo a Madrid su consentimiento para hipotecar la fortaleza de El Pardo a favor de Pedro de Castilla y de su mujer la condesa Catalina de Laso:

«Concejo, alcalldes, alguacil, rregidores, caualleros, escuderos, ofiçiales e omnes buenos de la noble villa de madrid. Porque en cierta capitulación que por nuestro mandado fué fecho con don pedro de castilla, a tiempo que de él compramos la villa de mondejar, fué con él capitulado

(1) «D. Enrique tercero de este nombre, entre los Reyes de Castilla, y el segundo de León, sucedió al Rey don Iuan el Primero, su padre, el año de mil trescientos y noventa. Es llamado el Iusticiero, por el mucho zelo que tuvo de hacer justicia, y por sus continuas enfermedades, el Enfermo.

Hizo extraordinarias diligencias con Embaxadores propios, para entender como governavan sus Reynos, no solamente los Reyes christianos de España, Francia, Inglaterra, Nápoles, Boemia, Ungria, u otros Señores y Señorías: mas los Moros de Marruecos, y de Túnez, al turco Bayazeto, y al Tamurbec, que llama el vulgo Tamorlan, el qual le respondió con otra tal embaxada, y un gran presente. Labró el Rey el Palacio Real de Madrid, con sus torres y la Casa de el Pardo y el monasterio de Miraflores.»

Salazar de Mendoza, *Origenes de las dignidades seglares de Castilla y León*. En Madrid, en la Imprenta Real, año 1657; libro tercero, cap. XXVI.

(2) Córdoba, 7 de mayo. Timoteo Domingo Palacios, *Documentos del Archivo general de Madrid*, 1888; tomo III, págs. 195-198.

e executado por nuestro mandado que en prendas de quatro quentos de marauedis en cuenta de los doze quentos que le ouimos de dar por la dicha villa de mondejar, le ouiesemos de dar y entregar la fortaleza del pardo en prendas delos dos quentos e medio dellos por el un quento e quinientos mill maravedis rrestantes, ciento e cinquenta mill maravedis de juro situados en ciertas nuestras rrentas atal condiçion que si dentro de dos annos primeros siguientes non le diesemos e pagasemos los dichos quatro quentos de marauedis que la dicha fortaleza del pardo e los dichos cient e cinquenta mill marauedis de juro quedasen dende en adelante por suya para siempre jamas, e por seguridad desto desde agora nos le otorgamos venta dela dicha fortaleza del pardo con su tierra e termino, e delos dichos cient e cinquenta mill marauedis de juro, e él nos dió aparte cartas de gracia para que si dentro delos dichos dos annos le pagasemos los dichos quatro quentos de marauedis las dichas ventas fuesen ningunas e de ningund efecto e valor. E otrosy enla dicha capitulación fué asentado que nos fariamos que esa dicha villa diese su consentimiento enla dicha venta dela dicha fortaleza del pardo. E asy mismo que esa dicha villa se obligaua dele pagar los dichos quatro quentos de marauedis si nos non gelos pagasemos dentro del dicho termino delos dichos dos annos. Por ende nos vos mandamos e encargamos que por ser nuestro seruicio otorgueys el dicho consentimiento e obligación al dicho don pedro de castilla e dela dicha condesa su muger, que nos por la presente vos certificamos que antes de ser conplido el dicho termino con muchos dias daremos e pagaremos al dicho don pedro e de dicha condesa donna catalina laso, su mujer, los dichos quatro quentos de maravedis e que vos daremos e entregaremos la carta de consentimiento e obligación que asy vos les fizieredes para que vos otros los rrasgueys, por manera que esa villa quede libre e quita de la dicha obligación. Delo qual vos damos nuestra fé e palabra rreal delo conplir asy rreal mente e con efecto. E porque sobre ello escriuimos al docttor de madrid del nuestro consejo para que de nuestra parte vos fable nos vos mandamos que le dedes entera fee e creencia. De Salamanca viernes XXVII dias de enero de ochenta y siete annos.—Yo el Rey—Yo la Reina.—Por mandado del Rey e de la Reyna, fernando aluarez» (3).

El emperador Carlos V, que gustaba mucho de visitar El Pardo, se alojaba en aquella antigua casa, ya quizás medio arruinada y de escasa capacidad para el séquito que le acompañaba en sus cacerías. Por esto, o acaso sobre todo por la influencia de su hijo Don Felipe, que ya desde príncipe mostraba una inclinación marcada a la edificación, mandó demoler la casa

(3) Timoteo Domingo Palacio: *Documentos del Archivo general de Madrid*, tomo III, páginas 295-297.

real en 1543 y construir allí mismo un palacio bajo la dirección de su arquitecto Luis de Vega. En la fachada de Poniente del edificio, de estilo plateresco muy sencillo, en el dintel de la puerta principal, aún se lee hoy la inscripción CAROLVS I. ROM. IMP. HISP. REX. 1547. El emperador no llegó a ver la terminación de esta obra, que debió ocurrir por el año 1558, pues después de haber abdicado en su hijo Felipe II sus estados de Flandes en 1555 y los de España en 1556, habíase retirado al monasterio de los Jerónimos de Yuste en donde acabó sus días el 21 de septiembre de 1558.

Felipe II mostró siempre una decidida afición a los bosques de caza y al embellecimiento de las casas reales: «...este gran Rey —dice Pedro de Cerbantes— (4) fué el que plantó en Madrid de asiento su Corte, año de 1561. Y quien ordenó y ennoblecíó todas las Casas Reales y Bosques de su contorno para las Reales Recreaciones; y especialmente los del Pardo, Aranjuez, El Escorial y Balsain, el que al Alcázar de Madrid añadió la Casa de Campo, El Parque y Bosque de la Sagra, el Quarto Real en el Convento de San Gerónimo, la Casa y Bosques de Vacia-Madrid, Ribera de Xarama, a quien añadió las Dehesas y Sotos del Piul, Palomarejo, Aldeguela, Pajares, Gozquez, Santiestevan y quatro Islas, con que dilató con estos Sotos, y Riberas, las Monterías Reales desde Vacia-Madrid hasta Aranjuez con quien las unió e incorporó ilustrándolo todo con edificios, jardines, huertos, árboles y otras amenidades».

Felipe II terminó la construcción del palacio de El Pardo, poniendo en todos sus detalles el mayor cuidado, hasta el punto de hacer venir de Flandes obreros especiales para colocar las pizarras de las techumbres y los emplomados de las ventanas.

Existe una carta de Felipe II fechada en Bruselas el 11 de mayo de 1559, dirigida a Gaspar de Vega, ordenando «... que los tejados del bosque de Segovia... se hagan de Pizarra a la manera de los de estos estados. Agoran van los oficiales, y con ellos Miguel de Namur, mi criado». A primeros de julio llegaron estos pizarreros a Valladolid; y en carta de 22 del mismo, mandó el rey a Gaspar de Vega, que mientras «...yo llegue, haréis que se tengan buscadas canteras de pizarra que estuviesen más cerca y a propósito; así de esa casa del Bosque, las de Madrid y el Pardo, Toledo, Aranjuez y Aceca» (5).

(4) *Recopilación de las Reales Ordenanzas y Cédulas de los Bosques Reales del Pardo, Aranjuez, Escorial, Balsain y otros. Glosas y Comentarios a ellas...* Dedicado al Rey Don Carlos II Nuestro Señor. Por mano del Excmo. señor Conde de Oropesa. Autores El Licenciado Don Pedro de Cerbantes, que lo empezó; y Don Manuel Antonio de Cerbantes su sobrino. Alcaldes de la Casa y Corte de Su Magestad y Iuezes de sus Reales Obras y Bosques... En Madrid, en la oficina de Melchor Alvarez, año 1687.

(5) Eugenio Llaguno, *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España*. Madrid, 1829.

El rey Felipe, que tenía para este palacio la mayor estima, adornó sus estancias con la mejor colección de pinturas que por aquel tiempo había en el mundo, alcanzando por ello este palacio un dilatado renombre.

Hizo decorar también los muros y bóvedas, encargando de ello a los afamados pintores de aquella época Gaspar Becerra, Jerónimo de Cabre-
ra, Teodosio Mingot y Juan Bautista Bergamasco.

La primera descripción que de aquel palacio hemos encontrado es la que hace Juan López de Hoyos, maestro de Miguel de Cervantes, en su libro

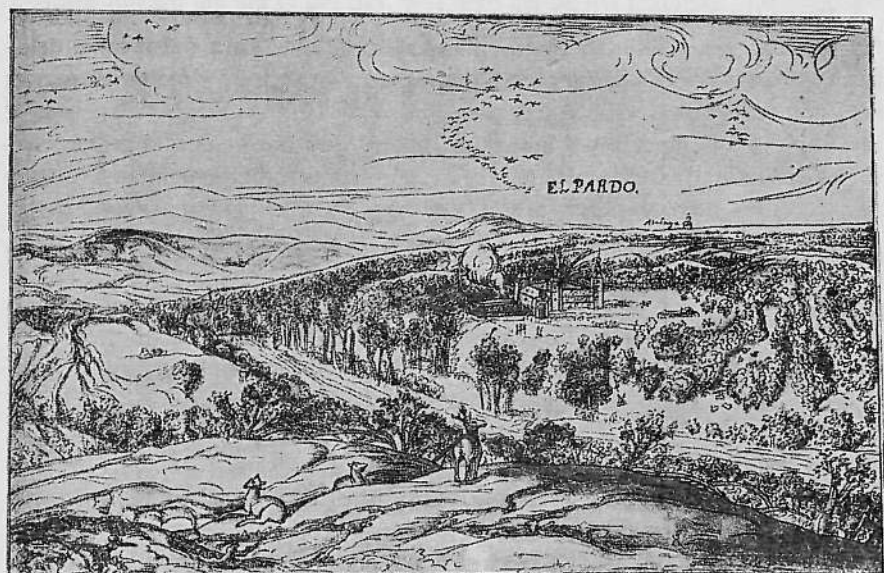


Fig. 1.^a—El palacio de El Pardo en la época de Felipe II

Real Apparato... (6), publicado en Madrid en el año 1572, y que transcribimos a continuación:

«Los bosques que llaman del Pardo, que es una de las más raras recreaciones que príncipe ni monarca tiene en todo el orbe de caza, de cualquier género que se pueda desear, de venados, ciervos, gamos, jabalíes, liebres, conejos, caza de volatería principalísima de mucho deleyte y recreación, pesca de truchas y peces sabrosísimos, harto digna de ser historiada.

No digo de la casa y reales palacios que el catholico rey don Philipe nuestro Señor, en el que ha ilustrado con tan sumptuosa fábrica y mara-

(6) Juan López de Hoyos, *Real apparato y sumptuoso recebimiento con que Madrid (como casa y morada de S. M.) recibió a la serenísima reina doña Ana de Austria viniendo a ella nuevamente, después de celebradas sus felicísimas bodas...* Con privilegio impreso en la Coronada villa de Madrid por Juan Gracián, 1572; fol. 18.

villosos términos de arquitectura, que admira su pulcra y ornato, su compartimiento y capacidad, pintura y retratos los mas raros del mundo, campea mucho por deleitosas vistas y agradables lexos, con quatro torres que de sus quángulos se levantan, del mas sobervio y vistoso artificio que monarca en el mundo tiene. Porque desde su planta hasta sus capiteles son de esquisita fábrica, proporcionada grandeza y muy alegre y desenfadado ventanaje, sus fosos y barbacanas (dexando a parte) que es fuerte, es muy agradable jardín, de muchas verduras, arrayanes, muchas gran diferencias de gemas y flores raras y exquisitas de grande olor y fragancia.

Passo los muchos y artificiosos relojes, así de sol, como de campanas las officinas y servicios distintos y tan acomodados para todos los officiales y ministros del servicio de su Magestad: porque si todo ello quissiesemos poner su descripción, sería hazer un muy gran volumen tan inteligible como la descripción del laberinto del rey Minos, o como la del laurentino Plinio. Dixo tambien la mucha abundancia de colmenares, las muchas y diferentes florestas, con tantos generos fructales que parece hazelle injuria passar por ello con tanta brevedad.*

Más completa, detallada e interesante es la descripción que, con brillante estilo y gran acopio de datos, hizo Gonzalo Argote de Molina, cronista de Felipe II, en su *Discurso sobre la Montería*, con que acompañó la publicación del *Libro de la Montería*, que mandó escribir el rey Alfonso XI hacia 1340. El libro de Argote de Molina fué editado en Sevilla en 1582 (7). El último capítulo de esta obra contiene la siguiente descripción del bosque y casa real de El Pardo:

•A dos leguas de Madrid está el Pardo, casa de placer de Su Majestad, plantada en medio de un bosque, junto al río Manzanares, que, naciendo de la sierra de Segovia, pasando por este bosque entre verdes álamos y sauces, entra en el río Xarama: dista este río un tiro de arcabuz de la casa, donde se ve una hermosa y aseada puente de madera. La casa es en figura cuadrada, y en las esquinas della quatro torres con rico ventanaje, y en lo alto de cada una sus chapiteles y harpones, y en torno una ancha cava, y en el fondo della muchos compartimientos, vasos y macetas de hierbas medicinales y flores extrañas, traídas con mucha curiosidad de diversas regiones, adornadas las paredes de la cava con jazmines, hiedra y rosas, y en cada esquina una fuente de agua que por mascarones de piedra sale.

Entrase en la casa por dos puentes de piedra, que se causan de la

(7) *Libro de Montería que mandó escrevir el muy alto y poderoso D. Alonso de Castilla y de León, ultimo de este nombre*. Acrecentado por Gonçalo Argote de Molina. Sevilla, Andrea Pescioni, 1582. Una reedición de este libro ha sido hecha en Madrid, edit. Rivadeneira en 1882, por D. José Gutiérrez de la Vega, en su Biblioteca Venatoria.

cava, y debajo dellas están dos aposentos con sutiles redes de alambre defendidos, donde gran número de pajaricos, con dulce y concertada armonía, hacen aquel lugar más agradable. En la portada está un reloj con su mostrador, que por la parte del campo y de la casa enseña las horas, tocando tres campanillas, que con música concertada son precursoras de la hora, sirviendo juntamente de tocar los cuartos.

Es la casa labrada de piedra berroqueña, con dos corredores altos y bajos, el uno a la entrada y el otro a la frontera, y en las paredes de los lados van pintados dos círculos en cada una, que el uno muestra por la sombra del sol las horas del día, y el otro las de los planetas. Todo el apo-



Fig. 2.^a — *Venus y Antiope*, de Ticiano

sento bajo es de los oficiales de la casa, porque Su Majestad siempre se aposenta en lo alto della.

En la primera sala alta se ven muchos tableros y lienzos de pinturas; sobre la puerta está pintado al óleo, de mano del gran Ticiano, Júpiter convertido en sátiro, contemplando la belleza de la hermosa Antiopa, que está dormida.

Vese mas adelante, de mano de Antonio Moro, dos retratos, de dos muchachas; la una alemana, que con el cabello rubio erizado, representa una extraña figura. La otra, que siendo de poca edad, tenía la barba tan poblada de cabellos como tiene comunmente un hombre de treinta años.

A estas sigue otra tabla del mismo Moro, de retrato de un folletero de Flandes, que, con gran barriga, extraño rostro y villanísimo vestido, hace un maravilloso personaje con los instrumentos de su oficio, y una vieja y una hermosa que le llevan a aderezar sus fuelles.

De mano de Hierónimo Bosco, pintor de Flandes, famoso por los disparates de su pintura se ven ocho tablas, la una dellas de un extraño muchacho que nació en Alemania, que, siendo de tres años nacido, parecía de siete años, que ayudado con feisimo talle y gesto, es figura de mucha admiración, a quien su madre está envolviendo en mantillas. Las otras tablas de tentaciones de Sant Anton.

En la frontera se ve un lienzo al temple del retrato de Fonte Nebleu, casa de placer de los Reyes de Francia de mucha admiración y grandeza.

Aquí se ven los retratos de las fiestas y triunfos de Binz, que la Reina María y los estados de Flandes hicieron al Rey nuestro Señor; cuando siendo Príncipe, pasó a aquellos estados de quien Cristóbal Calvete Destella, doctísimamente escribió un itinerario llamado *El Viaje del Príncipe*, donde destas fiestas se hace memoria y las puede ver el curioso lector (8).

Desta sala se pasa a un corredor, cuya vista descubre aquel precioso bosque, poblado de diversidad de animales, jabalíes, corzos, gamos, liebres y conejos, que no muy zahareños por entre aquellos árboles se ven andar paciando, corriendo y saltando, y otros muchos animales, como son gatos monteses, lobos y zorras, picazas, garzas y ánades, y casi todos los generos de aves, quel aire cortan, gozando de aquel ameno sitio a su albedrío.

Vese en este corredor, pintado en lienzo, de mano de Antonio de las Viñas, flamenco (9), pintor valiente, las grandes islas y tierra de Zelanda, con todas sus villas, puertos, ríos, riberas y diques, con todo el mar, que descubre el gran reino de Inglaterra. En uno de los corredores de dentro está la Capilla Real, labrada de estuco blanquísimo, y en ella un retablo del descendimiento de la Cruz, contraecho a otro que Su Majestad tiene en Sant Lorenzo el Real, de mano de Maestre Miguel, pintor flamenco que la Reina María envió a su Majestad de Lovaina.

Del corredor del campo, se va a un aposento cuadrado, el techo del cual está pintado de prespetiva, de extrañísima pintura, de mano de Pelegrín, vedriero de Su Majestad, excelente matemático y relojero.

Sobre la chimenea deste aposento está una tabla, donde se ve pintado el Gran Duque Carlos de Borgoña, que va a caza con la Duquesa y sus damas y caballeros, vestidos todos de blanco, con extraños trajes y tocados a la usanza de aquellos estados.

Adelante deste aposento está otro labrado de estuco, pintado todo de prespetiva y compartimientos del color y forma de los escritorios de encajes de madera que traen de Alemania, y cerrando la puerta, queda encubierta de tal manera con la pintura, que no se atina con su lugar.

(8) Hay reimpresión moderna por la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid, 1930.

(9) Antón van Wyngaerde.

De aquí se pasa a la Sala Real de los retratos, donde por lo alto della, metidos en sus frisos dorados, se ven cuarenta y siete retratos de los Príncipes, damas y caballeros siguientes por esta orden:

- 1.—El invictísimo Carlos Quinto, Emperador de Alemania y Rey de España. (T.)
- 2.—La Emperatriz doña Isabel, su mujer. (T.)
- 3.—La Majestad Católica del Rey Don Felipe, Nuestro Señor, Rey de España, segundo deste nombre. (T.)
- 4.—Doña Catalina, Emperatriz de Alemania, mujer de Maximiliano, segundo deste nombre. (A. M.)
- 5.—Doña Joana, Princesa de Portugal, hija de Carlos Quinto, mujer del Príncipe Don Joan. (A. S.)
- 6.—Doña Catalina, Reina de Portugal, mujer del Rey Don Joan Tercero. (A. S.)
- 7.—Don Joan, Príncipe de Portugal, padre del Rey Don Sebastián. (A. M.)
- 8.—Don Luis, Infante de Portugal. (A. M.)
- 9.—La Infanta doña María de Portugal. (A. M.)
- 10.—Emanuel Filiberto, Duque de Saboya. (T.)
- 11.—Madama Margarita, inglesa. (A. M.)
- 12.—Milora Dormer, inglesa, Duquesa de Feria. (A. M.)
- 13.—La Condesa de Belduch. (M. L.)
- 14.—La hija del Almirante de Inglaterra. (M. L.)
- 15.—El Duque de Delfoch, hijo del Rey de Dinamarca. (A. M.)
- 16.—Don Fernando Alvarez de Toledo, Gran Duque de Alba. (T.)
- 17.—Ruygómez de Silva, Príncipe de Éboli, Duque de Pastrana, Sumiller de Corps del Rey nuestro Señor. (A. M.)
- 18.—Don Joan de Benavides, Marqués de Cortes. (A. M.)
- 19.—Don Luis de Carvajal, primogénito de la casa de Xodar. (A. M.)
- 20.—Don Luis Méndez de Haro, Marqués del Carpio. (A. S.)
- 21.—Don Diego de Córdoba, Primer Caballerizo de Su Majestad. (A. S.)
- 22.—Antonio Moro, natural de Utrec, ciudad de Holanda; pintor famosísimo, retratado de su propia mano. (A. M.)
- 23.—El Señor Don Juan de Austria. (A. S.)
- 24.—Don Carlos, Príncipe de España, hijo del Rey Don Felipe, Nuestro Señor. (S. A.)
- 25.—Doña Isabel, Reina de España, tercera mujer del Rey Don Felipe Nuestro Señor, hija de Enrico, segundo deste nombre, Rey de Francia, de mano de Sophonisba, dama que trajo de Francia, excelentísima en retratar, sobre todos los pintores desta edad.
- 26.—Rodolfo, Emperador de Alemania. (A. S.)
- 27.—Ernesto, su hermano, Archiduque de Austria. (A. S.)

- 28.—Ticiano, pintor el más excelente de su tiempo, natural de Venecia, cuyo retrato se ve teniendo en sus manos otro con la imagen del Rey Don Felipe Nuestro Señor. (T.)
- 29.—Mauricio, Duque de Cleves. (T.)
- 30.—Joan Federico, Duque de Sajonia, a quien rindió el Emperador Carlos Quinto, Nuestro Señor, en Alemania. (T.)
- 31.—La Duquesa de Baviera. (T.)
- 32.—La Duquesa de Lorena. (T.)
- 33.—La Condesa Palatina del Rhin. (T.)
- 34.—Siete Infantas, hijas del Emperador Don Fernando; Ana, mujer de Alberto, Duque de Baviera.
- 35.—María, Duquesa de Cleves.
- 36.—Magdalena, monja.
- 37.—Catalina, mujer de Sigismundo Augusto, Rey de Polonia.
- 38.—Leonora, Duquesa de Mantua.
- 39.—Bárbara, Duquesa de Ferrara.
- 40.—Joana, mujer de Cosme de Médicis, Duque de Florencia, de mano de un valiente pintor de Alemania.
- 41.—Fernando, Archiduque de Austria, hermano del Emperador Maximiliano. (A. S.)
- 42.—Carlos, Archiduque de Austria, su hermano. (A. M.)
- 43.—Maximiliano segundo, Emperador de Alemania. (A. M.)
- 44.—María, Reina de Hungría, mujer de Ladislao, Rey de Hungría, hermana del Emperador Carlos Quinto. (A. M.)
- 45.—Leonora, Reina de Francia, mujer de Francisco Primero, Rey de Francia, hermana del Emperador Carlos Quinto. (A. M.)

Son todos estos retratos de vara y tercia de grandeza, que descubren el cuerpo entero, poco menos que hasta la rodilla, los cuales cercando en torno toda la sala, representa la pieza de mayor majestad y ornato que Su Majestad tiene. Los que van señalados con esta letra T. son de mano de Ticiano. Y con estas A. M. de Antonio Moro. Y con A. S., de mano de Alonso Sánchez Coello, pintor famoso de Su Majestad. Los de las letras M. L. son de Maestre Luca, pintor flamenco; todos de los mejores y mas celebrados pintores deste tiempo. Vese por bajo destos retratos dos de Stanislao, enano de Su Majestad, de quien se ha hecho memoria en este libro, y cuatro al temple, de las villas de Valladolid y Madrid, y de las ciudades de Londres y Napoles, con ocho tablas de pintura de las jornadas quel Emperador Carlos Quinto, Nuestro Señor, hizo en Alemania, de mano de Joan de Barbalonga, flamenco, a quien dieron este nombre porque tenía la barba de una vara y media de largo.

De aquí se va a los aposentos de los Reyes. Y a estos sigue el aposento de la camarera, que está pintado al fresco, de mano de Becerra, natural

de Baeza, cuyo pincel igualó a los mejores pintores destos tiempos, y de mano de Joan Baptista Bergamasco, y Romulo, italianos, donde se ve la historia de Perseo, con muchas tarjas a lo romano, de admirable pintura sobre estuco.»

Pocos años después, Jehan Lhermite, nacido en Amberes, que había servido en la Corte de España como gentilhomme de Cámara de Su Majes-

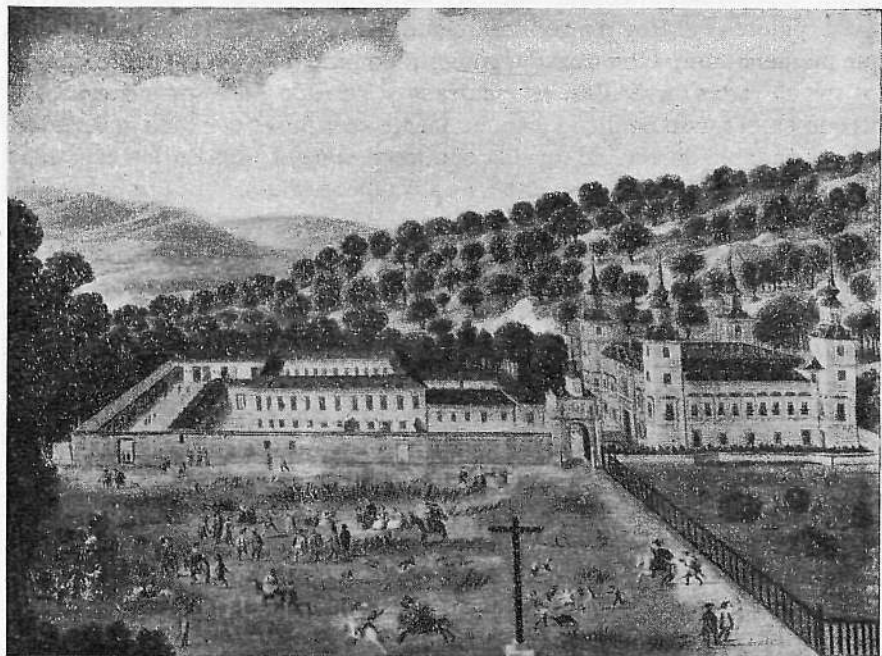


Fig. 3.^a—El palacio de El Pardo en la época de Felipe IV. (Colección Instituto de Valencia de Don Juan)

tad, y que había tenido ocasión de acompañar a Felipe II en los frecuentes viajes que hacía por todo el país, escribió a su regreso a Bélgica, en 1602, un relato de sus memorias y andanzas, al que tituló *Pasatiempos* (10). De las atrayentes páginas de este libro, todas impregnadas de un marcado sabor de época, interesantísimas sobre todo por ser el reflejo de una fina observación de los lugares y de las personas, entresacamos la siguiente

(10) El manuscrito del *Pasatiempos*, escrito por J. Lhermite en 1602, no fué publicado hasta 1890, por Ch. Ruelens, bajo los auspicios de la Biblioteca Real de Bélgica. Amberes, editorial I. H. Buschmann.

descripción de la casa real de El Pardo, en la que no falta un delicioso dibujo (fig. 1.^a) que tenemos por el más antiguo que de tal palacio exista:

«Su Majestad partió de San Lorenzo el Real al día siguiente de Todos los Santos hacia el Pardo, donde quedó como de costumbre todo el mes de noviembre, durante el cual tuvimos allí muchos pasatiempos y recreos, siendo este lugar muy agradable y deleitoso y la casa muy cómoda, hecha a imitación de las de nuestro país, como claramente podrá verse por la figura. Las salidas al bosque son muy fáciles para todos y allí se recrean los servidores del Rey maravillosamente. La casa, es bastante bella y aunque pequeña, muy bien trazada, cubierta de pizarras y en los cuatro ángulos sus elevadas torrecillas: es cuadrada y cercada de fosos sin agua, habiendo en el fondo de dicho foso, un jardín con flores por todo al rededor, muy agradable de ver. Se tiene la opinión de que el agua en las cercanías de las casas no suele ser saludable a causa de los vapores y humedad que atrae, y por tanto, allí no la había, fuera de cuatro fuentes en los cuatro ángulos del foso, que servían tan sólo para el riego del jardín. Había en una galería alta, muchos retratos de grandes señores y Príncipes, todos hechos de mano de los dos más famosos pintores, Antonius Morus y Titianus, que había en su tiempo, los cuales han dejado allí también sus propios retratos, colocados entre tantos otros personajes ilustres, tales como el Emperador Carlos y la Emperatriz, su hermano el emperador Fernando y todos los de su descendencia y muchos otros de particulares, dignos de estar colocados entre ellos: que todos, con muchas otras pinturas adornaban maravillosamente esta galería y siguiendo adelante a otra no menos bella que espaciosa, había también gran número de hermosas pinturas de diversos pintores y de diferentes asuntos, la mayor parte de ellas de mano de Hierome Bosque y de su invención, también algunas del mencionado Titian y entre otras, siete lienzos representando las fiestas que la Reina de Hungría, gobernadora que fué de los Países Bajos, hizo a Su Majestad a su entrada en estos países, en la villa de Bins, de las cuales todo el mundo no cesaba de hablar, y otros ocho cuadros de la campaña que hizo el difunto Emperador Carlos Quinto en Alemania contra el Duque de Sajonia, habiendo además en una capilla, un muy hermoso cuadro de altar, que es copia de una famosa pintura en que nuestro Señor es descendido de la cruz, cuyo original se ve en la ciudad de Gante. En las cuatro torres estaban todas las paredes pintadas en perspectiva de construcciones y fábricas de muy hábil mano e igualmente los techos de algunas habitaciones y el de la gran galería, muy artísticamente pintados sobre lienzos bien tensos. En las vidrieras del medio día, había relojes de sol pintados sobre el mismo vidrio y el mostrador o índice, que señala la hora por fuera, enhiesto y alzado sobre los grados de inclinación de aquel polo, por donde se podía ver muy fácilmente la hora que era, dando el sol por encima, lo cual por

parecerme cosa muy curiosa y muy facil de imitar, lo he querido traer aqui para recuerdo.

Esta casa fué comenzada en tiempos del difunto Emperador, donde había tan sólo una antigua torre del tiempo de los Reyes Católicos y acabada por Su Majestad moderna, que la ha mejorado grandemente, añadiéndole otras viviendas para comodidad y mejor alojamiento de sus servidores domésticos. El Emperador no solía tener inclinación por la fábrica, como después lo ha sido Su Majestad, el cual ya desde Príncipe nunca lo supo disimular; tanto que ocurrió un día (según me lo ha relatado un antiguo servidor del Emperador) que hallándose alojado el difunto Emperador



Fig. 4.^a—El palacio de El Pardo en la época de Felipe IV. (Colección Palacio Nacional)

en aquella casa antigua, con el muy reducido acompañamiento que había llevado consigo y Su Majestad, que entonces no era más que Príncipe y que se encontraba allí demasiado estrecho, habiendo pasado una mala noche, al ir al día siguiente a saludar a su padre, le preguntó el Emperador qué tal había pasado la noche, a lo que (queriendo aprovechar la ocasión) le respondió que bastante mal e incómodo, y que Su Majestad haría bien en agrandar la casa o bien en añadirle otra para la comodidad de todos, a lo cual el Emperador replicando le dijo esta sentencia bien digna de tan sabio Príncipe: *que los Reyes no avian de tener casa ni voluntad*. No cabe duda de que esto se lo dijo con alguna intención, pero no le fué posible impedir aquello a que la naturaleza tanto se inclina, según el verso que dice: *Naturam expellas furca, tamen usque recurret*. De tal modo fué así, que siguiendo su natural inclinación, insistió tanto el Príncipe, que pocos días después obtuvo permiso de su padre para poder construir una torre, que se

ve todavía en medio del bosque, bajo el pretexto de que sólo serviría para poner allí un hombre de guardia, que nosotros llamamos guardabosque, consignándole para ello un millar de escudos por una vez, que en aquel tiempo debería ser una suma bien grande, sobre todo considerando el poco dinero que Su Majestad manejaba entonces, no teniendo para su gasto ordinario más que sólo un escudo por día, y como su idea era otra, la de construir allí una torre alta y poderosa, no hubiera podido atender buenamente a una tal fábrica, si no hubiera tomado a préstamo, a más de aquellos mil escudos, otros quinientos (como lo hizo), de uno de sus servidores, gentil-hombre de su cámara, al cual sin duda alguna se los habrá pagado bien, a su tiempo, con usura e interés, y fué este edificio el primero que hizo en su vida, y no en verdad el último, como después bien se ha demostrado, no obstante las amonestaciones de su difunto padre el Emperador. Esta torre es llamada comunmente *Atalaya*, nombre moro que quiere decir lugar alto, sea torre u otra cosa, desde donde se puede descubrir todo el campo de alrededor, donde antiguamente, en tiempo de los moros, se solían poner guardas o centinelas contra los enemigos, pero ésta es aquí para la guarda del bosque y de la caza que hay en gran abundancia, tanto de venados como de volatería, tales como ciervos, gamos, jabalíes, conejos, zorras, gatos salvajes y otros animales semejantes, águilas, buitres, urracas, éstas en mayor abundancia aquí que en parte alguna, y palomas que nosotros llamamos *ramiers*, que allí son innumerables, alimentándose de bellotas, que hay en grandísima cantidad, no produciendo este bosque otro fruto, pues no hay allí más que esta clase de árbol, que es una especie de roble, pero de hoja diferente. Este árbol es de poca altura y la hoja nunca se le cae de una vez, de modo que quede del todo desnudo; así se va manteniendo por todo el año casi de un mismo aspecto, de tal modo que en tanto que una cae la otra crece, y produce una infinidad de bellotas, cuando el año es bueno y fértil, y es entonces cuando las palomas acuden aquí en mayor abundancia, siendo éste su verdadero pasto, porque son estas bellotas mucho mejores, más grandes y dulces que las de nuestros robles, y de tal manera que las gentes pobres las comen en lugar de castañas, y los ricos hacen de ellas también gran aprecio. Este árbol es llamado en español *encina*, y tiene la hoja pequeña, redondeada, dentellada y de un color triste, como de hoja muerta: la madera no es apropiada para otra cosa que para hacer leña...

En el mes de marzo de 1604 sufrió un gran incendio el palacio de El Pardo, en que se perdieron muchas de las valiosas pinturas que allí había. León Pinelo, en sus *Anales de Madrid*, deja consignada una referencia de tan lamentable siniestro: «El sábado, a 13 de marzo, habiendo salido el día antes SS. MM. del Pardo para esta corte [Valladolid] a la una de la

tarde se vió salir humo por el tejaro del cuarto de la Reina; dieron aviso al Alcalde-Casero y Veedor, los cuales subieron y levantando un ladrillo se descubrió un gran fuego que andaba entre el tabique y los bajos del desván, y luego fué creciendo de modo que dentro de tres horas ardían los cuatro cuartos del Palacio..., estuvo el fuego en las torres... durando el incendio hasta las tres de la mañana. Túvose por cierto que el fuego se originó en una chimenea trabando en un madero que salía del cañón... En la galería alta del Rey se quemaron cincuenta retratos grandes, en el corredor del Sol diez y siete cuadros de Flandes.»

Entre lo que se consiguió salvar de la devastación del incendio figuraba felizmente aquella maravillosa pintura de Ticiano que, según Argote de Molina, se hallaba sobre la puerta de la primera sala alta, que representaba a Júpiter y Antiope y que era la más preciada joya que adornaba aquel palacio (fig. 2.^a) (11). También quedaron respetados por las llamas los frescos del techo del aposento de la camarera, pintados por Gaspar Becerra, discípulo de Miguel Angel, representando la fábula de Perseo. Frescos que en la actualidad pueden aún admirarse perfectamente conservados, y acerca de los cuales D. Elías Tormo ha publicado un excelente estudio (12).

Felipe III mandó reconstruir el palacio, dirigiendo la obra Francisco de Mora, sucesor de Herrera en El Escorial. Duraron aquellas obras, que costaron 80.000 ducados, catorce años, doblándose al Norte y al Sur el número de balcones del piso principal (13). Aparte de esta modificación introducida en ambas fachadas, debieron quedar conservadas y repuestas las anteriores características arquitectónicas, como puede apreciarse comparando el grabado de Lhermite con una pintura de la época de Felipe IV que existe en el Instituto de Valencia de Don Juan en Madrid, y cuya fotografía (fig. 3.^a) debo a la amabilidad de su director, D. Manuel Gómez Moreno (14), o en otra de la misma época, existente en nuestro Palacio Nacional (fig. 4.^a)

(11) Este cuadro fué conocido durante mucho tiempo, inexactamente, con el nombre de la *Venus de El Pardo*. En 1623 Felipe IV regaló este famoso lienzo del Vecellio al entonces príncipe de Gales y futuro Carlos I de Inglaterra. Años más tarde, después de la trágica muerte de Carlos I, ajusticiado en White Hall por orden de Cromwell, en 1649, el cuadro fué vendido en pública almoneda, y adquirido por Jabach en 600 libras. De sus manos pasó a las del cardenal Mazarino, y a la muerte de éste lo compró Luis XIV en 10.000 libras. El cuadro estuvo a punto de perecer de nuevo en el incendio del antiguo Louvre en 1661. En la actualidad es uno de los lienzos más admirados del museo del Louvre, ocupando un puesto de honor en su salón *Carré*.

(12) Elías Tormo, «Gaspar Becerra», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Junio, 1913.

(13) Elías Tormo, *El Pardo. Cartillas excursionistas*. Hauser y Menet. Madrid, 1919.

(14) Publicado en el número 96 del *Catálogo de las pinturas del Instituto de Valencia de Don Juan* (Madrid, 1923), por F. J. Sánchez Cantón, atribuyéndolo posiblemente al pincel de J. B. del Mazo, yerno de Velázquez.

Las bóvedas de los salones del palacio fueron de nuevo decoradas por distinguidos artistas, pintores y estuquistas, distribuyéndose el trabajo en la siguiente forma: Eugenio Caxés, la sala de audiencias y la galería de la reina; Bartolomé y Vicente Carducho, la galería del Mediodía del cuarto del rey; el tocador de la reina, a Juan de Soto; los dormitorios, a Fabián Castello; a Luis de Carvajal y a Alejandro Semín, dos piezas; la escalera que sube a la cámara de la reina, a Jerónimo Mora, y a Francisco López lo que daba a las habitaciones del rey, en una de las cuales se colocaron una serie de retratos de la casa real de Austria, en su mayor parte pintados por Bartolomé González.

Después de restaurado el palacio de El Pardo, Felipe III llevó a él sus mejores pinturas, llegando a reunir una colección de 335 cuadros, entre ellos algunos de los que adornaban sus estancias antes del incendio.

«Brillaban en esta colección—copiamos de Pedro de Madrazo (15)—el *Carlos V a caballo*, de la batalla de Mühlberg, de Tiziano; el cuadro alegórico del mismo pintor de *Felipe II ofreciendo al cielo a su hijo don Fernando*; la *Antiope*, ya mencionada; el famoso oratorio (tríptico) del Bosch *Omnis caro fenum*, que está en El Escorial; *La Fe*, del Tiziano; *La Caridad*, tabla de autor germano, que atribuimos a Georg Penz, procedente de la colección de Mansfeld; los dos retratos de *Estanislao*, truhán del rey Felipe II, pintados por Tiziano; *La niña encrespada*, de Antonio Moro, y *La barbuda de Peñaranda*, del propio autor; 35 retratos de Pantoja que decoraban la nueva Sala de Retratos, y otros dos de bufones de Felipe III y Doña Margarita, llamados *Bonamic* y *Don Antonio*, con el perro *Baylan*, del mismo pintor; una célebre tabla del Bosch, llamada de *las Justicias*; siete lienzos al temple en la Sala del Sarao de la Reina, representando las famosas fiestas que en la ciudad de Bins hicieron a Felipe II siendo príncipe, su tía la reina doña María y los Estados de Flandes, en 1549, donde después de costosos regocijos, banquetes, saraos y torneos, se remedaron los caprichosos sucesos y aventuras de los libros de caballerías, encantando la vista de los espectadores con apariciones, tempestades, fechorías de nigrománticos y proezas de paladines esforzados; el *Castillo tenebroso*, la *Reyna fadada*, el encantador *Novabroch*, etc., y en que figuró el príncipe D. Felipe disfrazado de *Beltenebros*; «fiestas, dice Clemencin, *que no han tenido semejante en los siglos modernos*». Estos lienzos eran también procedentes de la colección de Mansfeld. Lucían además allí otros siete lienzos del Bassano que representaban, seis de ellos, *pasajes de la vida de*

(15) Pedro de Madrazo, *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España*, Barcelona, 1884.

Cristo, y el séptimo la fábula de *Orfeo*; en la Capilla del Rey, en lo alto, la copia del retablo del Descendimiento de Rogier Van der Weyden, ejecutada por Coxcyen; y en el Oratorio del Rey, en la Galería baja, el retablo del *Ecce Homo* y la *Dolorosa* de Tiziano en que volvían a estar juntos los dos cuadros del Vecellio que Carlos V en Yuste había divorciado para acoplarlos con otros dos del maestro Michiel.

Dominaban en aquella colección del Pardo los retratos y las escenas de montería y boscajes.—De retratos, sin contar los clásicos de Tiziano, ya citados, hallamos dos soldados de la guardia del rey, acaso dos truhanes, uno tudesco y otro español, llamado *Rollizo*. Hallamos además 16 retratos de personajes de la casa de Austria, de medio cuerpo y todos de un tamaño, colocados junto a la cornisa en la sala donde se abre para S. M., y pin-

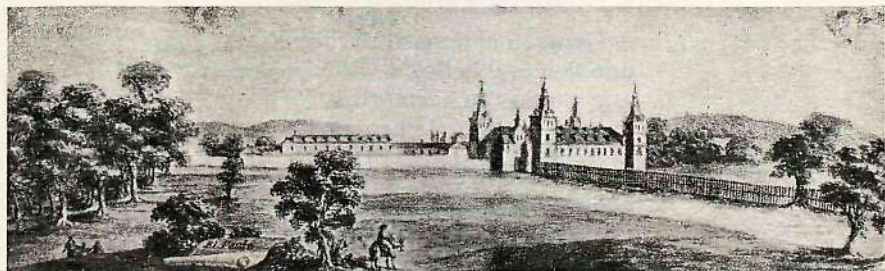


Fig. 5.—El palacio de El Pardo en la época de Carlos II

tados en la misma Casa del Pardo expresamente para esta sala; varios retratos, en una tabla, de príncipes de la casa de Borgoña; los 35 retratos de Pantoja ya reseñados entre las obras más notables; seis retratos de la casa de Austria en la Galería de Mediodía; los dos retratos de bufones, de Pantoja, igualmente mencionados; otros retratos de personajes que formaban la descendencia del conde de Mansfeld, en la Sala del Sarao de la Reina; 36 retratos de medio cuerpo en el Corredor del Cierzo, de personas de las casas reales de Francia y Flandes, también de la colección de Mansfeld; 12 retratos más de la propia colección en el Zaguán de la Puerta del Campo, de príncipes y capitanes ilustres y del mismo conde de Mansfeld, todos de medio cuerpo, y por último, otros 11 retratos de las casas de Austria y Francia, pintados por Bartolomé González. Los lienzos de montería, que eran muchísimos, estaban repartidos por los corredores y galerías, y había algunos que reproducían ricos tapices de Flandes en los cuales se representaba la llamada *gran caza* del Emperador con el Duque de Sajonia.

Ni era la decoración pintada al fresco o al temple todo el lujoso atavío de aquella morada de placer; preciosos bufetes de delicadas incrustaciones,

mesas de mosaico de gran precio, barro de Florencia, candelabros de plata, ponían complemento a la suntuosidad de sus estancias, cubiertas de pinturas.»

Las bellezas del palacio y del paisaje que lo rodea —paisaje de los fondos velazqueños— fueron por aquel entonces expresadas en forma poética. En un manuscrito, creemos inédito, fechado en 1613, existente en la Biblioteca Nacional (16), se leen los siguientes versos:

«Entre los palacios reales
que para gusto y recreo
pueblan solitarios valles
y coronan a los cerros,

Tiene en el famoso Pardo
uno tan ... y bello,
que a todos en hermosura
gana el nombre de primero.

Cuatro bellísimas torres
ciñen su cuadrado asiento,
coronando hermosas cuadras
con piramidal extremo.

Adornan el ventanaje
de sus ricos aposentos
muchas rejías y balcones
de azul y dorado hierro:

Vidrieras de cristal,
que a no faltarles acero,
sirvieran a quien las mira
de venecianos espejos.

Las bóvedas ingeniosas
de sus riquísimos techos
son labores peregrinas
de oro puro y blanco yeso.

Entre unos estofados
follajes y lazos bellos,
hay cuadros que resucitan
de ... el ingenio.

(16) Estos versillos están incluidos en una descripción del Convento de Franciscanos, fundado por Felipe III. Bib. Nac., Sec. Man., núm. 3.661, fol. 55.

Son los hermosos tapices
de sus blancos aposentos
efectos maravillosos
de los pintores flamencos,

Cuya invencible pintura,
haciendo a su autor eterno,
vencen el ingenio y traza
de sus altos pensamientos.

De aquel que dejó la capa
en los brazos deshonestos
de su lasciva señora
en fe de su casto pecho.

Está la Historia Sagrada,
a quien le sirve de lienzo
de una larga galería
el rico y dorado techo.

Lo otro adorna y hermosea
el desdichado suceso
de aquella mujer que fué
causa del troyano incendio.

Del inclito Emperador
y de Hércules es esfuerzo;
dejó atrás llevando el suyo
al indio y bárbaro reino.

Están pintados al vivo
en hermosísimos lienzos
las victoriosas hazañas
y los memorables hechos.

Y otros ocupan países,
monstruos y animales fieros
tan vivos, que a quien los mira
admiran y causan miedo.

Otros ingeniosos casos,
ciudades, guerras, incendios,
imaginaciones locas
y disparatados sueños.

Con naturales retratos
de hombres en el Reino eternos
adornando de la casa
infinitos cuadros bellos.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

De dos altos corredores
sustentan el grave peso
de piedra de Guadarrama
pilares fuertes y gruesos.

De bruñidos alabastros
alzan de su patio el suelo
cuatro fuentes divididas
en los cuarteles fronteros.

Cuatro relojes de sol
le dan por adorno bello
con el oro, cuatro soles,
con el azul, cuatro cielos.

De fuerte y negra pizarra
cubierto el dorado techo,
de Alcibiades imita
los celebrados silenos.

Miran de sus altas torres
los empinados extremos
del soberbio Guadarrama
los encanecidos cerros.

Un hondo y seguro foso
de flores y fuentes lleno,
hace del Palacio Alcázar
y de sí jardín ameno.

La casa de los criados
tiene alegres aposentos,
despensa, cocina, estados
todos de plomo cubiertos.

.

Está su sitio apacible
cerrado de monte espeso,
con cuya leña el rigor
temple del helado invierno.

De sus frondosas encinas
con el número sin cuento,
compite el innumerable
de los alegres conejos;

El seguro regocijo
con que en sus prados amenos
retozan, juegan y corren
publica quien es su dueño.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

De los domésticos gamos
y de los veloces ciervos
pacen por el monte umbroso
manadas de ciento en ciento.

El silvestre jabali
del bosque al oscuro seno
se retira, temeroso
del plomo, pólvora y fuego.»

Durante el reinado de Felipe IV continuó mereciendo el palacio de El Pardo general estimación y elogio. Jerónimo de Quintana, en 1629 (17), al describir la grandeza del ornato de las casas reales, dice así:

«A dos leguas río arriba está la casa Real del Pardo, antigua recreación de los Reyes de Castilla, de sumptuosa y maravillosa arquitectura, campea mucho por deleytosas vistas y agradables lexos con cuatro torres, que de sus quatro ángulos se levantan con vistoso y hermoso artificio; porque desde su planta hasta sus capiteles son de exquisita fábrica, proporcionada grandeza, alegres y desenfadados ventanages; cortale alrededor su foso y barbacana, que junto con ser deleitosa, la hazen fuerte. Dentro del ay agradables jardines, arrayanes y mirtos con diferencia de gemas olorosas y flores de grande fragancia. Las pieças, salas y aposentos del Palacio están adornadas de varias pinturas y retratos, en que el primor del arte quiso adelantarse al desvelo de la naturaleza: acompañan a este Real edificio artificiosos reloxes, asi de sol, como de campanas. Ay oficinas distintas, y acomodados para todos los oficios, y criados de su Magestad. Goza este sitio de verdes y apacibles florestas, está cercado de montes y bosques poblados de todo genero de caça, venados, ciervos, gamos, liebres y jabalies, es la campiña a proposito para caça de bolatería, de mucho deleyte y recreacion.»

En los años 1668 y 1669 el príncipe florentino Cosme de Médicis realiza un viaje por España, aquella España decadente de Carlos II. Forman parte de su séquito Lorenzo Magalotti, que escribe la relación oficial del viaje, y Pier María Baldi, que deja consignadas sus impresiones de artista en una magnífica colección de acuarelas, muy interesantes por su valor documental de época (18).

(17) Jerónimo Quintana, *A la muy noble y coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Madrid, 1629, fol. 374.

(18) En la Biblioteca Laurenciana de Florencia se encuentra la magnífica colección de acuarelas de Pier María Baldi, que ilustran el relato oficial del viaje que hizo Cosme de Médicis por España, Portugal, Inglaterra y Francia en los años 1668 y 1669. Debemos una edición anotada a D. Angel Sánchez Rivero, publicada recientemente bajo los auspicios de la Junta para ampliación de estudios. Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1933.

Entre las acuarelas de Baldi hay una que muestra la casa real de El Pardo, que reproducimos aquí (fig. 5.^a) Se trata de un apunte, sin mucho detalle y con escasa gracia. Está, sin embargo, muy a tono con la descripción que de la misma hace Magalotti en el texto: descripción desvaída de algo ya pasado, que no despierta gran interés, que ya no se visita como aquélla «... una de las más raras recreaciones que príncipe ni monarca tiene en todo el orbe... harto digna de ser historiada», de López de Hoyos, algo que trasciende a cosa descuidada y decaída, participando, como tantas



Fig. 6.^a—El palacio de El Pardo en tiempo de Felipe V

otras cosas, en el letargo y la miseria que sufría por entonces el reino del último descendiente de los Austrias:

«Desde aquí se baja a El Pardo, que es una quinta del rey colocada en el fondo de un valle habitado por gamos, que en grandísima cantidad, esperando servir a los placeres del rey, gozan de la seguridad que les da un bellissimo bosque de carrascas. Los bordes de este valle están formados por una serie continua de montañas poco elevadas, desde las cuales la vista no deja de ser agradable y el aire salubre. En la parte más baja corre el Manzanares, que aunque en todo tiempo puede ser vadeado con seguridad, tiene un puentecillo de madera pintada de verde en el paso más vecino a la quinta. Esta se extiende en un llano muy amplio que se halla en el fondo del valle, cortándola hacia Madrid, hasta la cual se extiende. El

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

edificio no tiene nada de extraordinario; para un caballero privado no estaría mal. Pero la regularidad de su arquitectura le da una apariencia superior a lo que es realmente. El palacio del rey consiste en un edificio cuadrado de ladrillos con encuadramientos de piedra, en cuyos ángulos se destacan cuatro torrecillas, que por tener dos pisos se alzan por encima de la casa, dispuesta con uno solo. Alrededor le da vuelta un foso seco, aunque bastante profundo, utilizado como jardín, que da luz a las habitaciones bajas de servicio. Se entra, pues, por un puente que conduce

a un buen patio cuadrado, que sólo en la parte por donde se entra, y en el lado opuesto, está adornado con soportales. Las habitaciones del rey no dejan de ser muy proporcionadas, como todo el edificio, y muy bien repartidas. Las bóvedas están casi todas pintadas, y las paredes se hallan en gran parte cubiertas de cuadros: unos, originales de maestros muy mediocres, y otros, copias de las pinturas más insign-

nes del palacio de Madrid, entre las cuales hay algunas hechas con buen gusto y extraordinaria diligencia. Para penetrar en el palacio no se va por el puente, pues enfrente de él está el flanco de un edificio que sirve a la comodidad de los cortesanos, sino que se entra, por decirlo así, más abajo y más arriba, sobre la contraescarpa del foso, por las puertas que vienen a flanquear el puente indicado y quedan en línea recta con uno de los lados del palacio, por una parte, y con las alas de la casa de la familia, por la otra; parte de las cuales, lo mismo por detrás hacia el río, como por delante a lo largo del prado, se halla ocupada por dos bosquecillos de árboles altísimos, que hacen más deleitosa la vida en la quinta.»



Fig. 7.^a — Estampa representando el palacio de El Pardo, siglo XVIII

Durante el reinado de Felipe V, la crónica de El Pardo carece de interés. La castellana severidad de sus pardas encinas atraía menos al nieto de Luis XIV que los frondosos pinares de San Ildefonso, teniendo su atención concentrada en la edificación del palacio de la Granja y en el trazado de aquellos jardines que le recordaban su infancia, pasada en Versalles.

Por esta época, en los libros de viajes por España, se habla de El Pardo y de su palacio sólo como de algo que se halla a trasmano, que se describe sin haberlo visitado y que se dibuja por copia y de memoria. Así ocurre, por ejemplo, con la estampa representada en la figura 6.^a, procedente de un álbum de dibujos titulado *Theatrum Hispaniae*, editado por Pieter van den Berge, en que el artista representa al palacio con desmesuradas proporciones y con excesiva fantasía en cuanto a lo que le circunda. La figura 7.^a muestra una copia invertida parcialmente respecto de la anterior, que apareció ilustrando el libro de D. Juan Alvarez de Colmenar *Les delices de l'Espagne et Portugal*, publicado en Leyden en 1707 y reeditado posteriormente en 1741 en Amsterdam con el título de *Annales d'Espagne et Portugal*. Acompaña al grabado una somera descripción del palacio... «Cuando se va a ver a este último [El Escorial], se pasa por El Pardo, que se encuentra a dos leguas de Madrid. Es un gran edificio cuadrado, flanqueado por cuatro torres compuesto de cuatro cuerpos de habitaciones unidas las unas por las otras por galerías de comunicación, sostenidas por columnas. La fachada principal tiene por delante una plaza muy alargada y se entra en la casa por una especie de puente que conduce a un hermoso portal, elevado hasta la cornisa del edificio, y en donde se ven dos estatuas a la altura de las ventanas. Las habitaciones están embellecidas por buenos cuadros. Se ven allí, entre otros, a los reyes de España, vestidos de una manera singular. Felipe IV había acondicionado allí un pequeño gabinete donde se entrevistaba con sus amantes. Hay allí también un jardín bien cuidado y un parque muy extenso, en donde el rey Carlos II iba con frecuencia a gozar de las diversiones de la caza.»

Fernando VI concedió mayor atención y cuidado al real sitio de El Pardo. A este bondadoso rey se debió la costosa obra del tapiado de mampostería de El Pardo, que mide una extensión de doce leguas, y la bellísima Puerta de Hierro, que le servía de entrada, construida en 1760 y que hoy constituye un gracioso ornato en el centro de la soberbia vía de acceso a Madrid. Pero Fernando VI era más aficionado a la música que a la pintura, y nada hizo por acrecentar o por mejorar las colecciones artísticas del palacio.

Con Carlos III, el palacio de El Pardo cambia por completo, tanto en aspecto exterior como en su contenido y decorado. Carlos III, cuyo mayor deleite durante toda su vida fué el ejercicio del arte venatorio, cazaba casi a diario en los montes de El Pardo, y para dar alojamiento al numeroso séquito que le acompañaba en sus monterías, hizo construir en el pueblo la Casa de Infantes y la Ballestería y mandó agrandar el palacio, encargando de las obras a su arquitecto, Francisco Sabatini.

El edificio quedó ampliado por el lado Este en algo más de un doble del área de lo que había edificado. Se hizo un estrecho patio central y un nuevo patio al otro extremo. El edificio del nuevo palacio quedó, pues,

alargado, en la forma que en la actualidad se ofrece, y aunque fueron respetados en su primitivo estado la fachada del Poniente y las dos torres de sus extremos, en una de cuyas aristas aún se conserva el antiguo escudo de la Casa de Austria, el aspecto general del edificio se modificó totalmente. También el interior del palacio quedó transformado casi completamente. Las magníficas colecciones de cuadros que figuraron en aquella casa real, durante más de dos siglos, fueron trasladadas en gran parte al palacio real de Madrid, para dar suntuosidad y resalte a las espléndidas estancias trazadas allí por Sachetti. El nuevo palacio de El Pardo quedó, en cambio, decorado con valiosos tapices de los siglos xvii y xviii, en la manera, salvo ligeras variaciones, en que hoy puede ser admirado. Pero su descripción se sale ya de los límites que nos hemos señalado en este trabajo.

LUIS CALANDRE.



LOPE DE VEGA Y DON JUAN DE ARGUIJO

Ya en nuestro trabajillo *Un rasgo autobiográfico de Lope de Vega*, escrito con ocasión del tercer centenario de *La Dorotea*, fechamos la residencia del *Fénix de los ingenios españoles* en Sevilla con mucha anterioridad al año de 1602, en que acudió a la ciudad de la Giralda atraído por los encantos de la celebrada *Camila Lucinda*.

No, ciertamente, en esta fecha conoció y trabó amistad con los más garridos ingenios de la metrópoli andaluza, sino en las tres épocas en que residió en ella durante las últimas décadas del siglo xvi; si bien es verdad que de 1602 a 1604 vivió más intensamente en Sevilla, período inolvidable en que nació su hijo Félix, fruto de sus amores con Micaela Luján.

Entre los poetas hispalenses de fines del siglo xvi sobresalía el veinticuatro D. Juan de Arguijo, muy joven, pero querido y admirado de la grey literaria por lo lozano de su ingenio, por su generosidad, rayana en los límites de lo pródigo, y por la nobleza de su alma. Había nacido en 9 de septiembre de 1566, y fueron sus padres D. Gaspar de Arguijo y doña Petronila Manuel, ambos de ascendencia noble y de gran fortuna, hecha, en su mayor parte, en el comercio con las Indias.

Muy joven casó Arguijo con doña Sebastiana Pérez de Guzmán, rica heredera que llevó en dote 5.000 ducados de oro (1).

El incienso de los elogios y de la adulación bien pronto lo envolvió en sus giros. Apenas le apuntaba el bozo cuando el inquieto Juan de la Cueva le dedicaba honroso lugar en su *Viaje de Sannio*:

«Don Juan de Arguijo es éste: advierte y mira
este joven excelso, cuya gloria
a la fama da fama, al cielo admira
y lo terrestre admira su memoria.

(1) Aún no tiene el poeta Arguijo una biografía digna de su nombre. Merecen citarse, entre otros trabajos dedicados al maravilloso sonetista, los de Rodríguez Marín, Asensio y Toledo y don Juan Colón.

Dichoso siglo que su dulce lira
oirá, y dichoso el que verá su historia,
y más dichosa Híspalis que espera
que este Píndaro ilustre su ribera» (2).

Arguijo vivía como lo que era, a lo gran señor. Su casa magnífica y espléndida, ricamente decorada, embellecida con esculturas traídas de Italia y con obras de los más afamados pintores, acogía a cuantos en la populosa ciudad del Betis se dedicaban al cultivo del espíritu. Entre las obras de arte descollaban el famoso techo pintado por Pacheco en 1601 y unas hermosas esculturas de Venus y Adonis, esculpidas en mármol blanco, debidas al cincel del florentino Giovanni Bandini, que inspiraron a Lope de Vega los siguientes sonetos:

«Quien dice que fué Adonis convertido
en flor de lirio, y Venus en estrella,
no vió, señor don Juan, la imagen bella
que a España habéis de Génova traído.

Transformación, que no escultura ha sido,
y porque no quedó beldad sin ella,
ni amor sin él, a las espaldas della,
también en piedra se mudó Cupido.

Los mismos son que no pudiera el arte
vencer al cielo en perfección tan rara,
testigos son las piedras de Anaxarte.

Y si todas así las transformara
yo os diera un mármol tan divino en parte,
que el olvidado amor resucitara.»

«A la Venus de Mármol:

Con inmortal valor y gentileza
mármol hermoso para siempre quedes,
pues quiere amor, que de mi prenda heredes
la gracia, la blancura, la rudeza.

Que al fin si te excedió naturaleza,
en dar alma a sus cuerpos, tú la excedes
en que sin almas, nuestras almas puedes
mover con arte y con mayor belleza.

(2) Libro V, octava 71. El *Viaje de Sannio* está fechado en 1585.

Lleva del tiempo y de la muerte palma,
del límite mortal milagro indino,
pues no podrán sin alma deshacerte.

No sienta quien te ve que estés sin alma,
porque tan bello cuerpo, no era dino
de estar sujeto al tiempo ni a la muerte.»

Sin embargo, lo que pudiéramos llamar academia o tertulia literaria de Arguijo tenía un marcado sabor aristocrático, a lo que contribuía, y no poco, el lujo de la casa y el boato del manirroto dueño.

Lope, conocedor de la munificencia del poeta, deseó cultivar su amistad, ya que, como es sabido, el *Fénix* en estos años tuvo pasión por las costumbres y usos nobiliarios, que tantos disgustos y sinsabores le produjeron, debilidad de que se burlaba la envenenada sátira de Góngora.

«Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo...»

Es de presumir que Lope conocería a Arguijo, lo más pronto, cuando pasó por Sevilla en 1588 para embarcarse en la *Invencible* o al regreso de la desgraciada expedición, a fines del mismo año. Contaba por entonces Lope los veintiséis de su edad y Arguijo frisaba en los veintidós. Y no pudo conocerlo, como afirman algunos historiadores, cuando se hospedó el *Fénix* en casa de su tío el inquisidor D. Miguel del Carpio, porque muerto éste en 1570, como ya demostré en otro lugar, hay que fijar la primera estancia de Lope en Sevilla antes de esa fecha, en la que contaba Arguijo sólo tres años.

La primera mención que Lope hace del Mecenaz se halla en la *Arcadia*, 1598, donde en el templo *Inmortalitati sacrum* coloca su retrato, al lado de los de Góngora, Salinas, Cervantes, Herrera y otros famosos ingenios.

En el libro que Lope publicó inmediatamente después de la *Arcadia*, en el poema *La Dragontea*, hallamos otra mención del poeta sevillano. Es un cumplido elogio en que no se olvidan ninguna de las virtudes del príncipe de los sonetistas españoles:

«Las letras, la bondad, la cortesía
del gran don Juan de Arguijo sevillano,
en quien se ve por gracia y gallardía,
la imagen de un perfecto cortesano.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

De aquel varón insigne que podía
llamar el mundo Macedón cristiano,
donde tantas virtudes resplandecen,
que eternos versos y laurel merecen.»

Alabanzas que muestran bien a las claras el conocimiento del elogiado, no de referencia, sino de visura propia, por la justeza y precisión del panegírico, el más fervoroso de los que en el poema dedica a otros ingenios sevillanos, tan encopetados como Arguijo, pero no de la altura de su inspiración poética.

En el año de la publicación de *La Dragonteá*, 1598, había llegado Arguijo al pináculo de su celebridad como cortesano, que poco más tarde superaría con el fastuosísimo recibimiento que hizo en sus posesiones de Tablantes a la marquesa de Denia, de donde arrancó la causa principal de su ruina, pues es fama que gastó en las fiestas más de 20.000 ducados.

Sospecho que Lope residió en Sevilla en 1598. Posiblemente llegó a esta ciudad acompañando a su señor el marqués de Sarriá, más tarde conde de Lemos, sobrino del famoso y opulento arzobispo hispalense D. Rodrigo de Castro.

En los años de 1602 a 1604, período en que el *Fénix* residió en Sevilla con más frecuencia, estrechó sus relaciones y amistad con Arguijo. Cuantas obras publica, así en prosa como en verso, contienen cumplidos elogios y alabanzas del Mecenaz.

Lope hacía gala de esta amistad y seguramente influyó mucho en las sátiras que los ingenios sevillanos alejados de la tertulia de Arguijo le dirigieron en una serie de sonetos que mortificaron mucho al genial dramático: a ellos se refería en la *Épistola al Contador Gaspar de Barrio-nuevo*, que le dirige desde las orillas del Guadalquivir:

«No se tiene por hombre el que primero
no escribe contra Lope sonetadas
como quien tira al blanco de terrero.»

Entre esas composiciones sobresale la que, atribuyéndola a Cervantes, publicó Asensio; elocuente muestra de la saña con que fué combatido el *Fénix* en Sevilla:

«Lope dicen que vino.

—No es posible.

—¡Vive Dios, que pasó por donde asistol

—No lo puedo creer.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

— Por Jesucristo

que no os miento.

— Callad, que es imposible.

— ¡Por el Hijo de Dios que sois terrible!

— Digo que es chanza.

— Andad, que voto a Cristo
que entró por Macarena.

— ¿Quién le ha visto?

— Yo le vide.

— No hay tal; que es invisible.

— Invisible, Martín? Eso es engaño,
porque Lope de Vega es hombre, y hombre
como yo, como vos y Diego Díaz.

¿Es grande?

— Sí, será de mi tamaño.

— Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
ciscome en vos, en él y en sus poesías.»

El primer libro que Lope dedicó a D. Juan de Arguijo fué *La hermosura de Angélica, con otras diversas rimas*, impreso en Madrid a fines de 1602. A más del poema titular le dirige la *Segunda parte de las Rimas*, y aún no satisfecho le ofrece *La Dragontea*, que en este volumen se imprimió por segunda vez.

Estas tres dedicatorias, por la fecha del libro, me afirman en la creencia de que Lope residió en Sevilla por más tiempo de lo que hasta ahora se ha supuesto. Tiene de particular esta obra, por lo que al Mecenaz se refiere, los versos panegíricos que al frente de *La Angélica* le dirigen don Luis de Alvarado, D. Baltasar de Luzón y D. Francisco Niño del Carpio, que por juzgarlos de interés reproduzco a continuación:

«A D. Juan de Arguijo, D. Luis de Alvarado.

Vasos a Samo, plata al Indio envía,
laureles a Alejandro, a Roma historia,
clarísimo Mecenaz, honra y gloria
de todo lo mejor que el Betis cría.

En ofreceros libro de poesía
Lope de Vega, falto de memoria,
si lleva España a Italia la vitoria
por vos y en honra de la patria mía.

Pero como a Cornelio Galo, daba
versos Virgilio, aquella gloria creo,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

aunque él sea menos, y vos más, que así por ende
desprecia el ignorante, el sabio alaba;
pintar para el que pinta es rico empleo,
que sólo estima el don el que lo entiende.»

«D. Baltasar de Luzón y Bovadilla a D. Juan de Arguijo.

Queriendo Lope imitar
hermosura de mujer,
quiso un ángel retratar
tan Luzbel que ha de querer
su fama a su autor quitar.

Recibid con rostro humano,
don Juan, la pintura y mano,
que me ha dicho que quería
retratar de vos un día
un perfecto cortesano.»

«A D. Juan de Arguijo, D. Francisco Niño del Carpio.

Siendo Dios sumo tesoro,
y tan enseñado a dar,
le ofrecemos en su altar
tal vez la plata y el oro.

Si a Lope podréis dar vos
los versos que os da, mirad
que llevan la voluntad
para que imitéis a Dios.»

¿Ayudó Arguijo al poeta para la impresión de *La hermosa de Angélica*? Este poema escrito «Sobre las aguas, entre jarcias del galeón *San Juan* y las banderas del Rey Católico», durante la expedición de la *Inven-cible*, intentó publicarlo en 1598, dedicado al primogénito de Felipe II; y es muy significativo que no viese la luz hasta que apareció bajo el nombre del veinticuatro sevillano. Arguijo, que daba el dinero a manos llenas, no iba a negarle al *Fénix* la protección económica para la impresión de sus obras, máxime si se considera el carácter de Lope, tan largo en pedir como en escribir comedias. A ello creo que responde el siguiente texto de la dedicatoria: «Avía escrito y dirigido estas rimas a la Magestad de Filipe Hermenegildo, quando en sus tiernos años se comenzó a exercitar en la

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

lección de algunos libros, y faltándome tiempo de corregirlas, han dormido hasta ahora, que el amor que a v. m. tengo las ha despertado de mis papeles, y no siendo ya para ocupar los ojos que miran tanto mundo, hago elección del mayor ingenio que las corrija y del mayor Mecenas que las ampare.»

Claro es el amparo que Lope buscaba en Arguijo, más patente aún en la dedicatoria de la nueva impresión de *La Dragontea*: «Estas rimas al serenísimo Príncipe Asturias, ahora Rey felicísimo de España, con título de *Dragontea*, por ser historia en que fué su principal argumento Francisco Draque: salen segunda vez con su nombre y el de su autor con el de v. M. de cuyo amparo no piensa honrarse menos que ellas lo están de tan esclarecido Príncipe.»

Lo más notable de estos elogios es el *Discurso*, que dirige al Mecenas, *en loor de la poesía*, donde Lope una vez más afirma su crítica literaria, a la que él mismo no fué siempre consecuente. Parece que en estos días Lope no tiene más Mecenas que Arguijo.

Aún fresca la tinta de *La hermosura de Angélica*, imprime en Sevilla una nueva obra, *El peregrino en su patria*, novela en prosa y verso, publicada a principios de 1604, y escrita probablemente en dicha ciudad, a juzgar, entre otras razones, por lo que el mismo Lope refiere en la segunda parte de *La Filomena*:

«Mas como nunca paga lo que debe
la patria, dejé aparte
las trompetas de Marte,
y canté las desdichas
de un *peregrino* en ella,
mejores para dichas
de quien tuvo en nacer la misma estrella.
Esto en el claro Betis,
donde le esperan Anfitrite y Tetis
de pacífica oliva coronado...»

que corrobora la afirmación hecha en la *Epístola a Gaspar de Barrio-nuevo*, escrita en Sevilla:

«Allá os dirá las ignorancias mías
un nuevo *peregrino* sin sospecha,
puesto que suelen parecer espías.»

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Al frente del libro se lee el siguiente soneto de Arguijo:

«Con heroica grandeza el sabio griego
Cantó de aquel astuto Peregrino,
El luengo discurrir, cuyo camino
Tuvo por fin de Itaca el sosiego.
Y del ilustre Dárdano que el ruego
De Elisa desdeñó, y a Italia vino,
Los varios casos resonó el latino
Plectro, que celebró de Troya el fuego.
Del uno y otro a la sublime gloria,
Un peregrino en su fortuna aspira,
Por la voz dulce y cortesano aviso.
Del culto Lope, que en su nueva historia
Tales sucesos canta con la lira
del Peregrino que lo fué de Anfriso.»

Lope no fué unánimemente querido y admirado por los poetas de la ciudad de la Giralda. Un grupo de ellos, los que por diversas causas no frecuentaban la tertulia de Arguijo, lo combatieron a sangre y fuego, haciéndolo blanco de sus ingeniosas y envenenadas sátiras. Así es que tan pronto salió a luz *El peregrino*, la crítica, y con razón esta vez, le clavó los dientes. Una de las más curiosas diatribas tomó como pretexto la aprobación que Arguijo hizo del libro, y alcanzó extraordinario éxito no sólo por la gracia y desenfado, sino por la novedad de la forma. Por primera vez aparecieron en el Parnaso castellano los versos de rabo corto, que bien pronto imitaron Cervantes, Góngora y el propio Lope de Vega.

He aquí la original sátira contra *El peregrino*:

«Envío Lope de Ve-
Al señor don Juan de Argui-
El libro del Peregrino-
A que diga si está bie-
Y es tan noble y tan discre-
Que, estando, como está ma-
Dice es otro Garcila-
En su traza y compostu-;
Mas luego entre sí ¿quién du-
No diga que esta bella-?»

Viene dándose como cosa segura que el autor de esta décima fué el poeta sevillano Alonso Alvarez de Soria, tomando como artículo de fe las noticias que se insertan en cierto manuscrito del archivo de la catedral

de Sevilla, dadas a la publicidad por Gallardo y hábilmente aprovechadas por D. Luis Fernández Guerra en su magistral obra sobre Alarcón. Sin embargo, tal afirmación ha de acogerse con alguna reserva, no ya sólo porque el citado manuscrito contiene muchas inexactitudes relacionadas con Alvarez de Soria, sino también por la fecha de la publicación de *El peregrino* y la en que fué ahorcado el supositicio autor de la décima famosa.

Rodríguez Marín, sin decirlo, salva esta dificultad en su precioso libro *El Loaysa del Celoso Extremeño* con la siguiente hipótesis: «Como Lope en son de consulta hubiese enviado a D. Juan Arguijo, con quien tenía estrecha amistad, una copia manuscrita de cierto libro suyo intitulado *El peregrino en su patria*, y el autor de los famosos sonetos le manifestase su harto benévola opinión en uno muy laudatorio (que en 1604 salió a la luz entre otras poesías encomiásticas, en los preliminares de su mencionada obra), o, lo que más creo, en una carta anterior, de que corrieran copias entre los curiosos, nuestro Alonso, enterado de ello, puso en solfa a Lope y a su libro en unos versos...»

Y el mismo ilustre cervantista, remachando más el clavo, añade en una nota al párrafo transcrito: «Más creo esto (lo de la carta), porque el soneto laudatorio de Arguijo no alude a lo que Alvarez de Soria indicó en su décima como afirmado por aquél. No: el soneto es, ni menos ni más, una de aquellas aparatosas borrumbradas poéticas, con vistas a la mitología o a la historia antigua, en que Arguijo, artista a carta cabal, solía dar a sus lectores, vamos al decir, más ruido que nueces, como alguna vez indicó el doctísimo Francisco de Medina. Pero ¡qué ruido tan agradable! ¡Qué versos tan rotundos! ¡Qué hechizo de sonetos!»

No comparto la opinión del maestro Rodríguez Marín, pues sin violentar el sentido de la décima la hallo congruente con el soneto de Arguijo, en el que no se pueden negar sus elogios a Lope y a su libro. Y en este caso hecha la décima a la vista del *Peregrino*, después de publicado, no podía ser del travieso Alvarez de Soria, muerto un año antes, 1603, y preso desde 1602, salvo breves días retraído en las iglesias, en la cárcel real y en la de la Audiencia de Sevilla.

En este mismo año de 1604 las prensas sevillanas de Clemente Hidalgo imprimen un nuevo libro de Lope, y ¡cómo no! dirigido también a don Juan Arguijo en dos dedicatorias, una en verso y otra en prosa, edición ignorada hasta el año 1922, en que halló en la biblioteca de Cremona el único ejemplar conocido hasta hoy el insigne hispanista don Antonio Restori.

La portada de este libro reza así: «*Rimas de Lope de Vega Carpio*. A Dn. Juan de Arguijo. (Escudo). En Sevilla por Clemente Hidalgo, 1604.»

Contiene el volumen una *Segunda parte de las Rimas*, que Lope dedicó a doña Angela Vernegali, señora sevillana a quien el poeta estaba

muy agradecido por haberle asistido en una enfermedad que padeció en la gran metrópoli andaluza. Dama de suposición y no humilde posadera como ha dejado entrever algún biógrafo del *Fénix*.

La dedicatoria en verso al Mecenas revela que el libro fué en su mayor parte escrito en Sevilla:

«A Dn. Juan de Arguijo.

«¿A quién diré mis rimas
Y amorosos cuidados,
De aquella luz traslados.
De aquella esphinge enigmas?
¿A quién mis escarmientos?
¿A quién mis castigados pensamientos?

A vos, famoso hijo
De las musas, que sólo
A vos, de Polo a Polo,
Para su centro elijo;
A vos, asilo sacro,
Soberano de Apolo, simulacro.

A vos, Mecenas claro,
Dulce, divino Orfeo,
Clarísimo museo,
De los ingenios faro;
Porque a vos dirigidas,
Más que sus versos letras tendrán vida.

Aquí donde sereno
Corre el Betis undoso,
Y en mi llanto amoroso
Dió al indio mar veneno,
Con mal acorde lira
Canté lo que a mi genio Febo inspira.

Esto os doy, aunque veo
Que es agua en ruda mano;
El don es pobre y llano,
Alto y rico el deseo;
Cisne de amor parezco,
La voz postrera a vuestro nombre ofrezco.

Para mayores cosas
Levanto el armonía
Del plectro que solía
Tratar las amorosas:
Por ver si el laurel verde
Hallo en las armas que en amor se pierde.»

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

A mediados de este año, pues consta por documentos hallados no hace mucho que en 13 de mayo Lope residía en Sevilla, abandonó el *Fénix* la populosa ciudad andaluza, a la que según sospecho debió volver, y se trasladó a Toledo, instalándose luego en Madrid, teatro de sus grandes triunfos.

Aunque ausente Lope de Sevilla, no se olvidó de la maravillosa metrópoli ni de sus esclarecidos ingenios, con los que sostuvo relaciones hasta los últimos días de su gloriosa y accidentada existencia.

La estrella de Arguijo declinaba. Su cuantiosa fortuna, la de su madre y la de su mujer no daban abasto para el derroche del poeta, que, en manos de usureros, se vió en más de una ocasión obligado a retraerse en la vecina residencia de los jesuitas para librarse de los acreedores y evitar la cárcel por no poder pagar sus muchas deudas.

Su magnífica casa, donde había reunido tantas obras de arte, fué sacada a pública subasta, viéndose forzado a abandonarla para siempre. Pero Arguijo no se abatió en la desgracia ni perdió el temple de su espíritu gigante con los reveses de la fortuna. Siguió cultivando la poesía, a cuyo fuego la vida no le fué amarga, y siguió siendo el Mecenaz de los ingenios sevillanos. Cuantos a él llegaban salían favorecidos. Su amigos —cosa rara en la caída de los grandes— no le abandonaron. Lope, recordando la protección de Arguijo en los felices días que frecuentaba su aristocrática tertulia, le dedica un cálido elogio de más subido valor que los de la *Angélica* y *La Dragontea*.

Sí, Lope era muy agradecido: por eso en muchas de sus obras maldice de los ingratos, y espigando en su ingente labor puede formarse un precioso florilegio en vituperio de la ingratitud, de la que dijo Cervantes que era el mayor pecado que se conocía.

¡Cuán sentido el elogio que después de la caída de Arguijo le consagra en la *Jerusalem conquistada*! No trasciende a lisonja; ya no pretende el *Fénix* granjearse la amistad del que fué su Mecenaz.

El alma generosa de Lope se desborda melancólica recordando la desgracia de su amigo en una magnífica octava de su poema:

«Aquel cuya virtud jamás vencida
en la persecución acrisolada,
mostró tantos quilates en la vida,
que la piedra dejó toda dorada.

Aquel más excelente en la caída
que estuvo en la fortuna levantada,
si no es don Juan de Arguijo, sevillano,
es la misma virtud en velo humano.»

¡Le debía tanto Lope a D. Juan Arguijo!

Y para llevar un consuelo al desgraciado, le dedicó *La buena guarda*,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

en 1610, que once años después imprimió en Madrid, en la *Décimaquinta parte* de sus comedias.

Lope no olvidó a este su más generoso y espiritual Mecenas. De otros grandes señores que le favorecieron y a los que sirvió, si no los olvida, se da por pagado con los oficios que cerca de ellos desempeñara. Con Arguijo no fué así. La deuda de gratitud con el Veinticuatro no la consideró nunca cancelada. No se olvidó de él ni en los días más gloriosos en que la corte toda lo aclamaba, rendida por el ingenio inmenso del *monstruo de la naturaleza*, ni en los días en que víctima de sus enemigos literatos, doliente por las injusticias, escribía para defenderse de tantos y tantos envidiosos *La Filomena*.

En la edición de este poema se halla una bellísima epístola que el *Fénix* dirige a Arguijo, ejemplar típico de esta clase de composiciones, en que a tanta altura raya el poeta, dando rienda suelta a sus sentimientos, tratando a la par diversos asuntos, y en las que se muestra, como muy acertadamente dice Vossler, «orgulloso y humilde, quejumbroso y obstinado, lisonjero e independiente, seguro de sí mismo y vacilante, pretencioso y sumiso; puede manifestarse desilusionado y esperanzado, indolente y vanidoso, excitado e indiferente».

Después de entretener a Arguijo con mil ingeniosidades, termina melancólicamente resignado con su mala estrella, pero dichoso

«en un rincón de libros y de flores».

También el *Fénix* sufría como su amigo el rigor del desengaño, y para consolarlo y consolándose, le dice:

«Y no penséis que al desengaño vengo
Divino ingenio, vos, tarde y sin gusto;
Años ha que le tengo y le entretengo
Las pretensiones no me dan disgusto,
Porque conozco mi contraria estrella,
Y porque conocer me fué más justo,
Vos sois la imagen más valiente y bella
Para ejemplo del mundo; a vuestro asilo
En víctima me ofrezco, viendo en ella
Mi historia propia por mejor estilo.»

También en la *Epístola a Rioja* menciona a D. Juan de Arguijo, como uno de los preclaros ingenios que adornaban con su efigie el jardín del *Fénix*, donde vivía retirado

«si no virtuosa vida, nunca ociosa» (3).

(3) *La Filomena*, Ep. VIII.

En la lindísima comedia la *Dama boba* (1613), al lado de la *Galatea*, de Cervantes, el *Picaro*. de Alemán, y otras celebradas producciones, figura una

«canción que Luis Vélez dijo
en la academia del Duque
de Pastrana; obras de Luque,
cartas de D. Juan Arguijo»,

como existentes en la biblioteca de *Nise*.

¿Qué cartas son estas del Veinticuatro sevillano?

¿Son quizá los cuentos, agudezas y chistes que coleccionó el poeta? La verdad, yo no conozco cartas famosas de Arguijo, aunque sí una dirigida a Lope de Vega, en unión de Ortiz Melgarejo y de D. Juan Antonio de Vera Zúñiga, a propósito de la representación en Sevilla de la comedia lopiana *Querer la propia desdicha*, fechada en 21 de junio de 1619.

Así en la próspera como en la adversa fortuna, Lope no olvidó a Arguijo, y aun después de muerto el Veinticuatro, el *Fénix* le dedica unas flores en el *Laurel de Apolo*. Parece como si al recordar al poeta sevillano entre tantos príncipes de la poesía asomasen las lágrimas a sus ojos:

«Aquí D. Juan de Arguijo,
del sacro Apolo y de las musas hijo.
¿Qué lugar no tuviera, si viviera?
Mas si viviera, ¿quién lugar tuviera?»

Lope, a pesar de sus grandes defectos, tenía un alma generosa; de la amistad hizo un culto, del que es delicada muestra la que consagró al egregio D. Juan de Arguijo.

SANTIAGO MONTOTO.

LA EXPRESIÓN LITERARIA DEL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

La reciente publicación de un bello libro, tesis doctoral del panameño Sr. Isaza (1), viene a renovar el interés por el tema, tan sugestivo, del sentimiento de la naturaleza en la literatura. Para nosotros lo tiene muy particular, por haberlo desarrollado con igual ocasión hace ya bastantes años. En este intermedio han aparecido otros estudios dedicados a ilustrar el mismo asunto, y no será impertinente un examen de conjunto que aquilate coincidencias y discrepancias y ofrezca un resumen del estado presente de esa indagación. Haremos primero un breve bosquejo, por orden de aparición, de algunos de los trabajos dados a luz; los resultados en ellos obtenidos serán después sintetizados, teniendo en cuenta la sucesión de los períodos a que se refieren.

I

Hacia el año 1885 escribió D. Francisco Giner un precioso artículo titulado *Paisaje*, que no incluye Isaza en su preámbulo bibliográfico, sin duda porque no alude al aspecto literario (2). Merece ser, no obstante, mencionado por las finas sugerencias que contiene y por la justeza con que define sus distintas especies, no sólo *de visu*, sino con pleno conocimiento de todos los elementos, geológicos y vegetales, que integran cada aspecto de la naturaleza. Tiene también el interés simpático de ser uno de los primeros llamamientos de los hombres de la ciudad a la sierra cercana a

(1) Baltasar Isaza y Calderón, *El retorno a la naturaleza. Los orígenes del tema y sus direcciones fundamentales en la literatura española*. Madrid, 1934.

(2) Se publicó en la *Ilustración Artística*, de Barcelona, y ha sido reproducido en *La Lectura*, 1915, I, págs. 361-370.

Madrid, sólo gustada entonces por un reducido círculo de iniciados en sus secretos.

La literatura española relacionada con el paisaje fué por primera vez, que sepamos, objeto de una monografía en la obra del arzobispo ecuatoriano González Suárez (3). Aunque su objeto principal es el paisaje de aquella región, se extiende también en consideraciones sobre varias literaturas antiguas y modernas; en tal excursión tomó sin duda por guías a Chateaubriand y a Humboldt. La huella del romántico francés creemos verla en su teoría de que fué el cristianismo el que permitió sentir rectamente la naturaleza, poblada para los paganos de dioses que les inspiraban temor. La de Humboldt, en la defensa de la tesis de que los progresos de las ciencias naturales no dañan a la descripción. De la literatura española, se fija en algunos escritores.

Sigue, cronológicamente, nuestra aludida tesis doctoral, terminada y presentada en 1912. Era su tema *El sentimiento del paisaje en los prosistas españoles desde el Romanticismo*, y fué dada como un capítulo destinado a completarse con el examen de los demás períodos y aspectos. Quedó, pues, inédita, en espera de cumplir tales propósitos; pero desviada nuestra dirección por otros rumbos, lo provisional quedó en definitivo, y, con leve revisión, pasó años después a la imprenta (4). La elección del período contemporáneo en aquel primer ensayo no significaba la negación del sentimiento del paisaje en los tiempos anteriores, de los que se anotaban no pocos rasgos que lo acusaban. Pero partiendo de la idea indiscutida de que los principios y procedimientos románticos habían dado a la estética naturalista un desarrollo tal que casi hacía de la descriptiva un género nuevo, se escogía la producción en que ello se manifestaba como lo más relevante. La influencia romántica no se limita, por otra parte, a desarrollar el sentimiento de la naturaleza, sino que lo depura de los elementos con que siempre estuvo mezclado: el recuerdo de la Edad de Oro, la paz campesina contrapuesta al ajetreo ciudadano, etc. Es entonces por vez primera cuando se busca el efecto estético en la pura descripción, aplicando a ésta cada una de las escuelas literarias que a partir de entonces se suceden, los procedimientos que armonizan con sus propios cánones. Considerando todo esto, se hizo en aquel trabajo una provisional indicación levísima —en su

(3) Federico González Suárez: *Hermosura de la naturaleza y sentimiento estético de ella*. Publicada con preámbulo de Menéndez Pelayo en Madrid, 1908. Puede completarse la noticia que damos en el texto con la de Isaza, págs. 20-21.

(4) *Cosmópolis*, 1922, IV, págs. 36-54. Por tratarse de una revista literaria sin carácter erudito, pareció impropio, por lo prolijo y detallado, el título con que había sido compuesta, y se llamó aquí simplemente *El sentimiento del paisaje en la literatura castellana*. (No hemos de desaprovechar la ocasión, por si alguien se sintiese tentado a examinar este ensayo, para prevenir que tal edición está oscurecida por abundantes erratas, e incluso omisiones de párrafos, por haberse impreso precipitadamente, sin que corrigiésemos las pruebas.)

mayor parte, de segunda mano— de las épocas anteriores, y se estudió por indagación directa, con mayor esmero, la prosa romántica y post-romántica (5). Dentro de la limitación de alcance del trabajo —hecho sin guía ajena, como era entonces norma en las Memorias doctorales— puede asignarse un mediano interés a las observaciones que allí se hacen sobre las tres escuelas que se suceden: romántica, realista y moderna. De ellas reproduciremos las líneas generales en la síntesis que se intentará.

Aparecieron después algunos artículos que, plena o incidentalmente, se ocupan en aspectos del tema de la naturaleza. Se destacan por su interés los de «Azorín», originalísimo paisajista él mismo y en cuya copiosa producción crítica asoma con frecuencia una fina percepción de las calidades de los demás naturistas españoles. El podría como nadie historiar la evolución del tema en nuestras letras (6). Otro crítico sagaz que ha mostrado predilección —cuando menos, dilección— por este asunto, es Américo Castro. El capítulo que consagra a «La naturaleza como principio divino e inmanente» en su libro *El pensamiento de Cervantes*, significa una renovación del estudio del Renacimiento español, período que en el desarrollo de nuestro tema tiene la importancia de primer impulso, como el Romanticismo lo tuvo de impulso definitivo. De otras épocas hace también interesantes sugerencias en su breve artículo sintético *Actitudes frente al paisaje* (7).

Coetáneo de la publicación de este ensayo es un libro de Lillo Rodelgo, en que el tema es considerado bajo el doble aspecto literario y pictórico (8). Esta manera de enfocar el asunto es indudablemente eficaz, pues la evolución del paisaje tiene no poco paralelismo en ambas artes. Lástima que la modestia del autor le haya hecho esconder en demasía sus apreciaciones personales, limitando casi su contenido a agrupar datos y ejemplos, ilustrados con juicios ajenos, que, emitidos desde diferentes puntos de vista, carecen de la ilación necesaria. El período elegido —los siglos XIII al XVI— nos ofrece los balbuceos del paisaje hasta desembocar en el naturismo renacentista, formando así la época inicial bien definida.

El *Poema del Cid*, que en el aspecto de la visión artística de la natura-

(5) Con esta explicación se contesta a comentarios expuestos por «Azorín» en un artículo de A. B. C., en que dió amablemente cuenta de nuestro trabajo, y ahora por el Sr. Isaza. Ciertamente que ambos parten del texto publicado, en que el deseo de aligerar y abreviar hizo suprimir varios antecedentes, entre los que se perdieron líneas como éstas del manuscrito, que son concluyentes: «En cuanto al período elegido, es bien sabido que constituye el apogeo del paisaje» (pág. 5), lo cual descarta toda idea de negación de lo anterior.

(6) Aun limitándonos aquí a sus artículos críticos, nos sería imposible mencionar todos los que conocemos de él en este aspecto. Hay que ceñirse a los que forman volúmenes, y para evitar repeticiones remitimos al libro de Isaza, págs. 21-23.

(7) Incluido en el tomo *Santa Teresa y otros ensayos*. Madrid, 1929.

(8) [José Eusebio] Lillo Rodelgo: *El sentimiento de la naturaleza en la Pintura y en la Literatura española. Siglos XIII al XVI*. Prólogo de A. Vegue Goldoni. Toledo, 1929.

leza había sido ya objeto de observaciones por «Azorín» (9), lo fué con más extensión en un trabajo de Díaz Plaja, aparecido el pasado año (10).

En fin, en los comienzos del presente salió a luz el mencionado libro de Isaza. Su significativo título, *El retorno a la naturaleza*, muestra de antemano la importancia que en el desenvolvimiento de este motivo literario da al Renacimiento, con cuyo bosquejo termina su obra. El período que estudia viene, pues, a ser el mismo que el de Lillo Rodelgo, si bien tratado por muy diferente método. Isaza estudia con preferencia las tendencias y corrientes literarias en las trasformaciones por que va pasando la ideología medieval, fijándose sólo en determinados escritores, que acusan destacadamente tal evolución (11).

II

En las antiguas literaturas, reflejo como las modernas de las creencias e ideas que les dieron vida, se marca una honda división entre orientales y occidentales. Desde el punto de vista del sentimiento de la naturaleza puede anticiparse en líneas generales que lo acusan las primeras mucho más que las de Occidente. En la producción india, sobre todo, no sólo se ofrece la descripción con firmes trazos, sino con una fisonomía muy emparentada con la de nuestro paisaje contemporáneo.

Nótese las características de esta descripción de una tempestad: «¡Linda amiga mía! La luna, de tan refulgente disco y cuyo brillo todo me representa tu rostro, está ahora velada por las nubes, y sólo por intervalos se muestra, como tu faz cuando está sombreada por las trenzas de tus cabellos. Su fulgor se dibuja en arco sobre el cielo y semeja al oro deslumbrador de tu atavío. El agua brota de la nube sonora en hilos tan delgados como tus miembros. En el sombrío fondo de la nube aparece una línea de grullas, semejante por su blancura a la hilera de tus dientes. Las hojas yacen caídas sobre las lagunas, cubriendo sus ondas en otro tiempo limpias y brillantes, ahora revueltas por los torrentes. Esas nubes empujadas por el viento y sobre las que bandadas de grullas forman como un festón, chocan en el aire, como elefantes que se atacan en los bosques con sus

(9) En el ensayo titulado *El paisaje en la Poesía*, incluido en el libro *Clásicos y modernos*. Madrid, 1919.

(10) Guillermo Díaz Plaja: *Las descripciones en las leyendas cidianas*. *Bulletin Hispanique*, 1933, XXXV, págs. 5-22.

(11) La enumeración hecha no aspira a agotar la materia. Quedan fuera obras que no hemos tenido a nuestro alcance, como *Naturalism in Spanish Poetry*, de Macandrew, y otras vistas muy ligeramente por saber de antemano que no modifican nuestras conclusiones, como *Die Naturschilderungen in Peredas Romanen*, de K. Siebert.

colmillos, deslumbrantes de blancura. Ve este arco de tres colores que se asemeja al signo sagrado que adorna tu frente. Las nubes son el ornato del cielo y la alegría del mundo.

A la vista de este cielo tempestuoso, los pavos reales dan rienda suelta a su alegría: gritan, se reúnen, alzan la cola, pesada y deforme, y, unidos a sus compañeros, imitan con sus pataleos los movimientos del danzarín. Unos, cobijados en las terrazas del palacio, doradas por la luna, se pasean altivos y despliegan con orgullo los variados colores de su plumaje brillante; otros, sorprendidos por la tempestad sobre las copas de los árboles, recogen el tesoro de su cola, rica de pedrería, y con el ala mojada, estremeciéndose todo el bello cuerpo, se lanzan sobre la tierra, cubierta de yerba nueva. La lluvia cesa un instante y deja reinar un aire dulce y fresco, embalsamado con el aroma del sándalo y cargado de los perfumes robados a las flores del cadamba, del sardja, del ardjuna; aire delicioso, dilecto del amor, que seca sobre nuestros miembros el sudor del placer, y presagia una lluvia nueva. ¿Qué sería el otoño, privado de este céfiro bienhechor? No, nada hay superior a esta brisa perfumada, que viene a duplicar el encanto de nuestras citas, y que después de las dulces fatigas del amor, refresca blandamente nuestros miembros enardecidos. A la vista de estas grandes corrientes que se desbordan e inundan a lo lejos los campos, los cisnes abandonan el lago Manasa, y aparecen con las grullas y las garzas. Ríos y torrentes han perdido su brillante limpidez, y se hallan cubiertos por estos bandos de cisnes y grullas, que caen, como torbellinos, sobre ellos.»

Deslizada entre las páginas de una obra de nuestro tiempo, no se sospecharía fácilmente la antigüedad de esta descripción, tomada casi al azar del *Harivamsa*, poema indio unido como apéndice al *Mahabharata*; era conocido en el siglo VII y se le atribuye a época muy anterior (12).

Parece por ello inexplicable que se haga arrancar la descriptiva de este tipo de un movimiento literario tan reciente como el Romanticismo. Y sin embargo es así. Ello nace de que no es en las literaturas orientales donde se formaron las europeas modernas, sino en la grecolatina, y en ésta el paisaje no tuvo la exuberancia que encontramos en la literatura india (13), porque las circunstancias no eran las mismas. En vez de la imponente naturaleza que allí anonada al hombre, los griegos tienen en torno paisajes rientes, amables, de proporciones poco gigantescas, en los que la personalidad humana se sobrepone sin esfuerzo, en vez de sentirse aplastada por su grandeza. Son así las peripecias humanas las que interesan

(12) Leído en la versión francesa de Langlois, *Bibliothèque orientale*, vol. II. París, 1872, pág. 78. En nuestra tesis se insertaba otro pasaje de la misma procedencia, reproducido en el artículo de *Cosmópolis*, pág. 38.

(13) Sobre otras literaturas orientales, véase un ligero resumen en *Cosmópolis*, 10c. cit.

sobre todo, y el paisaje figura como un marco agradable, al que no se da demasiada importancia. Si el marco es hosco y sin aparente gracia atractiva —montañas desnudas de vegetación, monótonas estepas, lugares sombríos—, la vista se aparta con horror y todo el interés se reserva para lo minúsculo y riente, para la «naturaleza ajardinada», según la afortunada expresión de Castro. En Teócrito, el creador de la poesía bucólica, poetizador, pero no falsificador de la escena campesina, se ve que, aun en los casos en que describe con más vigor, las sensaciones que principalmente despierta son de bienestar, de sosiego, ante la vista de una riqueza sabia y virtuosamente administrada. Y así había sido en Hesíodo.

Cuando los romanos, discípulos de los griegos, empiezan a hacer literatura, su tipo de vida, más dada al campo que la de sus iniciadores, se refleja en el aumento de temas inspirados en la naturaleza. Pero el sentido que los griegos les comunicaran persiste. Es significativo que nunca Virgilio pinte el agro con tanto amor como en las *Geórgicas*, cuya finalidad es bien conocida. Sigue también repeliendo el paisaje severo: recordemos el ejemplo de César, que se entretiene al pasar los Alpes en escribir un tratado gramatical, y el de Silio Itálico, que habla de la región alpina como de un horrible desierto, mientras ensalza paisajes insignificantes de Italia.

Los primeros Padres cristianos, buscando en el orden del mundo y la hermosura de la naturaleza testimonios de la excelencia del Creador, muestran a veces un hondo sentimiento de las bellezas naturales. Pero a la emoción despertada por sus encantos se sobrepone después la temerosa aversión que produce a los cristianos el mundo exterior, poblado de recuerdos del paganismo.

Llegamos en este rápido recorrido a nuestra literatura nacional, y aquí abandonamos las notas propias para atenernos a los resultados obtenidos por los que han tratado más detenidamente los primeros períodos.

En el *Poema del Cid* señala «Azorín» la designación por sus nombres de villas, lugares y campiñas, y subraya el valor evocador de las rápidas pinceladas descriptivas, diseminadas a lo largo de la obra, equivalentes en importancia por su misma sobriedad a las escasas manchas verdes que interrumpen la monotonía de la llanura castellana. Como «poema de llanura» lo considera también Díaz Plaja; observa que lo que al poeta llama la atención por contraste con lo habitual son los accidentes orográficos, ponderados como extraordinarios aun en casos en que su altura dista mucho de serlo. Se han fijado también ambos críticos en la expresividad que comunican al poema las sensaciones acústicas: canto de gallos, tañido de campanas, etc. En general, el anónimo poeta muestra grandes dotes de descriptor, sin apelar más que a levísimos rasgos, que bastan para evocar la escena con mucha justeza.

Isaza trata de fijar la concepción de la naturaleza en los siglos medios, concepción resultante de una amalgama de las teorías filosóficas de los

griegos, Aristóteles especialmente, y de la doctrina bíblica. La naturaleza, obra de Dios, es a la vez *su vicaria*, según la expresión de Brunetto Latino, siendo encargada de conservar el equilibrio de los seres, de evitar sus disonancias. El paso de elevarla de esta categoría secundaria a la divinización marca el término de la ideología medieval. En tanto ésta se mantuvo, los elementos y bellezas naturales se estimaron sólo como símbolos de lo espiritual, que era lo que por sí propio interesaba. Caracteriza muy bien este tipo de estimación de lo natural el poeta Berceo, que, como dice «Azorín», «no pone los ojos en el campo sino para recordarnos otra región más luciente y más alta». En el mismo siglo XIII, señala Lillo la variante de enseñanza agrícola que se desprende de la descripción de los meses en el *Libro de Alejandro*, y destaca algunas notas descriptivas en otros libros, que desde luego no acusan aún cambio de orientación. Más interés ofrece la ojeada a la pintura coetánea en Italia, en que empieza a manifestarse vigorosamente el realismo. En la literatura de dicho país destaca también la atractiva figura de San Francisco, con su personal manera de ver todos los elementos de la naturaleza en amigable compenetración.

En el siglo XIV fijase Isaza en la *serranilla*, juzgando acertadamente que es en lo popular, en la creación concebida sin prejuicios de escuela, donde puede encontrarse la emoción despertada por motivos nuevos. Abundan los versos de trovadores gallegos, libres de la influencia provenzal, en que las bellezas naturales de la región inspiran un sincero sentimiento que se revela en el amor y la confianza con que los poetas se dirigen al mar, a las flores, a las plantas. La *serranilla* peninsular ofrece, como ya estableció Menéndez Pidal, un tipo bien desligado de la influencia transpirenaica en la pastora brava y varonil, bien distinta de la frágil y liviana pastorcilla de la poesía francesa. Así es la «chata recia» que encuentra el Arcipreste en la sierra, pintada con un realismo un poco caricaturesco que nada tiene que ver con las convencionales figuras provenzales.

Es esta última tendencia la que halla mejor acogida en Castilla, por influjo de la austeridad de su paisaje, en tanto que la pintoresca campiña nórdica inspira fácilmente dulces notas líricas. (En la descriptiva del siglo XIX, estas dos distintas fisonomías de paisaje desarrollan también dos diferentes escuelas literarias.)

En cuanto a la pintura, pasa ya en el XIV definitivamente de los fondos convencionales, a base de oro, a representaciones de la naturaleza.

En el XV, la *serranilla*, un tanto desdeñada por nuestros poetas, ceslumbrados por el brillo de la cultura italiana, es prolijada y ennoblecida por un espíritu tan aristocrático como el marqués de Santillana. En sus composiciones, la grotesca lugareña del Arcipreste cede el puesto a una linda serrana: «belleza en forma de mujer, como principal encanto del paisaje», dice Isaza. Ve en ello asomar la sensibilidad renacentista, que trata de congraciarse al hombre con la naturaleza agreste, adornándola con

una figura femenina. El titubeo se ve en las dudas del poeta, que no concibe al principio cómo alberga mujeres tan atractivas el campo, el cual se beneficia a su vez con el hermoseamiento en la descripción. Las canciones de mayo, supervivencia pagana que la Iglesia no pudo abolir y hubo de cristianizar, consagrando dicho mes a la Virgen, contribuyeron también al triunfo de la estimación estética de la naturaleza.

En otra obra del marqués de Santillana, la *Comedieta de Ponza*, encuentra Isaza la primera manifestación de otra tendencia del siglo xv: la de loar la vida campesina por el impulso de un cierto pesimismo, que inspira la inestabilidad de la fortuna, refugiándose en el ambiente del labriego como ínfimo peldaño de la escala social, adonde no alcanzan aquellos vaivenes.

En el último tercio del siglo, el humanismo promovido por los estudios clásicos depara a otro poeta, Juan del Encina, que a la sombra de Virgilio, cuyo culto difunde, instaura la dignificación de la vida rústica en sus *representaciones*. Siguiendo distinta senda de la iniciada en la *Comedieta de Ponza*, Encina se acerca al campo con risueño optimismo, no llevado a él por el desaliento que inspire la fragilidad de las humanas grandezas. El escenario campesino resulta en él equiparado en dignidad a la corte, y con el desarrollo de la serranilla en *égloga* dramática, representada en los palacios de los grandes, el ideal de la vida agreste penetra más hondamente en los medios cortesanos.

En *La Celestina*, que cierra la centuria, encuentra Isaza que se da un paso más en la contemplación estética de la naturaleza, a la que Juan del Encina se dejaba contadas veces llevar. Las palabras con que Melibea, transida de gozo por la presencia del amado, pondera la hermosura de su jardín, poetizado por la noche, son en efecto de una gran belleza descriptiva.

Al examinar este siglo xv, Lillo Rodelgo estudia la manera como llegó a España el movimiento humanista iniciado en Italia, y se fija aisladamente en varios poetas —Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique, Encina— y prosistas —el Arcipreste de Talavera, Rodríguez del Padrón, Rojas—, buscando sus características particulares, sin establecer la línea de la evolución general que señala Isaza. En la pintura sintetiza la aportación correspondiente en estas notas: la perspectiva, la aparición plena de la naturaleza, los temas profanos, la pintura al óleo, el realismo, los temas populares, humildes y agrarios.

El estudio del siglo xvi lo abre Isaza con Gil Vicente, cuya exaltación lírica ante la naturaleza, como motivo lleno de atracción por sí mismo, revela en él a uno de aquellos espíritus henchidos de inquietudes renovadoras. No participa de ese fervor apasionado Garcilaso, que escribe con la medida del clásico, satisfaciéndose con el paisaje dulce del mundo bucólico y viéndolo siempre a través de su amor, que es en él tema dominante; pero

al contemplarlo así, llega a una fusión entre el hombre y el ambiente campesino, nunca alcanzada antes en nuestras letras (14).

Siguiendo a Huizinga, fijase Isaza en el derrumbamiento del ideal caballeresco en el término de la Edad Media, a fines del siglo xv, y señala como una de las direcciones que se toman para suplirlo el *bucolismo*. Ejemplo destacado de la literatura melancólica que llena dicha centuria, como corolario del fracaso iniciado de aquella concepción aristocrática de la vida, son las *coplas* famosas de Jorge Manrique y el diálogo de *Bias contra Fortuna*, de Santillana. Considerado el bucolismo como un escape de la realidad, movidos los hombres por la nostalgia de una vida más bella, no han de extrañarse sus convencionalismos, porque son los cortesanos mismos, los hombres de la ciudad, los que se sitúan en el medio rural, originando un desentono entre su propia cultura y el ambiente selvático que la encuadra. «Lo esencial precisamente es el artificio, la mentira que salta a la vista en toda esa literatura.»

La admiración de las bellezas naturales despierta en unos el fervor religioso, a la manera que lo sintió San Francisco, ardiente de amor a Dios ante el espectáculo de sus obras: es la dirección místico-ascética. En otros toma un rumbo profano, que adquiere en literatura diversos matices. Entre las distintas modalidades que el escape a la naturaleza adquiere, fijase Isaza en el tema de la serrana, cuyas derivaciones renacentistas entroncan con la manera como lo trató el Arcipreste de Hita en el siglo xiv. Núcleo de su desarrollo en el xvi son las composiciones basadas en la tradición —con base histórica— de la *Serrana de la Vera*, la famosa virago que vengó la ofensa de un hombre matando a cuantos se ponían a su alcance. El género de estas producciones, tan opuesto a la dulzura del idilio, considéralo como dirección distinta, partida del mismo punto: dirección realista indígena frente a la influencia bucólica grecolatina.

El motivo literario que más acusa esta influencia es el de la nostalgia de la *Edad de Oro*, que arranca, por lo menos, de los viejos poemas de Hesíodo. Este recuerdo de un soñado periodo venturoso, infancia del mundo, en que hombres y dioses gozaban de iguales bienes, no podían

(14) «Azorín», tras de hallar en Garcilaso dos rasgos acentuados: europeísmo —«es tan de Europa como de España»— y laicismo —«de todos los poetas españoles de los siglos xvi y xvii... es el único que no haya escrito ni un solo verso de asunto religioso»—, añade: «Sobre este fondo... debemos poner en Garcilaso un amor intenso a la naturaleza. Las montañas, los bosques, los ríos, el mar, aparecen por primera vez en la poesía española con Garcilaso, no incidental, sino deliberadamente. Pero —y éste es el tercer rasgo fundamental de nuestro poeta— Garcilaso no se limita a copiar el paisaje directa y realísticamente. En la Naturaleza pintada por Garcilaso hay ya un elemento que va a hacer desviar, durante dos o tres siglos, todo el sentimiento español del paisaje, del campo, de la vida rústica... En Garcilaso, un ambiente de refinamiento y de humanidad envuelve a la naturaleza...» Su manera *plateresca* —dice más adelante—, que en él era equilibrio perfecto, se convirtió después en otras manos en puro artificio. (*Los dos Luises y otros ensayos*, págs. 138 y siguientes.)

dejar de compartirlo los hombres del Renacimiento. Había tenido ya la fortuna de ser acogido en los *Diálogos* de Platón, que en su *República* trató además de dar realidad a aquel ideal, estableciendo el reinado de la justicia a la sombra de la sabiduría. Virgilio vinculó la restauración de la edad áurea al nacimiento de un hijo de Augusto, y Juan del Encina, inspirado en el poeta de Mantua, reflejó las esperanzas de la España de fines del xv, puestas en el príncipe Juan, el hijo de Fernando e Isabel, pronto perdidas por el temprano fin del heredero. Además de reflejar el tema de la Edad de Oro otros poetas clásicos como Ovidio, el propio texto bíblico lo amparaba en el *Génesis* con su pintura del paraíso terrenal. Podían, pues, los escritores beber a su arbitrio en la fuente pagana y en la cristiana, con resultado equivalente, que fué el de la exaltación de la vida agreste como más cercana a la primitiva inocencia y a la felicidad, que era su compañera. Frente al tema positivo surge el negativo, que lo completa: la vituperación del medio social, y tenemos así las dos facies del mismo motivo: *menosprecio de corte y alabanza de aldea*, que forman el título de la obra en que por primera vez se sacan todas sus consecuencias.

En Antonio de Guevara, su autor, se reunían varias circunstancias que convergieron en hacer más intenso su sentimiento de la naturaleza. Montañés —de Treceño, en Santander—, los recuerdos de su infancia persistieron en él siempre, impregnando su producción entera de fragancias campestres, como dice Isaza. Durante su juventud, pasada en la corte, ocurrió la muerte del príncipe Juan, que despertó en todos tanto desaliento. Años después murió la reina Isabel, fuerte golpe para sus aspiraciones de medro en el ambiente mundial. Guevara se hace franciscano, lee y medita copiosamente, y es entonces cuando la doctrina estoica, personificada en Marco Aurelio, le *espanta* como ninguna otra cosa —son palabras suyas— «porque en la boca de un pagano pusiese Dios tan gran tesoro». Cuando, más adelante, Carlos V le saca de su retiro haciéndole su predicador, ello le obliga a viajar por Europa y completa su conocimiento de los medios cortesanos. Así formado Guevara, en él se entrecruzan todos los anhelos que formaron el complejo renacentista: preferencia del campo sobre la ciudad —que en él no tiene mero carácter estético, sino categoría de tremenda disyuntiva entre salvación y condenación del alma—; asomos de racionalismo, al poner, como discípulo de los estoicos, el freno de las pasiones en la razón individual; retorno a la sencillez del cristianismo primitivo, etc. Con parecidos caracteres, el tema de la vuelta a la naturaleza es cultivado abundantemente por otros prosistas y poetas.

Lillo Rodelgo, al examinar nuestro siglo xvi, después de fijarse en los escritores que personifican la introducción de la influencia italiana, destaca los dos rumbos originales que en España toma la literatura: la mística y la picaresca, y señala como aportación de ésta, en el aspecto que aquí interesa, la descripción realista, despojada de todo lirismo. La interpretación

estética de la naturaleza, esto es, la expresión de su belleza por sí misma, sin considerarla alegóricamente, es frecuente en esta centuria —Garcilaso, Castillejo, Góngora, Montalvo, Gil Polo...—. En Mariana se da el tipo del descriptor científico, puntual, con rasgos literarios a la vez: en él encuentra Lillo, siguiendo a Cirot, todo lo que forma el paisaje interpretado por los modernos, a los que el jesuita historiador se anticipó dos siglos. La manera virgiliana, el canto a los trabajos y a los frutos del campo, tienen también prosélitos: Lupercio de Argensola, Lope de Vega, etc. El tema del *Beatus ille*, la ponderación del sosiego campesino, lo cultiva en primera línea Fray Luis de León, y es motivo que tentó a casi todos los poetas y a muchos prosistas. Representación muy puntual de la interpretación «utilitaria» de la naturaleza es la novela pastoril. De su interpretación moral y religiosa son notas características el asignarle las cualidades y sentimientos humanos, el encontrar caracteres, nombres y matices de ella en el hombre y hasta en Dios, y el mostrarla como camino para llegar a Él; de esto último proporcionan copiosos ejemplos los místicos, en cuyas obras, al igual de las profanas, se hallan también manifestaciones de los otros caracteres dichos.

A partir del siglo xvi, se carece ya de un estudio continuado, en que la evolución del tema de la naturaleza sea puntualmente marcada. Pero puede desde luego afirmarse que tras del impulso renacentista, hay que esperar al Romanticismo para que la manera de tratarlo reciba una nueva savia que origine una floración nueva. Lo que en ese período se encuentra son individualidades mejor dotadas o casos en que las circunstancias en que produce un escritor le hagan usar mejor de los medios al alcance de todos, pero en modo alguno escuelas que renueven el sentimiento del paisaje y la manera de expresarlo. He aquí algunos de los poetas y prosistas en que se ha fijado la atención desde este punto de vista.

«Azorín» pone la mira repetidamente en Ercilla para apreciar cómo vieron los poetas españoles la naturaleza americana, y encuentra que así como describió con enorme vigor y colorido las batallas y los hombres de uno y otro bando, son al contrario harto sucintas e inexpressivas sus pinturas de los paisajes, que igualmente pueden ser de Chile que de cualquier región de España con árboles. En otro artículo señala a Ercilla como gran marinista. «¿Quién ha sentido como Ercilla el mar? ¿Quién como este poeta ha estampado en versos limpios y fuertes esas sensaciones del mar, que no han entrado en el arte sino modernamente?» (15).

Encuentra asimismo «Azorín» una gran dilección por el mar en fray

(15) *Clásicos y modernos*, págs. 101, 217 y 273; *Los dos Luises*, pág. 179. En un apéndice añade estas palabras de D. Nicomedes Pastor Díaz, tomadas de su biografía del Duque de Rivas: «Los conquistadores del Nuevo Mundo no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en los palmares de las antillas, en los inmensos bosques de aquellos ríos más grandes todavía, ni en los palacios de Moctezuma y de los hijos del sol.»

Luis de Granada, que sentía también muy vehemente amor al campo. En éste, y más concretamente en su bella residencia salamanquina de La Flecha, puso su ternura fray Luis de León, que «gustaba, como dice Unamuno, tenderse a la sombra, rompiendo, como los pájaros, a cantar a la vista del campo verde».

Más difícil que encontrar sinceros amadores del campo llano es hallar loas a la montaña. Tenemos en España, no obstante, sin esperar a la reacción de fines del XVIII, algún ejemplo, como el de Virués en su *Monserate* (1588). La majestad del escenario de su poema le arranca notas que parecen revelar un entusiasmo no fingido:

«Ni en los famosos tempes de Tesalia,
en la mayor riqueza del Peneo,
ni donde más las ninfas de Castalia
enriquece el arroyo Pegaseo,
ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,
ni en lo mejor del Arabe o Sabeo,
algún lugar con Monserrate igualo
en belleza admirable y en regalo.»

En tiempo en que las montañas inspiraban habitualmente repulsión, el caso de Virués es digno de destacarse, máxime porque extiende su dilección a las cumbres peladas, lo más lejano del tipo de paisaje riente que monopolizaba el interés:

«Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo
en forma de pirámides subidas,
bastan a divertir y dar consuelo
a las más tristes almas y afligidas» (16).

Pocos años después del *Monserate* se publicó *El español Gerardo* (1615), novela de Céspedes y Meneses, sobre la que llama la atención Castro por un cierto sentido que en ella encuentra del paisaje montañoso, si bien manifestado en una brevísima pincelada. Ni en notas propias ni en ajenas hallamos ninguna otra alusión a la literatura del XVII, que fué sin duda el siglo que menos aportó en la evolución del sentimiento de la naturaleza.

(16) *El Monserate*, canto V. *Biblioteca de Autores Españoles*, XVII, pág. 517. Recordamos que «Azorín» se fijaba en Virués con motivo de nuestro trabajo de *Cosmópolis*, y lamentamos no tener a la vista dicho artículo.

Ya en los fines del XVIII fijase «Azorín» en Jovellanos, que, «retirado temporalmente en El Paular, nos describe, con honda y sencilla poesía, la belleza de aquel valle», en la *Epístola de Fabio a Anfriso*. «El río Lozoya, los álamos que le bordean, las montañas que cierran el valle, el bosque que se extiende por las laderas..., todo sirve a Jovellanos para trazar en esa poesía un hermoso fragmento descriptivo. Poeta delicado y enérgico era Jovellanos, y su obra poética resalta —por su sentido de lo pintoresco, de lo plástico— por encima de la poesía de sus contemporáneos.» Considera «Azorín» que en él se contiene en germen toda la poesía romántica que más tarde ha de surgir en España (17). Pero el poeta que «indiscutiblemente puede ser considerado como el verdadero precursor del romanticismo —dice en otro lugar— es Meléndez Valdés... En M. V. está ya en germen todo el romanticismo moderno; M. V. es el primer poeta romántico. Hay en esta nueva poesía algo que no había en las anteriores; hay, no la pasión, el fuego, que eso está en fray Luis, sino una melancolía, una tristeza que no existía antes; y, sobre todo — y ello es esencialísimo— una manera de ver la naturaleza, no impersonalmente, como en fray Luis y en Garcilaso, sino a través del propio espíritu, tamizada, interpretada por nuestras emociones del momento, por el estado de nuestra alma» (18). De este mismo tiempo destaca también «Azorín», en otro artículo, a «un amigo del campo», al capellán Salas, autor de un poema titulado *Observatorio rústico*. Enamorado de su huerto y de la campiña que lo circunda, es Salas gran conocedor de plantas y de cuanto a lo rústico se refiere, describiendo con escrupulosa puntualidad y dando a todo su verdadero nombre.

Este grupo de tres poetas que por acaso encontramos mencionados en las páginas de «Azorín» nos hace en seguida pensar en la trinidad de proistas que por el mismo tiempo ofrece la literatura francesa: Rousseau, Saint-Pierre, Chateaubriand. En la literatura europea en general, el influjo de estos tres nombres es indiscutido: a Rousseau se le considera unánimemente como el creador del paisaje en la moderna literatura, porque supo dar expresión al afán de renovación que agitaba a su época y pone en la naturaleza una pasión que está muy alejada del diletantismo anterior. «Juan Jacobo —dice bellamente Castro— se lanzará al campo, no como el burgués horaciano a caza de paz, sino para hacer retumbar en los valles alpinos el estruendo de su metafísica sentimental. Las cimas nevadas y los montes herméticos servían de gran símbolo a aquel afán de descomunal ilimitación. Europa, harta de teoremas, absorbe setenta y dos ediciones de *La nouvelle Héloïse* desde 1761 a 1800» (19). Saint-Pierre da un paso más, y en él la naturaleza no es ya marco de la acción, sino que ésta es un

(17) *Clásicos y modernos*, págs. 23 28 y 103.

(18) *Idem*, págs. 185 y 186.

(19) Américo Castro, *Santa Teresa y otros ensayos*, págs. 277 y 278.

pretexto para describirla. En la evolución del género, Saint-Pierre significa la introducción del colorido, el estudio de las luces, que aprende a emplear con brillantez ante la vegetación exuberante del Nuevo Mundo (20). Chateaubriand, en fin, hace a la descriptiva la aportación de su fogoso genio personal, poniendo en la naturaleza un sello de majestad y grandeza que, aunque no exentas de afectación, producen una impresión candente e imborrable (21).

Ahora bien, ¿es este influjo traspirenaico lo que promueve en nuestras letras el posterior desarrollo del paisaje o la simple tradición nacional? Parece lo menos aventurado pensar simplemente que el ansia insatisfecha de motivos nuevos puso ante los ojos de los hombres modernos las bellezas naturales, como tema de que puede obtenerse insospechado partido. Ante lo mismo que los hombres de antes vieron fugazmente y que sólo les sugirió leves pinceladas, se detuvo ahora obstinadamente la mirada y se trató de captar hasta los más minuciosos detalles. La nueva técnica encontró no pocos contradictores. «Por tener más cuerpo y verdad plástica —decía el francés Laprade—, porque los sentidos perciban con más viveza y nos den más palpables las formas, ¿llenar mejor las descripciones *realistas* [el subrayado es suyo] las legítimas condiciones de la poesía? ¿Despiertan en nosotros más ideas, expresan mejor el alma de las cosas y el mundo invisible? ¿Nos hacen sentir mejor nuestras íntimas relaciones con la vida universal extendida en derredor nuestro? Sólo a este precio la descripción es una poesía...» (22). Nuestro Valera, en el prólogo de su bella versión del *Dafnis y Cloe*, se expresaba en el mismo sentido: «La brevedad de estas descripciones hace que hieran con más vigor la fantasía de todo lector un poco atento, sin peligro de que fatiguen, como ocurre con frecuencia en las descripciones minuciosas, analíticas e interminables de muchos escritores modernos, de quienes se diría que miran con microscopio, tocan con escalpelo y escriben con plomo derretido» (23).

Pero hemos precipitado un tanto las cosas, porque el tipo de descripciones a que ambos escritores aluden corresponde a una etapa bastante avanzada del siglo xix. El primer género con que repercutió en España el movimiento romántico —nos referimos a la prosa, a que se limitan nuestras notas de este tiempo—, fué la novela romántica, puesta en boga por Walter

(20) Tomamos a la letra estas breves observaciones de nuestro aludido trabajo, suprimiendo todo lo no indispensable para no extender este artículo en demasía. Remitimos a la edición de *Cosmópolis* para lo ahora omitido.

(21) Recientemente ha aparecido un artículo gallego sobre *Paisaxes clásicas. Esparta en Chateaubriand e M. Barrés*, de R. Otero Pedrayo. *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, 1933, I, págs. 235-243.

(22) Víctor de Laprade, *Le sentiment de la nature avant le Christianisme*, 2ª ed., París, 1866: página 100.

(23) Juan Valera, *Obras completas*, vol. XII, pág. 14.

Scott. La cultivan aquí escritores de los más distintos temperamentos literarios, como Trueba y Cossío, Escoriaza, Martínez de la Rosa, Navarro Villoslada, Gil y Carrasco, Espronceda, Castelar, Cánovas, Larra, Balaquer... En sus obras aparece ya la descripción bastante detallada del paisaje, como motivo obligado, pero con pinceladas más ponderativas y efectistas que eficazmente sugeridoras, abuso de epítetos estereotipados y de todos los tópicos que acompañan a la descriptiva de relumbrón, no inspirada por un sentimiento sincero de la naturaleza. Afortunada excepción es Gil y Carrasco, andariego, enamorado del Bierzo, su región natal, que él describe en *El Señor de Bembibre* —obra, por lo demás, insignificante—, con una fidelidad y vigor nuevos en aquel tiempo.

En otro género, merece mención aparte Bécquer, que en sus breves leyendas sabe librarse de la verbosidad y grandilocuencia que aqueja a la literatura de su época, sobre todo la de los andaluces, sus paisanos. En el aspecto que aquí consideramos, llevado por un amor vehemente de la soledad a la naturaleza, percibe en ella, como un panteísta indio, las más tenues y veladas armonías.

La mayor parte del siglo ocúpalo la producción «realista», en que el afán descriptivo alcanza un grado de máxima incontinencia. Páginas y más páginas reproducen minuciosamente cuantos detalles componen cada cuadro de la naturaleza. Se copia y enumera todo, se hace fotografía, en vez de captar el detalle característico y destacarlo vigorosamente, con lo que la atención del lector se pierde entre la frondosidad de los párrafos desmedidos. Hay que anotar, eso sí, como aporte de esta escuela, el haber desterrado el paisaje convencional, hecho a base de los mismos rasgos, repetidos hasta el infinito. Con ella ingresan de lleno en la geografía poética las regiones pintorescas de la península: la montaña y la costa de Santander, con Pereda; Asturias, con Palacio Valdés; Galicia, con Pardo Bazán; la Alpujarra, con Alarcón; Levante, con Blasco Ibáñez, etc. (24). Pero quedó intacta, para ser «descubierta» por la escuela siguiente, la meseta castellana. La austera belleza de ésta es recóndita, no entra por los ojos como la de las regiones lujuriantes de verdor y frondosidad. No ha de extrañarse, pues, que fuese la última en mostrarse. «Azorín» enlaza su «descubrimiento» con el del Greco y con el amor que se empezó a sentir por las viejas ciudades españolas, Toledo especialmente; considera capital

(24) Sobre las características de la descripción en cada uno de estos escritores se hacen en nuestro antiguo trabajo algunas observaciones. Se establecía allí también una divisoria entre los del Norte y los del Sur, notando en los primeros sentimiento más hondo del paisaje y pintura más fiel. Ahora encontramos, entre los artículos de «Azorín», unas líneas de D. Nicomedes Pastor Díaz por él reproducidas, en que vemos llegó a nuestra misma conclusión: dice que los poetas andaluces «habían cerrado los ojos, y no sabemos si el corazón, a las bellezas de aquella naturaleza grande, magnífica, todavía más que risueña, para ir a beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia o de la antigua Roma».

en ese aspecto la aparición de *Camino de perfección*, de Baroja (25). Lo indudable es que el llamado «grupo del 98», a que Baroja y el propio «Azorín» pertenecen, es el que incorpora al panorama literario los paisajes yermos y desolados, los caminos polvorientos, las llanuras grises. Y no sólo ensancha las perspectivas, sino que intensifica la sensación, utilizando todos los elementos sensoriales para reflejar la impresión perfecta de un lugar: las variadas tonalidades sucesivamente producidas por los cambios de luz, los olores, los ruidos característicos, la temperatura del ambiente, etc.

Marca también un notable grado de perfección en la nueva manera la captación del matiz, que constituye, por así decirlo, el alma del paraje que se aspira a representar. Ello sustituye con ventaja a la enumeración minuciosa de la escuela realista, aligera la descripción y cautiva la atención del lector, despertando en él sentimientos gemelos a los del propio contemplador. Es una técnica paralela a la del pintor impresionista, que destaca vigorosamente las líneas vivas y los tonos característicos, en vez de reproducir con igual esmero cuanto se presenta ante su retina.

Dos modificaciones técnicas han favorecido extraordinariamente a la nueva escuela literaria. Una es el abandono del período largo, propenso a la afectación y altisonancia; los párrafos cortados, nerviosos, comprimidos, sin epítetos innecesarios, parecen nacidos para aprisionar, como destellos que escapan a la mirada tarda, los mil detalles fugitivos que constituyen la sensación de un paisaje. El otro cambio de procedimiento, que concurre también a dar movilidad a la pluma, consiste en sustituir la descripción seguida, confinada en un lugar dado del relato, por el uso de rasgos descriptivos diseminados entre la narración misma, y aun entre el diálogo. Es como si sucesivamente fuesen sorprendiéndose —y realmente es así— los varios elementos del paisaje. Conduce a imitar la entonación de las figuras con el fondo, propio de la pintura, y que se traduce en literatura por una cierta concordancia entre el espíritu del hombre y la naturaleza ambiente.

B. SÁNCHEZ ALONSO.

Centro de Estudios Históricos.

(25) En un artículo titulado *Los franceses y el Guadarrama* (tomo de *Clásicos y modernos*, págs. 219-225) pondera la gratitud que debemos a los escritores franceses —Gautier, Dumas...—, que supieron sentir la belleza del Guadarrama, señalando sobre todo la influencia de Gautier en los escritores del 98 en su relación con el paisaje castellano.

LA IGLESIA PARROQUIAL DE LA CONCEPCIÓN Y SAN CARLOS BORRROMEO, DE LA CASA DE CAMPO

A mediados del siglo xvi no había al pie de las torres del alcázar —que el sol hacía de oro al despedirse de nuestra villa cada día— sino unos pelados desmontes, que derivaban al lento discurrir del Manzanares, según lo testimonia la divulgada vista panorámica que, dibujada por 1560, forma parte del curioso álbum que tiene catalogado la Biblioteca Nacional de Viena bajo este epígrafe, probablemente erróneo en lo que respecta al autor: *Wingaerde: Villes d'Espagne*. Es más tarde cuando Felipe II ameniza este lugar, dando origen a los jardines del llamado *Campo del Moro*, a cuya primitiva traza aluden varios poetas de nuestro Siglo de Oro —Tirso de Molina y Lope de Vega, principalmente— y recurre Calderón para dar escenario a gran parte de su comedia *Mañanas de Abril y Mayo*. Y desde lejos debía pensar el rey en los rapados estribos de su palacio de Madrid, ya que —acaso sugestionado por los encantos de los bosques de Flandes, que pintara, entre otros, Van Alsloot, como gratos fondos de los festejos campestres que se celebraron el año 1615 en honor de los archiduces Alberto e Isabel Clara Eugenia— encarga desde Bruselas en 1559 a su secretario D. Juan Vázquez que, puesto de acuerdo con el tesorero D. Gaspar de Vega, procure adquirir a los Vargas su heredad del otro lado del río, verde perspectiva frontera a aquellas torres y lugar harto propicio a hacer felices los descansos que se tomara el poderoso monarca.

La compra que interesaba éste se formaliza en los primeros días de 1562, y con ella iniciase la historia de la *Real Casa de Campo*, en la que se acometieron inmediatamente muy considerables obras y que hubo de ir ensanchándose incesantemente, a lo largo del tiempo, por sucesivas adquisiciones de terrenos lindantes, hasta los días de Carlos III, que, tras añadirla sesenta y cuatro fanegas de tierra, la cerró con la aún subsistente tapia de ladrillo y mampostería.

De lo que en la época de Felipe II se edificó o estaba edificado, apenas si queda algo: la *Torrecilla* —habilitada desde hace algunos años para servir de vivienda a unos guardas y a sus familias, y donde también se almacenan aperos de horticultura y jardinería, con grave menoscabo para este lugar, al que debiera devolverse su antiguo carácter, saneando y restaurando lo que fuera preciso —y el pórtico de la iglesia parroquial de la Concepción y San Carlos Borromeo, que, aprovechado para ésta, constituye la única huella, el solo testimonio de la existencia, no ya presunta, sino necesaria, de la pequeña iglesia o ermita que antecede en este lugar a aquélla, fundada por Carlos III en 1788; pórtico cuya antigüedad —subrayada por los escudos de los Vargas— no deja lugar a dudas, muy parecido a los pórticos que pueden verse a pocos kilómetros, en las iglesias de varios pueblos de los que, en torno al Escorial, se engarflan en las vertientes del Guadarrama, y con antecedente en la arquitectura sagrada de los griegos, lo que fija su data en los años iniciales del Renacimiento español.

El antiguo templo queda, desde luego, desplazado del más antiguo de los planos conocidos de Madrid —editado en los talleres de Wit, de Amsterdam, hacia 1625, y que, como es sabido, comprende algún trecho de la *Real Casa de Campo*—y fuera, asimismo, del plano de Texeira, en el que llega a anotarse la vecina *Torrecilla*, pero no la iglesia, por quedar cerrado el plano en esta parte casi en el mismo punto en que corresponde la anotación de la iglesia o ermita, necesaria, por otra parte, dada la piedad de los Vargas, que hubieron de edificarla, más que en servicio propio, en pío beneficio de sus servidores, empleados en aquella propiedad, y de las familias de los mismos, así como de las gentes vecindadas en estos arrabales de la Villa, de la margen izquierda del río, los más poblados en el siglo xvi.

Y bien pudiera ser que parte de la advocación que dió Carlos III a la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción y San Carlos Borromeo fuese la de la iglesia primitiva, de tiempo de los Vargas, y que, por cierto, dióse también a la otra iglesia que existió en este mismo real sitio, en el término de *Rodajos*, ensanchada al tiempo que se edificó la fundada por aquél monarca, parroquia auxiliar de ésta desde 1788 —después de haber sido única durante muchos años— y hoy desaparecida en su totalidad. Obediente Carlos III a los estímulos de una tradición, probable rasgo del gran movimiento *inmaculadista* que hubo en España— como consecuencia del pretexto dado a nuestras cruentas represiones políticas en los Países Bajos— y que, si culmina entre 1615 y 1625, surgió muchos años antes: precisamente, por aquellos en que los Vargas fundan la primitiva iglesia o ermita de la Casa de Campo.

Ruinosa esta iglesia, es presumible que, para sustituirla, se hiciese la de *Rodajos*, de la que no queda más huella que no sea alguno de sus libros *registros* y de la que sólo se sabe que se amplió en 1788 y que se erigió en

parroquia auxiliar de la de San Carlos, según ya anoté; que en 1835 y por orden de la reina regente doña María Cristina pasó su feligresía a depender de la parroquia de San Carlos, clausurándose entonces, y por la misma disposición, el cementerio adjunto, del que tampoco queda rastro, y que, por último, fué cerrada en 1867, suprimiéndose los ya escasos cultos que tenían lugar en ella.

Documentalmente no se sabe mucho más acerca de las vicisitudes de la de San Carlos. Sobre su fundación tan sólo lo que reza el primer folio de sus libros, donde se lee: *Real Parroquia bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción y San Carlos Borromeo, fundada por el Rey, N. S., Don Carlos III en 29 de junio de 1788*. Pero cabe pensar que en el Archivo de Palacio habrá papeles referentes a este y otros extremos de la historia de esta iglesia y de la de *Rodafos*, aunque, desde luego, no registrados de suerte que haga fácil su busca.

En tanto que no aparecen esos documentos no hay otro remedio para saber algo de tales vicisitudes que conformarse con hacer algunas deducciones y reparar en ciertos datos, que brindo a los que leyeren, más que por otra cosa, por si despertara el interés de alguno propicio a investigar en el citado Archivo en torno a este linaje de cosas.

Es indudable que la iglesia que hoy vemos no responde a los planos que aprobó Carlos III al fundarla, trazados acaso por Sabatine. En las breves notas que dedica D. Elías Tormo a la misma en *Las iglesias del antiguo Madrid* se refleja la extrañeza del ilustre profesor ante el estrecho pasillo que, una vez traspuesto el pórtico, conduce al *sagrado*. Y el Sr. Tormo, sin explicarse satisfactoriamente este raro acceso, piensa en la existencia de una nave que debió de extenderse entre el pórtico y el *sagrado* subsistente, dando pies a la cruz que, tal vez, hubo de definir la planta; nave que, de dar esos pies, mediría de fondo lo mismo que mide el mencionado pasillo. No anda el Sr. Tormo descaminado, como vulgarmente se dice, al presumir esta nave; pero pasa un poco de prisa por la iglesia, no siente curiosidad por los desvanes ni por el campanario, y, como consecuencia de esto, consigna tan sólo una sospecha, siéndole dable haber levantado una hipótesis muy verosímil. Si su visita a la iglesia de la Casa de Campo —visita hecha con sus alumnos de la clase de *Historia del Arte* en la primavera de 1927, durante la cual catedrático y discípulos recorrieron todas las viejas iglesias madrileñas— hubiese sido más detenida, habría podido observar cosas muy significativas, que le hubiesen dado pie para la hipótesis en cuestión.

La presunta nave constituyó una realidad. Y tan pronto como se traspone la sacristía, situada al lado derecho de la iglesia, se da con los restos de ella. Lo que perdura de una cornisa, que aparece y desaparece por distintos puntos de los desvanes que van a parar en el campanario, define dicha nave, al tiempo que la fechan con sus dentellones, que empiezan a

utilizarse en los días de Fernando VI y alcanzan su boga en el reinado de su hermano Carlos. Y ciertos trozos de moldura dan alguna idea de los paños o recuadros que había en aquella.

Relacionados estos restos con algunos otros datos —la muerte de Carlos III, la decoración de los retablos y altares y las inscripciones de las campanas, por ejemplo—, se pueden reconstruir aproximadamente las principales vicisitudes antes aludidas.

Fundada la iglesia en la fecha ya indicada y fallecido su fundador en la madrugada del 14 de diciembre de 1788, es lógico presumir que Carlos III no pudo inaugurarla. Y que ni siquiera pudieron terminarse los principales trabajos en los cinco meses que median entre ambas fechas. Estaría concluida la nave tantas veces citada, pero nada más. Y no es aventurado creer que para continuar las obras se someterían los proyectos al examen de Carlos IV y que el nuevo monarca disintió de la opinión de su augusto padre, dando rienda suelta a sus iniciativas más o menos personales, de modo semejante a como había obrado en otros parecidos asuntos.

Los resultados de esta rectificación a la vista están. Se prescinde de la nave ya edificada, cruzándola en su centro por el actual pasillo y utilizando para viviendas lo que quedaba a ambos lados; se define el *sagrado* en cruz griega y se completan las dependencias y la parte habitable, levantándose, a este último efecto, un piso que corre sobre la capilla bautismal —aprovechada últimamente para desahogar la sacristía, instalándose allí unos armarios de la época de Carlos III, con la cifra del rey, procedentes, sin duda, de los guardarropas del palacio de Oriente; unos atriles y un pequeño armonio—, las habitaciones del ala izquierda del edificio y las que se encuentran a espaldas de éste, donde se cerró el mismo con un patio tapiado en cuanto no hay mayor fábrica.

La estampa más bella que ofrece la iglesia al exterior es la de su entrada, estampa en nada pretenciosa, sino, por el contrario, de grata sencillez pueblerina, como la que da la iglesia de la Moncloa y aun la misma ermita de San Antonio de la Florida. Desde la amena glorieta —que flanquean, además de la iglesia, una huerta, la *Torreçilla* y el camino a que da ésta nombre, bordeado de árboles y descendente hacia la glorieta del Plátano Gordo, que se asoma al lago— aparece la iglesia con su simpático pórtico, hexástilo, de monolíticas columnas coronadas por corintios capiteles, con su airoso campanario y dos graciosas torres laterales, tras las cuales se percibe la cúpula dórica, de linterna...

En el interior, alegremente luminoso, define el estilo neoclásico. A la cabecera y ambas alas de la cruz griega que dibuja la planta, sendos retablos. En el del centro, un gran lienzo de la Inmaculada; en el de la derecha, otro lienzo, donde se representa a San Francisco de Asís, y en el frontero, otra pintura, representando a San Antonio de Padua, probables creaciones de Mariano Salvador Maella, auxiliado por muy devotos discípulos.

Al terminar las obras no terminan las regias atenciones. Carlos IV no se olvida de la *Real Parroquia de la Concepción y de San Carlos Borromeo*, en la que —¡extraño hecho!— no figura ninguna imagen de San Carlos, el segundo de sus titulares. Lo testimonian una hermosa lámpara central, muy parecida a la que posee la ermita de San Antonio de la Florida y posiblemente obra del orfebre Urquizar, autor de ésta, y un numeroso juego de cruces y candeleros para servir los tres altares, que ostentan la conocida cifra real de las dos *ces* trabadas y, asimismo grabada, la del año 1798, aparte de algunos otros objetos litúrgicos de plata madrileña. Y años más tarde, Fernando VII se acuerda también de la iglesia de la Casa de Campo para regalarla un juego de campanas, con inscripciones relativas a la advocación de la iglesia, al fundidor —*Me hizo D. Saturnino de Segovia, reinando el señor rey Don Fernando*, dicen ambas campanas— y al año de su fundición, que fué el de 1815.

Veinte años después recibe la iglesia la feligresía de su auxiliar, la de *Rodajos*, según ya anoté; en 1868, y como consecuencia del triunfo de la revolución, se suprime el culto, que se rehabilita en 1875, al recuperar Alfonso XII el cetro español para los Borbones; en 1931, a raíz de proclamarse por segunda vez la República, es nuevamente suprimido el culto, y en fecha más reciente el Ayuntamiento madrileño —usufructuario de la Casa de Campo desde el advenimiento del nuevo régimen por acuerdo del Consejo de Administración del Patrimonio de la República— acomete algunas obras de limpieza y saneamiento, a propuesta del concejal don Manuel Muíño.

El primer sacerdote que tuvo a su servicio la feligresía de la real parroquia de la Concepción y San Carlos Borromeo fué D. Juan Fernández Villamil, nombrado cuando se funda ésta y fallecido en 1799. Hasta que se suprime el culto en 1868, siguiéronle D. José Redondo, procedente de la iglesia de *Rodajos*, hasta 1805; D. Valero de Aro, también procedente de *Rodajos*, hasta 1815; D. Martín Laguna, hasta 1821; D. Pedro Joaquín López, hasta 1825; D. Sebastián López de Vizcaíno, hasta 1834; el licenciado Carrasco y Sánchez, que fué párroco accidental durante unos meses, y don Marcos Pérez, procedente de *Rodajos*, nombrado cuando pasa la feligresía de esta iglesia a la de la Concepción y San Carlos. Al reanudarse el culto en 1875 se nombra párroco a D. Felipe Coderque, ya que en el intervalo que media entre el triunfo de la revolución y la restauración de los Borbones murió D. Marcos Pérez. Procedía aquél de *Rodajos*, donde estuvo atendiendo los tan limitados cultos que allí tenían lugar desde 1855 a 1867, año en que se cierra aquella iglesia, y permanece en la de la *Torrecilla* hasta 1880. Y le suceden D. Julián Bermejo, hasta 1890; D. Fabián Cámara, hasta 1906; don Bartolomé Galiana, que desempeña accidentalmente la parroquia unos meses; D. Anastasio Machuca, hasta 1916, y D. Hilario Molinos Gómez, que, sobrevenido el régimen republicano en abril de 1931 y suprimidos

los cultos, hubo de pasar a las oficinas de la Administración de la Casa de Campo.

La que fué real parroquia de la Concepción y San Carlos Borromeo tiene un cementerio adjunto, enclavado en una planicie próxima, a la que se llega por el camino de los Pinos, y que, siendo uno de los puntos más altos de la Casa de Campo, brinda en torno muy atractivas y largas perspectivas. Es un modestísimo camposanto aldeano, el más pequeño que he visto. Los enterramientos eran propiamente tales, puesto que carece de columbarios, y de ellos deben quedar muy pocos, alrededor de siete u ocho, borrados por las ortigas y el jaramago. Se inauguró el día 19 de agosto de 1828 y se clausuró siete años después, en 1835, y por la misma orden de la reina regente doña María Cristina a que ya me referí, en virtud de la cual se trasladaba la feligresía de la iglesia de *Rodajos* a la de la *Torrecilla* y se cerraban los cementerios de ambas, disponiéndose que, en lo sucesivo, las inhumaciones de los feligreses de la Casa de Campo fuesen hechas en los cementerios de la Villa.

Tal es todo lo que hoy se conoce acerca de la iglesia de la Casa de Campo y lo que deduzco de ello.

EMILIANO M. AGUILERA.

«PROYECTO PARA RESTABLECER LA MONARQUÍA»

Don Francisco Romá y Rosell (1), que trata del restablecimiento de la monarquía en el escrito de que pasamos a dar noticia, fué más conocido por su obra *Las señales de la felicidad de España y medios de hacerlas eficaces*, 1768. De él se ocupan Sempere y Guarinos en su *Biblioteca Española*, y Torres Amat en *Escritores Catalanes*. Colmeiro, ensalzándolo por su buena doctrina y prudentes consejos para el resurgimiento del régimen monárquico, dice de él que fué abogado de pobres en el Principado de Cataluña y académico en la Conferencia de Física experimental en Barcelona. Por su parte, Canga-Argüelles, en su *Diccionario de Hacienda* no hace sino dar cuenta del autor y de su obra, sin otra glosa ni comentario.

El arbitrio acompaña a carta dirigida al excelentísimo señor D. Gregorio de Muniain, su fecha en Madrid, a 2 de marzo de 1769 (un año después que la de la obrita), tiene la misma data, intitulado, conforme a lo que leemos en su carpeta, *Proyecto para restablecer la Monarquía*, y manifiesta a Muniain que le anima a remitirle el escrito el celo demostrado por él en cuanto contribuye a la mayor gloria y esplendor del soberano y del Estado. Cópia del mismo remitía a la vez al duque de Losada y a D. Manuel de Roda, a quienes hacía presente se comunicaba también con Muniain, y a todos que el Ministerio le tendrfa siempre pronto «a emprender trabajos infinitamente mayores que el de votar causas de hidalguías», por donde debemos suponer se consagraba de ordinario nuestro arbitrista a servir su oficio en Valladolid o en Granada.

Comienza su trabajo, cual buen proyectista, estimando llano y hacedero su proyecto, y así dice:

El restablecimiento de España es facilísimo, sin alterar la constitución del Gobierno ni trastornar las fortunas de los particulares, si a las opera-

(1) En el escrito está Romá y Roselly; Canga-Argüelles en su *Diccionario* apunta Roma y Rosell, pero me inclino por la redacción de Colmeiro.

ciones específicas preceden o acompañan las genéricas, de algunas de las cuales vamos a dar cuenta:

1.º En primer lugar figura la alianza con Francia, expresando el arbitista que el poderío de la Casa de Borbón será incontrastable una vez que ambas naciones entiendan sus verdaderos intereses, así en la política interior como en la internacional. En cuanto a ésta, Francia no podrá lisonjearse de invencible, dado el sistema actual de Europa, mientras España permanezca debilitada, pues las utilidades que pudiera obtener de la introducción de sus géneros en nuestros dominios por el aniquilamiento de nuestras fábricas no compensa la pérdida que tiene de ejércitos, armadas, plazas, colonias, etc., y mucho menos con el desdoro de una paz vergonzosa por la debilidad de su aliada.

Por lo que toca a la política comercial, es igualmente fácil hacer patente con cualquier detalle como el del comercio de América y la península, que Francia ganaría ciento en la opulencia de España por uno que perdiese por sus prohibiciones y reglamentos particulares de esta monarquía, porque a ninguna potencia le cae en cuenta aniquilar a aquella otra de cuyo comercio puede prometerse muchas ventajas, aunque sea su rival, cuanto menos siendo su aliada. Los que se gobiernan por una política contraria representan la fábula del huevo de oro y las gallinas. Además, el duque de Choiseul es un ministro ilustrado y lleno de equidad, pero Dios puede bien haber ocultado a un grande hombre de Estado un nuevo sistema de gobierno manifestado a un párvulo, para que revelando, dirigiendo o dedicando el plan al ministro, contribuya para que se tomen nuevas medidas a fin de abatir el orgullo de potencias determinadas.

2.º *El comercio con América.*—Es la segunda cuestión que expone: Los excesivos derechos de toneladas, palmeo y otros, los reglamentos que ponen a los españoles unas trabas de las cuales saben librarse los extranjeros, la conducta que tuvo la Casa de Eminente en minorar los derechos de las Aduanas de Cádiz cuando las tuvo en arrendamiento, bajando a los extranjeros para atraerlos mientras hacía pagar por entero a los nacionales, y los Tratados de 1713 y 1715 que impiden aumentar aquellos derechos de entrada, han arruinado sucesivamente al comercio americano y en consecuencia el peninsular con sus fábricas; han arrojado al comerciante americano en el contrabando y al nacional en el comercio pasivo; han confundido la idea del comercio útil creyendo que consistía en toda ganancia del comerciante, dirigidas paliadamente al fomento del comercio nocivo y ruina de las fábricas nacionales. Conforme a tales supuestos, se reducirá el plan a manifestar:

a) Que la mayor parte de los reglamentos antiguos con que se intentó mejorar el comercio de América imposibilitan su restablecimiento.

b) Que se pueden minorar, sin perjuicio de la real hacienda, los derechos de toneladas, arqueo y otros.

c) Que es indispensable variar el sistema de algunas providencias para que se restablezca el comercio de América.

d) Que cuanto se discurra en este particular será inútil, si no se regulan los derechos de entrada de las Aduanas de Cádiz o no se desvía el comercio de aquella ciudad a la cual acuden todos los comerciantes del Reino para proveerse de géneros extranjeros, en perjuicio de la extracción de manufacturas nacionales y aun de los reales derechos de introducción de las extranjeras, que en todos los demás puertos es del 15 por 100 riguroso.

3.º *Colonias catalanas.*—En todas las provincias poco pobladas de España hay proporciones peculiares para el establecimiento de fábricas determinadas por sus producciones naturales y el comercio que de ellas se deriva; y como en Cataluña existe sobradamente gente industriosa para la fundación de estas nuevas creaciones, sin perjudicar ni a la población ni a la industria del Principado, sería conveniente la creación en todas ellas de núcleos de artífices, gente industriosa y robusta, que sirviera de plantilla en ellas para la multiplicación de estas colonias entre los naturales del país, pues entremezclados con el tiempo unos con otros, se fomentaría la producción, la industria y el comercio con el ejemplo que dieran y el deseo de un bienestar mejor y más fecundo. El plan sería inmenso si se explicasen todas las proporciones de las provincias poco pobladas, los auxilios así de gente útil como de materiales que se podrían sacar de Cataluña, el aumento de población, manufacturas, comercio, marina, etc., que se lograría en pocos años, bastando, por ahora, hacer presente que la sexta parte de los muchachos de ambos sexos que mendigan en Barcelona, puestos en un hospicio de singular idea y debidamente instruidos, bastarían para propagar el hilado de algodón americano —tan necesario en España— en Asturias, Galicia y otras provincias de esta monarquía.

4.º *Plan de comercio.*—Los primeros establecimientos habían de ir introduciendo la opulencia y por consiguiente producirían a favor del Erario los medios para los sucesivos; mas para acudir a los gastos y a los que puede facilitar la circulación, es preciso la adopción de algunos medios, y entre ellos un plan de economías, cuyo primer capítulo ha de ser relativo a los empleos. Inglaterra y otras naciones tienen mayor número de funcionarios que España, y sin embargo, sólo en España se realiza el hecho de que la aniquila el excesivo número de ellos. Cuando una sociedad decae se hallan sus individuos precisados en algún modo a recurrir a empleos superfluos, porque ya no encuentran su subsistencia en los agotados manantiales de la prosperidad del Estado. Todo el arte de gobernar estriba en dar una buena dirección a las cosas, y en consecuencia, si al mismo tiempo que se abren caminos se dejan de proveer los empleos inútiles que vayan vacando, se lograría la reducción sin perjuicio de los tenedores, que el Erario no quedara exhausto, que hubiera en lo sucesivo

funcionarios más útiles al Estado, aun prescindiendo de los empleados dedicados a las artes útiles, que el Gobierno pueda premiar el mérito de mayor número de personas y que, en las urgencias del Estado y para el adelantamiento de nuevos proyectos, no sea necesario recurrir al arbitrio de gravar al vasallo ni de minorar la liberalidad y magnificencia del soberano y su real familia.

5.º *Crédito público*.—Como quiera que las economías no pueden producir lo bastante para suplir los gastos de Colonias, circulación y otros, sería preciso recurrir al crédito público (más bien digerido que lo escrito, *cálamo corriente*, en mi obrilla), restableciéndolo, pues la extenuación del Erario, las deudas de la Hacienda, la falta de dinero o de la circulación, conspira, por un raro fenómeno político, a asegurar el buen éxito de una operación que aumente el Erario, extinga las deudas, circule el dinero y ponga toda la nación en movimiento. Sobran —dice— medios en España para hacer la monarquía más fuerte, pero por falta de acción todo está muerto. Las operaciones de crédito público han producido en todas las naciones infinitos beneficios, mezclados con perjuicios también, nacidos del escaso conocimiento que se tenía de ese nuevo modo de producirse; las mismas maniobras de Law en tiempos de la regencia del duque de Orleáns, con grandes desaciertos, dieron margen a frutos ópimos; y si algunas naciones padecen angustias producidas por estas operaciones, débese a los inconvenientes de los desaciertos en las operaciones primitivas. Ahora bien, como España no se comprometió en aquellos primeros tiempos, como puede obtener enseñanzas de lo practicado por otras y son más ilustrados los que corremos, está en la mejor disposición de proporcionarse ese nuevo recurso desviándose de los desaciertos y aceptando principios y prácticas que la observación tiene justificadas como inmejorables.

6.º *Catastro*.—Dice que por sí solo es capaz de restaurar la monarquía; el mayor de sus inconvenientes es menor que el más mínimo de la alcabala; que los dos únicos inconvenientes que puede temer, atento a los efectos que ha de producir en esta reforma, que sea tan módico que no sufrague las exigencias del Estado ni excite la aplicación de los contribuyentes, o que sea imposible satisfacer cantidades proporcionadas al número y calidad de las tierras por faltar a éstas brazos y consumidores.

7.º *Patrocinio público*.—En síntesis, viene a exponer Romá en este apartado la necesidad imprescindible en que está el Poder público de proteger en todos los órdenes a la colectividad, cuya vida y sanidad, desenvolvimiento y medro, le está confiada; pero ha menester para ello órganos apropiados y bastantes para cumplir su cometido, porque ni los desvelos del soberano, ni el celo del Ministerio, ni las disposiciones mejor calculadas, producirían los bienes debidos sin una mano diestra encargada en cada provincia de la observancia y cumplimiento de las órdenes emanadas

de la superioridad en población; agricultura, fábricas, comercio, vigilancia, etc. La lucha cruenta entre el interés particular y el público; entre la concepción particular y el pensamiento colectivo; la rapidez en el particular, así en la idea como en la ejecución contra la parsimonia social, quien ni sabe pedir, ni asociarse, ni quejarse sino en forma tumultuosa; la consideración de que los magistrados, aun conscientes de los daños, no deciden ni resuelven sino lo que se les propone, sin acción para promover lo útil, contrarrestar las pasiones y oponerse a los juicios aun de sus mismos compañeros, retrasan indebidamente cualquier acierto del Poder. Los fiscales, por sí solos, no pueden encargarse del patrocinio público, como lo tengo manifestado —concluye— muy por extenso, en la representación y plan que está pendiente en el Consejo, por lo cual sería atinado que un abogado nacional, el mejor y el más ilustrado, impuesto en teoría y en práctica, debería encargarse del mencionado patrocinio en cada una de nuestras divisiones administrativas (2).

Tal es el proyecto de Romá y Rosell para restablecer la monarquía, mero apunte, complejo por las materias que va enunciando, y cuyo desenvolvimiento mayor lo tiene en la representación al Consejo, como su base en las ideas emitidas en su obra *Señales de la felicidad de España...*, mencionada al comienzo de este artículo.

Romá discurre, sin duda, con acierto, acerca de nuestras relaciones económico-comerciales con Francia; pero no para mientes en que esa política de debilitar a la nación de cuya potencia se teme algo es la seguida por punto general en toda Europa, y que los tratados internacionales se regulan más que por reglas de equidad por conveniencias de cada parte en cuanto una u otra pueden recabar lo que consideran preciso. Además, pasando el cetro del comercio, como el de la industria, etc., de una nación a otra ella era la que llevaba ventajas, y a tal logro iban dedicados los procedimientos diarios. Los mismos reglamentos en nuestro comercio de América, más beneficiosos a los extranjeros que a los nacionales; la conducta de nuestros arrendatarios, que por sus logros de un día dejaban en mejor situación a aquéllos que a éstos; las cláusulas de los Tratados de 1713 y 1715, lesivas al comercio nacional, arruinaron el americano y el peninsular en beneficio del extranjero y el ilegítimo. Las colonias catalanas de artífices para que adiestraran a los naturales de otras regiones en determinados oficios como base de prosperidad y resurgimiento; un meditado plan de economías reforzando los ingresos, castigando los gastos superfluos, acudiendo al crédito, pues que los medios ordinarios no darían los suficientes para las fundaciones y organizaciones reproductivas; los ópimos frutos que esperaba del Catastro, mucho mejores si se le compara como

(2) Archivo de Simancas.—Guerra.—Suplemento.—Leg. 601.

sistema financiero con la alcabala, y, en suma, lo que llama patrocinio público, protección, tutela, inspección, vigilancia, intervención del Poder central; todos y cada uno de los medios enumerados son en principio atinados para un resurgimiento nacional, pero con mesura, con calma, con tiempo bastante. En definitiva, el arbitrista no preceptúa ninguno que de implantarse pueda resolver el todo o parte de las dificultades. No será arbitrista por la incapacidad de las propuestas, por el desatino de los pensamientos, por la inaplicabilidad de las concepciones; pero sí lo es por la emisión de principios cuya generalidad era ya muy conocida y de cuya aplicación y respeto podrían prometerse los nacionales una vida regalada y tranquila. Las generalidades como los absurdos tienen en definitiva el propio resultado, cuando aquéllas no se desarrollan en terreno específico; alianza verdaderamente amistosa, trato igual y proporcionado; comercio americano con ventajas para los nacionales; colonias de carácter interior que hoy diríamos, llevando a los más cultos y avisados a provincias más retrasadas; plan de economías, verdadero concepto del crédito público, resultado de un buen Catastro y de la protección del Poder; he aquí cuanto propone Romá. Y sin embargo, algunas de sus ideas no dejan de tener mérito, otras se copiaron presto; las más habían de ser, aun de principios generales, misión de la edad presente. El principio de que en las urgencias del Estado éste se dé trazas para que no sea necesario recurrir por nuevos proyectos al arbitrio de gravar al vasallo, es de razón financiera de que a una necesidad extraordinaria se recurra con medios de la misma índole. En cambio, se asienta también la tesis de que no se minore la liberalidad y magnificencia del soberano y su real familia, retrogradación en la manera castellana de ver las cosas, pues debían los monarcas comportarse en sus gastos conforme al haber de la nación, y trabajar por sus Reinos, pues que se lo pagan y tienen oficio que les obliga al trabajo, como dijo el franciscano fray Juan de Santa María (3).

CRISTÓBAL ESPEJO.

(3) *Tratado de República y policía cristiana...*, Madrid, 1615.

DESCRIPCIÓN E HISTORIA DEL CASTILLO DE BUITRAGO

(Conclusión)

No hay noticias de que realizara obras en el castillo de Buitrago, donde residió cortas pero numerosas temporadas; debió tenerlo, en cambio, bien guarnecido y pertrechado hasta los últimos años de su vida, dado lo turbulento de los tiempos y a causa de militar en un campo que siempre andaba a la greña con el otro. Tampoco ocurrieron sucesos bélicos en la histórica villa por entonces, pero en cambio está relacionada íntimamente con la triste y novelesca vida de Juana la Beltraneja, de la cual no tengo más remedio que referir aquí algunos episodios:

En 1407 los nobles levantiscos que alzaron por heredero del trono al infante D. Alfonso negando que Juana fuera hija del rey impotente, sino de su valido D. Beltrán de la Cueva, trabaron con Enrique IV y sus leales una batalla en Olmedo, tras la cual unos y otros se atribuyeron la victoria; poco antes el monarca requirió a D. Diego Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Santillana, para que le prestara su ayuda valiosa, y la respuesta fué acercarse a Segovia con «quinientos rocines», según Enriquez del Castillo (23), concertándose con el soberano (que por cierto no era muy cumplidor de su palabra) y exigiendo en prenda la entrega de Juana la Beltraneja, quien de este modo quedó más en rehenes que en depósito. Cinco años de edad tenía la pobre niña cuando pasó a manos de los Mendoza, y éstos la criaron en su castillo de Buitrago con la esplendidez en ellos proverbial; quizá los años que pasara en el pueblo serrano durante su infancia, retozando por las arboladas márgenes del Lozoya u oyendo el cantar de la presa del molino en las noches estivales, asomada a la ventana mudéjar de una torre del castillo, fueran los únicos felices en la larga vida de la des-

(23) *Crónica del rey Enrique IV.*

graciada princesa, quien vió interrumpida la égloga dos años más tarde con la llegada a Buitrago de su lasciva madre la reina doña Juana.

También para garantizar el cumplimiento de los pactos hechos con el rey, el arzobispo de Sevilla D. Alonso de Fonseca había conseguido de Enrique IV la entrega de su esposa, a quien tuvo en la fortaleza de Alaejos bajo la guarda de su alcaide y cuñado D. Pedro de Castilla «el Viejo», nieto de D. Pedro el Cruel; hay quien insinúa que el prelado tenía relaciones ilícitas con la reina, no muy escrupulosa en la elección de varón (24); pero lo cierto es que fué barragana del hijo de su guardián, llamado también Pedro; consecuencia, un embarazo imposible de ocultar llegado a los siete meses, no obstante la anchurosa vestimenta ideada como moda por la portuguesa. En esta situación la reina pensó huir; se puso de acuerdo con su amante y algunos guardianes de Alaejos; una noche oscura se descolgó en un cesto atado a varias sábanas según unos cronistas, y a una soga según otros, con la mala fortuna de que siendo la cuerda de longitud menguada, cuando llegó al fin, y quienes creyendo a la fugitiva en el suelo soltaron el cable, la reina cayó al foso desde alguna altura, magullándose la cara y una pierna; no gritó sin embargo, y recogida por su amante y Luis Hurtado, que al pie del castillo la esperaban, montó en las ancas del caballo de aquél, y a márchas forzadas la llevaron a Cuéllar y luego a Buitrago, donde se alojó y parió más tarde, contrariando no poco a los Mendozas con su escandalosa aventura (25). Quizá para tener mejor guardadas a madre e hija fueron trasladadas a la villa de Trijueque, cercana a Torija e Hita, y por tanto en medio de los extensos dominios que esta familia poseía en la actual provincia de Guadalajara (26), y allí las tuvieron teniendo que sufrir los amoríos de la reina con D. Pedro de Castilla «el Joven», hasta que, a poco, se les presentó ocasión de soltar la carga y preparar su evolución política hacia el bando de la infanta Isabel.

(24) El supuesto es de Alonso de Palencia, cronista que se distingue por su odio feroz hacia Enrique IV y los Mendoza, complaciéndose en acumular cargos contra uno y otros, no siempre con veracidad. (*Crónica de Enrique IV*, tomo II, capítulo VII, traducida por Paz y Meliá.)

La misma objeción hay que hacer a Hernando del Pulgar, quien escribió su *Crónica de los Reyes Católicos* en tiempo de éstos; en cambio Enriquez del Castillo, criado del cardenal, en su *Crónica de Enrique IV* es sobrado parcial a favor del monarca y los Mendoza; pero en lo esencial coinciden todos los cronistas.

(25) A doña Juana le nació un hijo, que llevó al convento de Santo Domingo el Real, de Madrid, don Pedro de Castilla «el Viejo», entregándolo al cuidado de una prima hermana suya, priora de esa comunidad; al niño pusiéronle por nombre Andrés; por ser hijo de la reina y de caballero tuvo «don» ya en la cuna; a las monjas, teniendo en cuenta el nombre, les dió por llamarle «Don Apostólico», y ya en la edad madura jamás usó el de Andrés, sino el de Don Apóstol de Castilla; esta familia se avencinó luego en Guadalajara, y de ella hay noticias interesantes, impropias de este lugar. (Ver J. B. Sitges: *Enrique IV y la excelente señora Doña Juana la Beltraneja*.)

(26) Juan Catalina García, *Relaciones topográficas de los pueblos de la provincia de Guadalajara*.

Concertaron Enrique IV de Castilla y Luis XI de Francia el matrimonio de Juana la Beltraneja, a la sazón de ocho años de edad, con el duque de Guiena, hermano del monarca francés, siendo el novio, según los cronistas, hombre tan desmedrado en lo físico como en lo moral, pues era inconstante, desleal, disoluto y enredador, a la vez que enfermizo, medio ciego y con tan delgadas piernas, que parecía inverosímil pudieran sostener su cuerpo mezquino. La negociación fué hecha por el orondo y procaz cardenal de Albi, y para celebrar el contrato de esponsales, el 26 de octubre de 1470, el rey Enrique, el cardenal y su séquito vinieron desde Segovia por el monasterio del Paular (cartuja de Sotos Albos la llama mosén Diego de Valera en su *Memorial de diversas fazañas*) al valle del Lozoya, cerca de Buitrago, desde donde acudieron la reina Juana y su hija, acompañadas por el segundo marqués de Santillana, sus hermanos D. Pedro González de Mendoza, a la sazón obispo de Sigüenza, y el primer conde de Tendilla más gran séquito de caballeros, escuderos y damas, formando una cabalgata lujosa por demás, según acostumbraban los Mendozas muy dados a la magnificencia. Un gentío enorme acudió a presenciar el acto, y luego de jurar el rey y la reina que la niña Juana era su hija legítima, se firmó el contrato matrimonial avalado con los nombres del marqués de Villena, de D. Diego Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Santillana y señor de Buitrago, de sus hermanos D. Pedro y D. Íñigo, aquél obispo de Sigüenza y éste conde de Tendilla, etc., quienes juraron por legítima heredera a Juana la Beltraneja, negando todo derecho a la infanta Isabel, hermana del monarca castellano; ello no fué obstáculo para que, muerto a poco el rey, siguieran el partido de su hermana (27).

Terminada la ceremonia y el banquete subsiguiente, los Mendoza volviéronse a Buitrago, mientras el rey, el cardenal, la reina y su hija caminaron hacia Segovia con tan mala fortuna que, según algunos cronistas aquella misma tarde y según otros a la siguiente, cuando se disponía la comitiva a cruzar el puerto de Malagosto, descargó sobre ella una horrible tormenta de agua y granizo tenida luego como de mal agüero, que a poco si causa la muerte de los reales expedicionarios; el viento era tan fuerte, la oscuridad tan densa, la granizada y lluvia tan copiosas, que la caravana se dispersó, buscando cada uno la salvación como pudo, sin fijarse en el amparo de los demás; la confusión fué tan grande y el pánico de todos de tal cuantía, que según Palencia y Diego de Valera quedó la princesita abandonada en medio del turbión, sin más ayuda que su mozo de espuelas, quien logró resguardarla bajo unos robles hasta pasar la tormenta, saliendo

(27) El matrimonio con el de Guiena no llegó a efectuarse; poco después el novio solicitó del papa dispensa a sus juramentos y promesas, y trató de casarse con la hija de Carlos el Temerario, duque de Borgoña; pero en 1472 murió, dicen que envenenado por su hermano el sombrío Luis XI de Francia.

luego de sus escondites los caballeros del séquito, con gran turbación y vergüenza por su cobarde comportamiento (28). Fué entonces cuando para premiar al segundo marqués de Santillana dió Enrique IV las villas del Infantado, elevadas a título ducal siete años más tarde por los Reyes Católicos, y cuando su hermano el obispo de Sigüenza, D. Pedro González de Mendoza, comenzó sus coqueteos con Isabel y Fernando, así como con el legado pontificio Rodrigo de Borja (más adelante papa con el nombre de Alejandro VI), para obtener el capelo cardenalicio.

El año 1468, con motivo de la proclamación de la infanta Isabel en Guisando, como heredera de la corona de Castilla ya que su hermano Enrique así lo convino con los nobles sublevados, los Mendozas se reunieron en Buitrago, y en su castillo redactaron en forma jurídica la «protestación» de tal acuerdo en nombre de su pupila Juana la Beltraneja, y uno de ellos (el conde de Tendilla) llevó el documento a Colmenar de Oreja y lo dejó clavado en la puerta de la iglesia; el escrito está fechado el 24 de octubre.

Con el advenimiento de los Reyes Católicos, el fin de la reconquista, la monarquía absoluta y el robustecimiento del poder central, el castillo de Buitrago como los demás medievales, dejó de actuar como fortaleza; la mayoría continuó en manos de alcaides, figurando como simples emblemas de señorío, y el que me ocupa no fué en adelante más que vivienda accidental de los duques del Infantado (cuya residencia espléndida la tenían en Guadalajara) cuando iban a Buitrago a cazar en los montes que casi por entero cubrían su término (hoy desolado y calvo en su mayor parte). Sin embargo no se enfrió en ellos el cariño al viejo señorío, y así, en 1506, don Diego Hurtado de Mendoza tercer duque, otorgó en Guadalajara a 2 de diciembre un privilegio para que «la V^a de Buytrago e vezinos della de los Muros adentro sean libres e essentos de alcabala, pechos, derechos, martiniegas ni pusiciones y hermandades, pedidos e monedas e servicios e otros algunos que a Su Ex^a y a otros sus subcesores pertenezcan e pertenecieran en qualquier manera» (29).

Muchos datos procuraría sobre las amistosas relaciones que siempre existieron entre la villa y sus señores y del cuidado que éstos pusieron siempre en que no se secaran las fuentes de riqueza; mas como la índole de este trabajo no lo consiente, me limitaré a indicar la existencia de va-

(28) Muerto su padre cuando tenía trece años de edad, desposaron a la Beltraneja con Alfonso V de Portugal, adonde marchó en 1476 cuando la corona de Castilla se afirmó en las sienes de Isabel la Católica. Tampoco se casó con el portugués, y en 1479 entró como novicia en Santa Clara de Santarem, y en 1480 profesó en el mismo convento de Coimbra, abandonando el claustro poco después. Muy atendida y honrada vivió hasta su muerte, que acaeció en 1530 en la corte de Portugal, donde era llamada «la excelente señora», aunque ella siguió titulándose y firmó su testamento «yo la Reyna». Muerta Isabel la Católica, su esposo Fernando quiso casarse con la Beltraneja, pero ella rechazó la proposición con castellana altivez. (Sitges, obra citada.)

(29) Relación de privilegios de la villa de Buitrago. (Archivo de Osuna, legajo 1.653.)

rias informaciones de la segunda mitad del siglo xvi, según las cuales «no es útil ni provechoso el descuaje de los montes ni las grandes cortas para carboneo, por el perjuicio que irrogarían a las personas y ganados» (30), consejo lastimosamente olvidado en España durante el siglo xix; también debe resaltarse otra providencia de los duques prohibiendo que se utilicen para pescar ciertos procedimientos que acabarían con la pesca (31); por último, para demostrar el cuidado puesto por los duques en que sus vasallos no resultaran perjudicados en sus intereses por culpa del señorío, he de decir que en el testamento del quinto duque hay una cláusula que dice así: «Y aunque en mis pueblos y tierras de Buytrago y Heras donde a abido siempre y la he tenido en los bosques y dehesas caza mayor de benados y gamos, y para lo que toca a la obligación de los daños que estas cazas podrían hacer yo he procurado como lo he hecho, de consultallo y tomar parecer de hombres eminentes en letras y buena opinión... satisfaciendo los daños y baxándoles las alcabalas... y haciéndoles otros bienes y limosnas, y deseando al presente en mayor abundancia hacerles bien, quiero y es mi voluntad, que se compren seiscientas fanegas de linueso las cuales han destar depositadas perpétuamente en mi villa de Buytrago en una cámara que para ello a de aver, administradas y conservadas por la forma y manera que se administran y conservan otros depósitos de trigo... y es mi Yntento y voluntad que se repartan al tiempo que lo pide la necesidad de la simentera entre los vecinos de la dha villa de Buytrago y lugares de su tierra y partido siguientes:... Ytem mando que se compren trescientas fanegas de trigo y otras trescientas de centeno las cuales estén en depósito... para que se dé y sócorra según es dicho a los vecinos de la dha tierra de Buytrago adonde no se siembra lino o es poca cosa, qués los siguientes...» (32).

Por lo que atañe al castillo de Buitrago, algunos documentos existen en el Archivo de Osuna relativos a cuentas de obras de reparación, así como posesiones dadas de la villa y fortaleza a sucesivos alcaides; documentos de corte curialesco que no dejan de ser curiosos, pues demuestran cómo hasta la extinción de los señoríos se conservó parte del antiguo ritual, según puede apreciarse en el acta extractada siguiente, cuya fecha es de 29 de julio de 1686, y se refiere al nuevo alcaide Miguel Díez González de Sepúlveda (Archivo de Osuna, legajo 1.652): «Y luego incontinenti, dho Sr. D. Miguel Díez González de Sepúlveda en compañía de dho Sr. Corre-

(30) Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional, legajo 1.651.

(31) Provisión original de los señores del Consejo real sacada a pedimento de la excelentísima señora duquesa del Infantado y cometida a Pedro Prieto..., con la pena de 200 ducados, para que no permitan poner estacadas, canales, butrones ni otros artificios de pescar, prohibidos. Su fecha, 7 de julio de 1751. (Archivo de Osuna, legajo 1.652.)

(32) Provisión original de la sexta duquesa del Infantado (doña Ana de Mendoza), dando cumplimiento a una cláusula testamentaria de su difunto padre. (Archivo de Osuna, legajo 1.652.)

gidor y de mí el escrivano y otras personas de dhas casas de ayuntamiento, fuimos a la fortaleza y Castillo que el Duque mi Sr tiene en esta dha villa, Y estando a las Puertas Principales dél, Requirió en virtud de dho Poder y auto dado por dho Sr Corregidor, a D. Pedro de Ahedo... como theniente de Alcaide de dha fortaleza. Y el dho D. Pedro de Ahedo que Presente estava, en presencia de mí el escrivano y testigos, cogió por la mano al dho D. Miguel Diez González Sepúlveda y le entró en la dha fortaleza. Y dijo que le dava y dió la posesion della, en virtud del Poder que para tomarla tiene del Duque mi Sr. Y el dho D. Miguel dijo que la tomava y aprenhendía, y en señal dello se paseó por dha fortaleza, echó gente que avía dentro, cerró y abrió sus puertas y hizo otros actos de posesion; y de cómo así la tomava quieta y pacíficamente pidió a mí el escrivano se lo diera por testimonio...» (33). Todavía a mediados del siglo xvi el vetusto castillo de Buitrago almacenaba armas y pertrechos, tan arcaicos para ese tiempo, que bien pudiera entre aquéllas escoger su trasnochada armadura el buen Alonso Quijano para correr aventuras por los campos de Montiel; picas sin hierros, ballestas incompletas, paveses rotos, viejos cañones sin cureñas, etc., se alojaban en el castillo de Buitrago como evocación de guerreras edades, mas sin uso posible dada su ruina y el estado de los tiempos; sin embargo, por ser curiosa, transcribo esa relación en los apéndices de este trabajo (33).

Poseían los duques del Infantado al Este de Buitrago, pasando el Lozoya, una hermosa finca cubierta de monte alto y denominada El Bosque por la que sentían especial predilección y destinaban a coto de caza mayor para su recreo y esparcimiento; hoy es de propiedad particular y conserva un moteado de encinas visibles desde la villa, mero recuerdo de su antigua espesura, entre la que se criaban grandes manadas de gamos. A fines del siglo xvi, el quinto duque D. Íñigo López de Mendoza, mandó construir en El Bosque un palacete que todavía subsiste, aunque ruinoso (34), sin duda porque ya no iba a Buitrago más que en las épocas del año propicias para la caza; y era más cómodo residir en el campo que en el viejo castillo, habitual morada del alcaide y mayordomo (35).

Reinaba en España el místico y cazador impenitente Felipe III, hombre

(33) Archivo de Osuna, en el Histórico Nacional, legajo 1.648.

(34) En el Archivo de Osuna, legajo 1.653, se conserva un «Quaderno grande, Original, en papel abujereado, de las quantas que el Año 1598 y otros se tomaron a diferentes personas, del dinero que avían recibido y gastado en la obra de la casa que el Sr. D. Íñigo López de Mendoza, 5.º Duque del Infantado, mandó hacer en su bosque de la V.ª de Buytrago». Importó 6.246.655 maravedises.

(35) Vendieron los duques la dehesa de Aldehuela en 1549, comprometiéndose el comprador a no meter ganados en todo el mes de septiembre de cada año si en ese tiempo el duque o sus sucesores quieren ir a cazar como suelen; a no cazar en la dehesa y si en cambio a guardar la caza como se venía haciendo hasta entonces. (Archivo de Osuna, legajo 1.654.)

de tan poco talento que ya le tachaba de medio tonto su padre, lamentando dejar el trono en manos tan ineptas, y en el mes de mayo de 1601 estuvo varios días en Buitrago acompañado de numerosos caballeros, así como del duque D. Íñigo, quien mandó alhajar el castillo con muebles y tapices traídos de su palacio de Guadalajara. Por fortuna, se conserva el Diario de esa estancia del monarca en Buitrago, escrito por Diego Caballero escribano de la villa según consta en otros documentos, cumpliendo el mandato del duque y con destino probable a su hija doña Ana, futura duquesa, que quedó en Guadalajara. Como hecho por un curial, el diario es minucioso en extremo; en él se mencionan las cacerías con que se entretuvo Felipe III, los festejos populares, las corridas de toros y vacas en la explanada del castillo, se describen por menudo las comidas que se dieron, los invitados a las mismas y hasta de qué platos constaban, así como si estaban bien o mal sazonados, con otros permeneores ingenuos y pintorescos. El duque hizo los honores a sus huéspedes con la magnificencia y cortesanía habitual en la familia, sin que dejara por eso de descender a los más ínfimos detalles, tales como el reparto de truchas pescadas con tan gran abundancia, que incluso el cronista se siente maravillado, no obstante vivir en el pueblo y conocer por tanto cuán pródigo de ellas era el río Lozoya; tan pródigo y de tan buena calidad sus truchas, que poco antes dieron lugar a que el latinista y poeta Alvar Gómez de Castro dedicase al duque del Infantado una mala poesía que dice así:

«No leños de una villa que se llama
Monte de Buitres corre un dulce fuente,
cuya agua como plata reluciente
no dá ventaja a la dorada flama.

Está en la sobreház verde, la trama
conque texe la Nympha diligente
o de Vulcano la enredada cama

Están aquí guardando estas doncellas
las truchas coloradas, procurando
que no reciban daño de la gente.

Lleguéme donde estaban, demandando
que para el Gran Duque diesen dellas;
sacaron luego esta, incontinente» (36).

No inserto aquí ese diario del escribano Diego Caballero, por su mucha extensión; pero como es muy curioso, lo transcribo en los apéndices a este trabajo, pues merece la pena. Tan complacido quedó el rey, que prometió volver a Buitrago; el duque D. Íñigo murió el 29 de agosto de aquel

(36) Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, número 13.007.

mismo año, mas que Felipe III estuvo nuevamente cazando en El Bosque, o al menos proyectó el viaje, lo prueba un documento fechado el 20 de noviembre de 1601 en Guadalajara, por el que D. Juan Hurtado de Mendoza, sexto duque (consorte) del Infantado, encarga al licenciado Obeso, corregidor de la villa de Buitrago, que vuelva a tomar la vara y haga aderezar los caminos por donde se entendía que había de pasar el rey desde el monasterio de San Lorenzo, y provea todos los bastimentos necesarios para el servicio de S. M. y criados (37).

Ya no quedan hechos que referir cuyo escenario fuera el castillo de Buitrago en los siglos xvii y xviii, ni documentos curiosos que mencionar relacionados con la fortaleza (38); con la sexta duquesa, doña Ana de Mendoza, se extinguió la línea directa del Infantado, y en lo sucesivo, poco a poco, los señores de Buitrago fueron cada vez con menos frecuencia a visitar su dominio. Continuaron nombrándose alcaides, que más por el fuero que por otra cosa gobernaban la vetusta fortaleza convertida en modesta vivienda suya y a la par en almacén de rentas en especie, representando el cargo mismo una jubilación para criados de sangre hidalga; al antiguo palacio-castillo del primer marqués de Santillana se le añadieron cobertizos hasta convertirle en vulgar caserón, sobre cuyos tejados se alzaban las torres de desdentadas almenas, como si quisieran protestar del atropello sufrido, y así llegó el 30 de julio de 1808, en cuyo día luctuoso habría de sepultarse el esqueleto de tantas grandezas pasadas. Por primera vez, las águilas napoleónicas fueron vencidas en Bailén; el terror del rey intruso fué tal, que huyó de Madrid a todo escape seguido de las tropas francesas que guarnecían la capital del reino, y al pasar éstas por Buitrago incendiaron el pueblo y su castillo. La mayor parte de las casas encerradas por las murallas quedaron para siempre convertidas en abandonados solares; en cuanto a la fortaleza milenaria que antaño hospedara al insigne autor de las *Serranillas*, al rey Don Juan y a Juana la Beltraneja, no quedó de ella más que un montón de escombros en el patio y los robustos muros agrietados y melancólicos, que año tras año van hundiéndose ante la indiferencia de esta España, que debiera cuidar la devoción a su pasado glorioso, para labrar, con el ejemplo del ayer, su prosperidad y gloria del mañana.

(37) En el Archivo de Osuna, legajo 1.652.

(38) En el mismo Archivo y legajo hay una «provanza original», de 1641, en la que consta de tiempo inmemorial el duque y sus antecesores «avian estado en quieta y pacífica posesion de llevar (cobrar) de cada rebaño de ganado que pasava a los extremos (Extremadura) por las puentes de dicha villa de Buytrago, una caveza a la ida y otra ala vuelta, contando que no fuese encerrada, y que no avia cosa en contrarios».

En el legajo 1.648 del mismo Archivo hay un testimonio, con fecha 8 de febrero de 1716, de «cómo las 65 pesas de Lino, 43 gallinas y 32 capones que anualmente y por Navidad se les dá de Regalo a los Exms. Srs. Duques del Infantado, lo pagan y contribuién con ello los Lugares de la Jurisdiccion de dha villa de Buytrago».

APÉNDICES

I

RECIBIMIENTO QUE LA V^a DE BUYTRAGO Y SU TIERRA HIZO AL SR. DON YÑIGO LOPEZ DE MENDOZA HIJO DEL SR. ALMIRANTE D. DIEGO FURTADO DE MENDOZA Y DE D^a LEONOR SU MUGER POR SEÑOR DE DICHA VILLA Y POSESION QUE LE DIERON... FECHA EN BUYTRAGO A 3 DE NOBIENBRE DE 1404. (Archivo Histórico Nacional—Casa de Osuna—Legajo 1653. Documento original y copia simple del mismo.)

«En Buytrago lunes tres días de Nobienbre año del nascimiento de nro^o Salvador Ihu Xpo de mill e quatrocientos e quatro años. Este día estando en el Alcazar de la dha Villa Leonor de la Vega Muger del Almirante que dios perdone e Juan Furtado de Mendoza prestamero mayor de Vizcaya et Diego Lopez fijo de Medrano tutores de Yeñego Lopez fijo del dho Almirante e de la dha D^a Leonor, e estando ende el dho Yeñego Lopez, e en presencia de mí Fernan Sanchez de Aguilar scribano de nro Sr. el Rey e su Notario público en la su Corte e en todos los sus Regnos, e otrosi en presencia de mi Manuel Fernandez scribano público en la dha Villa de Buytrago, et de los testigos de yuso scriptos, parescieron Sancho Lopez e Pedro Diaz Alcaldes en la dha V^a e Sancho Fernandez e Juan Felipe e Domingo Martinez e Blanco Fernández e Domingo Fernandez, rejidores de la dha V^a e de su tierra, e Ferrant Garcia de Guadalfajara Alguacil, e Alfonso Diaz fiel, e Garcia Fernandez scribano, e Juan Ruiz Alcayde, e Juan Sanchez de Zaldivar, e... Luego los dhos tutores dijeron a los dhs Alcaldes e rrejidores e Alguacil, e omes buenos, que vien que savian en como la dha V^a de Buytrago e su tierra pertenesca de derecho al dho Yeñego Lopez por Creenzia del dho Almirante su padre e por razon de Mayorazgo así como a fijo mayor que fincava del dho Almirante, e que fasta agora non le avian fecho expresamente las cosas que vasallos fazen a su Sr nin le avian fecho juramento segun que vasallos devian fazer al Señor nuevamente venido a su tierra, e por ende que les parescia que era bien que lo fiziesen si quisiesen e de le vesar la mano en reconocimiento de Señorío e fazer las todas las otras Cosas que vuenos e leales vasallos devian fazer al Sr. Et luego los dhs Alcaldes e rrejidores e Alguacil por si e en nombre de la universitat de la dha V^a e su tierra, e los otros omes buenos que estavan presentes, cada uno por si pidie-

ron de gracia al dho Yeñego Lopez e a los dhs tutores que les diesen lugar a que se apartasen e oviesen su deliverazion sobrello, e rrespondiesen lo que entendiesen que les era mas complidero de fazer. Et luego los sobredichos fuéronse deallí delante los dhos Yeñego Lopez e sus tutores e apartáronse. Et estodieron en su Consejo aviendo su deliverazion sobrello, e avida su deliverazion e Consejo parescieron ante el dho Yeñego Lopez e los dhs tutores, e los dhs Alcaldes e rrejidores e Alguacil por si e en nombre de todos los otros vecinos de la dha Villa e de su tierra, e los otros omes buenos que estavan presentes, cada uno por sí, mandaron al Juan Ruiz de Gamarra que y (allí) estava presente que respondiese segunt que avian ordenado e declarado entresi, a lo que dhs tutores dijieran. Et luego el dho Juan Ruiz preguntó a los dhs Alcaldes, rrejidores e Alguacil e omes buenos que y estavan presentes si le mandavan que diese la dha rrespuesta por ellos, e en su nombre; e todos los dhs Alcaldes e rrejidores e omes buenos dijeron que sí, e luego el dho Juan Ruiz por sí e en nombre de los sobredichos, dijo que pedían por mercet los dhs Alcaldes e rrejidores e Alguacil que estavan y presentes por si e en nombre de todos los vecinos e Moradores de la dha Villa e de su tierra al dho Yeñego Lopez e a los dhs sus tutores que los perdonasen por no aver fecho mas (antes) lo que ellos avian dicho que devia fazer como quier que dixo; que los dhs Alcaldes e rrejidores e omes buenos de la dha Villa e de su tierra, bien ciertos eran que el dho Yeñego Lopez era su Sr e ellos sus Vasallos, en pero que estavan prestos para le vesar la mano en rreconocimiento de Señorío e fazerle servizío e mandado, e fazer todas las otras Cosas cercadello que vuenos e leales Vasallos deven fazer a su Sr. Et luego los dhos Alcaldes e rrejidores e Omes buenos por si e en nombre de todos los otros vecinos e moradores en la dha V^a e en su tierra, en una Concordia pidieron por mercet al dho Yeñego Lopes e a los dhs sus tutores que les fiziesen juramento de lesguardar sus usos e costumbres e fueros e franquezas e livertades, que así era uso e costumbre de los Srs quando nuevamente venían a los lugares de sus Señoríos. Et luego los dhs tutores en nombre del dho Yeñego Lopes dixieron que les plazia de fazer lo que deviesen Et luego los dhs Alcaldes e Alguazil e rrejidores dixieron por si e en nombre de todos los otros vecinos e Moradores en la dha V^a e en su tierra, e los otros Omes buenos que presentes estavan, cada uno por sí, que avian por su Señor al dho Yeñego Lopes de las dha V^a e su tierra e de los vecinos e moradores en ella, e besáronle la Mano así como a su Sr en reconocimiento de Señorío, e a la dha D^a Leonor su madre en su nombre del dho Yeñego Lopes e a nosotros los dhs scrivanos rescivientes la dha promision en su nombre, e a los sus tutores, de ser buenos e leales Vasallos del dho Yeñego Lopes, e guardar su servizío, e su vida, e su salut, e doquier que vieren su daño, arreglángelo e do viesen su provecho allegángelo, e quandoquier que sopiesen o entendiesen que alguno le trabtava mal o dapno en su Persona o en su fazienda, que gelo farían saver e le apercivirian por sí mesmos, o por sus mensageros e lo mas cedo que pudiesen, e a sus tutores. Et de acoger a ntro Sr. el Rey en la dha V^a yrado o pagado, con pocos o con muchos, e despues de su muerte a el su Fijo o Fija heredero seyendo de hedat legip-

tima e teniendo la administracion de su Regno. Et no seyendo de hedat legítima el dho su fixo o fixa heredero, e teniendo tutores, que le acojan con los dhs tutores o tutor segunt que fuere ordenado por los del Regno. Et de acoger al dho Yeñego Lopes e a sus tutores con él e a cada uno dellos durante la tutela. Et seyendo en servicio del dho Sr Rey e del dho Yeñego Lopes. Et otrosí prometieron de complir Cartas e mandado del dho Sr Rey e del dho Yeñego Lopes e de los dhs sus tutores en su nombre, e fisieron juramento sobre la señal de la Cruz e los Santos Evanjelios que tañieron con sus manos todos los sobredichos e cada uno dellos, de lo tener e guardar e complir asi. Et luego otrosí los dhs D^a Leonor e Juan Furtado e Diego Lopes, tutores del dho Yeñego Lopes e cada uno dellos, fisieron juramento sobre la señal de la Cruz e los Sts Evanselios que tañieron con sus manos cada uno dellos, de guardar al Conzejo e alcaldes e Alguazil e rrejidores e Omes buenos de la dha V^a e de su tierra, a los que agora son o fuesen daqui adelante, sus buenos usos e costumbres, e fueros, e franquezas, e livrtades que siempre ovieron en vida de Pero González de Mendoza, abuelo del dho Yeñego Lopes, e del Almirante padre del dho Yeñego Lopes, e despues fasta aquí. E otrosí juraron que desque boluntat fuere de Dios que el dho Yeñego Lopes fuese de la hedat legítima quel derecho manda, que farian todo su poderío en el facer e otorgar, para que fisiese el dho juramento en la manera e forma que ellos e cada uno dellos lo avian fecho, así como sus tutores. Et luego los dhs Sancho Lopes e Pero Diaz Alcaldes, e... pidieron por mercet al dho Yeñego Lopes e a los dhs sus tutores que por quanto los dhs Ofizios de Alcaldes eran añales e ellos eran escojidos por ofiziales este año por el Conzejo de la dha V^a de Buitrago e su tierra, para que fuesen Alcaldes, que lo quisiesen confirmar, así a los regidores en sus ofizios como a los Alcaldes en los suyos por quanto a los Srs de la dha V^a pertenescia de lo fazer asi. Et luego el dho Yeñego Lopes e los dhs tutores en su nombre dixieron que les plazia de les confirmar e confirmaronlos e dieronles poderio para que usasen de los dhos ofizios... e a los rrejidores... e al Alguazil, en nombre del dho Yeñego Lopes rrescrivieron juramento sobre la señal de la Cruz... Et luego el dho Yeñego Lopes con Abtoridat de los dhs tutores, la qual Abtoridat le dieron en presencia de nós los dhs scribanos, dixo que continuava la posesion, que avía e tenía primero de derecho de la dha Villa e su tierra e todos los vezinos e moradores en ella con su juresdizion alta e vaxa e mero e misto ymperio, e términos e Montes e Pastos e Prados e Deesas e Exidos e aguas corrientes e estantes, e con todos los otros derechos e tierras e términos de la dha V^a e de su tierra, e que si nescesia era adquisizion de nuevo, que la quería e ganava. Et luego los dhs tutores dixieron que continuavan la dha posesion si de derecho la podian continuar, e en otra menera dixieron que la adquirian e ganavan en nombre del dho Yeñego Lopes para él, por los dhs Autos la posesion de la dha V^a e de los moradores en ella e en su tierra con la juresdizion alta e vaxa e meromisto ymperio e con todos sus términos e Montes e Prados e pastos e Ríos e con todas sus Eredades e con todos sus derechos e pertenenzias. Et de todo en como pasó, dixieron que pedian a nós los dhs scrivanos que Gelo diésemos por testimonio signado

con nuestros signos. Testigos que fueron presentes... Et yo Miguel Fernandes, scrivano sobre dicho en la dha V^a de Buytrago, fuí presente con el dho Ferran Sanches Notario e con los dhs testigos... e a pedimento de los dhs tutores... esta Escripura fiz escrevir e va scripto en quaderno de seis planas e cosido con filo de Lino blanco e en fin de cada plana firmado mi nombre, e por ende fiz aquí este mio signo. En testimonio de verdat.—*Fernan Sanchez*.

II

TRASLADO AUTORIZADO DE PEDRO DE LA TORRE ESCRIBANO, DEL ENTREGO QUE EL AÑO 1541 SE DIO (A) ANT^o DE VILLAFañE, ALCAYDE DE LA V^a DE BUYTRAGO, A JUAN DE SAA VEDRA Y JUAN DE LOGROÑO, ALCALDES ORDINARIOS DELLA, DE TODAS LAS ARMAS Y PERTRECHOS QUE AVIA EN LA FORTALEZA DE DHA VILLA, LO CUAL EXECUTO EN VIRTUD DE ORDEN DEL SR. DN. IÑIGO LOPEZ DE MENDOZA, 4.^o DUQUE DEL INFANTADO. (Archivo de Osuna, legajo 1648.)

... Inbentario de las armas y pertrechos y otras cosas que están en la fortaleza de la v^a de Buytrago, las quales cosas entregó Bernaldino de Zúñiga, Alcayde de la dha fortaleza, a Antonio de Villafañe por mandado del Duque mi Sr., y son las siguientes:

Dos tiros grandes de yerro con sus servidores a punto, encavalgados con sus carretones herrados.

Dieciocho piezas de una rexa de yerro genesa (?) desbaratada. (Al margen: No rescibió mas de catorce piezas, porque el dho Bernaldino de Zúñiga dixo que avía enbiado a Guadalaxara las otras quatro piezas.)

Dos aparadores de madera en que ponen las sillas de los caballos en la caballeriza.

Dos vigas genesas (?).

Ocho ruedas de piedra de atahona.

Doze picas sin hyerros.

Tres tiros falconetes (cañones pequeños) encavalgados en sus bancos de madera.

Dos bancos de armaduras de garruchas.

Otro servidor de un tiro de lombarda de yerro.

Un espingardón (cañón largo y delgado) encavalgado en su curueña pequeña.

Una vallesta de acero con su curueña y sin guarda y sin cuerda y sin nueces y sin garrúa (garrucha).

Dos tornos para armar las vallestas fuertes. (Al margen: es un torno.)

Ocho vallestas de... de palo.

Dos garruchas de yerro.

Diez espingardas y un espingardón.

Setenta y ocho casquetes viejos, quebrados algunos y desvaratados.
Un parador de madera.
Tres paveses de barrera, viejos.
Cinco paveses de barrera, el uno quebrado.
Dos paveses pequeños y una pavesina.
Cinco picas.
Siete redes de cáñamo para el bosque (para cazar).
Siete curueñas de vallestas viejas, sin nueces y sin vergas.
Tres vergas de fresno, sin...
Tres cañones de escopeta sin curueñas.
Un servidorcillo de yerro, de espingarda.
Cinco escopetas cortas.
Una veleta de yerro con dos bolas.
Dos servidores de yerro.
Tres curueñas de falconete, la una con su servidor de yerro.
Dos pares de parrillas de yerro.
Un arca vieja con unos tiros de vallesta.
Diez paveses pequeños, más quatro llaves de algunas puertas de dicha fortaleza, grandes y pequeñas.
Un poco de madera de atahona.
Unas menudencias de yerro viejo.
(A continuación se reseñan algunos muebles de poco valor, útiles de caza y pesca, diferentes objetos, más un serón traído de Guadalajara lleno de loza de Talavera, que se reseña pieza a pieza; como nada tienen que ver con este trabajo, no los transcribo.)

III

CARTAS ORIGINALES ESCRITAS DESDE LA VILLA DE BUITRAGO POR D. DIEGO CAVALLERO EN 12, 13, 14, 15, 16 Y 18 DE MAYO DE 1601 CON MOTIVO DE ESTAR EN DICHA VILLA EL REY D. PHELIPE 3º Y ACOMPAÑARLE DN YÑIGO DE MENDOZA, QUINTO DUQUE DEL INFANTADO, QUE MURIO EN 29 DE AGOSTO DEL MISMO AÑO. (Archivo de Osuna, legajo 1648.)

1.^a

Bien creará V. E. que haré de muy buena gana el officio que el Duque mi señor me a mandado de hacer la Relacion de todo lo que aya pasado por acá y que quisiera no perder de la memoria la más mínima cosa para referilla. Su Ex^a se levanto hoy a las cinco, oyó misa en Talamanca en el oratorio de los frailes, a las seis se puso en su litera y con el gusto que traia llegó temprano a Siete Iglesias, allí comió lo mas buenamente que pudo y dió lugar el recaudo que avia, a las dos y media llegó aquí y ya empezaban a entrar azémilas y gente del Rey y por tener nueva que venía acá

sin parar, salió al Camino, púsose en el Cavallo castaño y el Conde en el Macho del Duque de Bejar y fueron caminando y luego llegó su Magd que venia en un macho, apeose su Ex^a y besole la mano y hizole grandes de Mostraciones de contento rriéndose mucho, vinieron hablando un rrato, díxole al Duque mi Sr que quería merendar y se entró en un coche y allí le pusieron la mesa y el Duque mi Sr estuvo allí y todos aquellos cavalleros de la cámara; en acabando mandó a todos se fuesen y quedaron con él el Duque mi Sr y el Conde de Orgaz y se fueron por todas las dehesas a ver la caça que le dió mucho contento verla, segun dicen hirió un gamo, andubo alrededor de la casa del Bosque y le contentó mucho, anochecido subió por la puerta del Bosque, apeose en el coso y en la puente levadiza le dió en una salva (bandeja) Figueroa las llaves de la fortaleza y no las quiso tomar y dixo dos vezes daldas al Duque, entró en su quarto y andúvolo mirando; duerme en el aposento dende su Ex^a y en el canzel estuvo que estaba muy bien aderezado todo su quarto; el Duque de Lerma possó en el quarto mas adelante del pasadizo y el de Cea en el canzel del corredor del oratorio, el de Velada en los entresuelos; estava la casa por extremo buena, pusieron quatro hachas en sus hacheros en las quatro esquinas de los corredores y otra en la escalera, que alegravan la casa.

Luego salió el Duque mi Sr del quarto del Rey y fué al del de Lerma donde estuvo un rato; saliéronle acompañando hasta abajo don P^o de Castro, el de Fuigueroa, el de Sn German, el Conde de Gelves el de Orgáz; pusose en su cavallo y vínose a su posada que es la casa que posa Peñalosa, que para la brevedad que en todo a avido estaba muy bien aliñada y hecho el aposento; posó en ella el de Orgáz, el Conde de Saldaña en otra casa junto a esta. Descansó un poco, luego vino Don Juan de Idiaquez, sestubo otro rrato, escribió la carta de V E, luego subieron la cena y vino Don Enrique de Guzman que solo cenó en caça y dijo lo que su Mag. avia dicho de la casa y caca y de la tierra que fueron mill loores, de que no me holgué poco por el contento del Duque mi Sr.

Esta tarde se an corrido dos vacas muy bravas y esta noche otra; a avido muchas luminarias y hogueras, Menistriles, seis danças que para ser de rrepente eran muy buenas; no a avido falta de cosa ni nadie se a quejado, todos estan muy bien aposentados, a avido todo genero de bastimentos muy cumplido y todo a lusido mucho por averse hecho tan rrepentinamente; a avido mas de ochenta libras de truchas, la cosa más hermosa que vi en mi vida, y con ellas an arreglado a todo el Mundo; esto es lo que hasta esta noche se ofrece. Su Mag. dicen estará dos o tres dias aquí. Guarde Dios a V. E. los largos años que sus servidores deseamos y emos menester. Buytrago 12 de Mayo 1601.—Dn. Diego Cavallero.

El Duque mi Sr Dios le guarde está muy bueno y harto contento; levantose a las nueve, fué a cavallo a Palacio, acompañáronle el Conde y el Marqués de Velada que sentado en un poyo le estava esperando a la

puerta que se acabase de vestir, estuvieron allá hasta que el Rey acabó de almorzar, luego bajó a misa a N^a S^a, entraron en el coche el Duque mi Sr, y el Conde y el Marqués de Velada y el de Cea y Villamisar y el Duque de Lerma que les mandó su Mag. entrar; en aviendo oído missa se fué al campo, no yvan con el mas que el Conde de Orgáz y un Montero, estuvo allá hasta anochecido y dizen se holgó mucho porque mató quatro gamos y un venado. El Duque mi Sr se volvió desde la Iglesia a Palacio con el Duque de Lerma, allí comieron, vino a la mesa el de Lerma, el Duque mi Sr. Don Enrique de Guzmán, el Conde, Don Pedro Portocarrero, el de Cea, el de Guzman, el Comendador Mayor de Montesa, lleváronles ocho platos de casa y fué muy buena la Comida. Despues uvo Consejo de Estado que duró más de dos oras; en acabando se pusieron a cavallo el Duque mi Sr y el de Lerma y se fueron al bosque y luego les siguieron el de Velada, el Confesor D. Juan Idiaquez; fueron a ver la Casa que les contentó tanto que no acababan de loarla; el de Lerma mató una gama preñada, rrecogiéronse temprano y el Duque mi Sr. tambien. Luego mandó rrepartir truchas que las a avido muchas y muy grandes, que no a quedado chico ni grande a quien no se an dado. Echose un rrato sobre la cama, luego vino Don Pedro Franqueza, estuvo un poquito con su Ex^a. La cena que estaba en la mesa cenaron solos; aora quiere escribir y acostarse.

Guardé Dios a V. E. los largos años que sus criados deseamos y emos menester. Buitrago 13 de Mayo 1601.—Dn. *Diego Cavallero*.

3.^a

«Oy se levantó el Duque mi Sr a las ocho y fué al Hospital a missa porque su Mag. avia ya ydo al Campo; retirese a la posada y esperó que el Marques de Velada y Don Juan de Idiaquez saliesen de una Junta para yr a la casa del Bosque; fué a cavallo y yva con su Ex^a el de Velada; en el camino esperaron a D. Juan de Idiaquez; llegaron todos a la casa y la anduvieron toda y estuvieron un gran rrato en el Jardín; a mas de las doze llegó el de Lerma que avia estado en Palacio despachando, y luego llegó su Mag muy contento que avia muerto cinco gamos, comió en la galería, y porque eran más de las dos se fueron todos a comer y no quedaron mas que los cavalleros que le servían a la mesa; comieron en el zaguan grande del Aldeguela el Duque mi Sr, el de Lerma, el Conde, el de Cea, el de Villamisar, el de Gelves, el de Orgaz, el de Velada, Don Juan Idiaquez, Don Pedro Portocarrero, Don P^o de Castro, Dn Vernardino de Mendoza, un hijo del Marqués de Velada y dos pages; uvo muy gran comida y muy abundantes platos, pero pareciome que no tenía sazón ninguna. La Portuguesa hizo media dozena de platos reegalados; sirvieron dellos al Rey unos Panecillos de Manteca y unas quesadillas y buñuelos; los mismos sirvieron en la mesa de los ssrs; todos los officios estaban en la dehesa del Aldeguela y avia en toda ella mucha diversidad de gentes. Después de comer se fué el Rey de caza, y el Duque mi Sr y el de Lerma se estubie-

ron hablando hasta las quatro; a esta ora se vinieron todos a Buytrago a ver los Toros y se fueron a los Andamios; esperaron una ora a su Mag.; vino y se subió a un andamio; vinian en el coche con él el de Orgáz y Villamisar; estubieron allí el Duque mi Sr y el de Lerma en pié más de dosoras que duraron los toros, y tiró su Mag. muchas varas muy bien; y estando en esto pasó por el bosque una manada de mas de trescientos gamos, que no se holgó poco de verlos y fué muy buena fiesta, que pareció que adrede los avian echado; despues de comer mató otros seis gamos. Los toros fueron seis y muy buenos, y fueran mejores si vinieran toreadores. Después de anochecido, que no uvo mas, fué el Rey con un cavallo a la fortaleza, y el Duque mi Sr y los demás fueron a pie; dexáronle en ella y se vino a su posada; echose un rato sobre la cama porque de estar en pie venia cansado. Luego vinieron las truchas y se reepartieron delante de su Ex^a, que son muy buen rregalo para los que están aquí; luego vino el de Orgáz y Andrés y an estado un gran rrato parlando y rriendo. Mañana dizen que su Mag. yrá a las Garruas y esotro dia dizen se yrá a Valladolid. La casa estuvo oy y pareció la mejor del mundo y por el dia de oy solo se puede dar por bien empleado lo que en ella sea gastado; el lugar está muy bien bastecido de todo y no ay quien se quexe ni diga le falta nada; vase proveyendo muy bien y con cuidado.

Mañana vienen todos a comer con el Duque mi Sr., si no es el de Lerma, que por no cansarle no quiere combidarle; no me acuerdo de otra cosa que escribir a V. E. El Duque, Dios le guarde, está muy bueno y muy contento. El le guarde mil años para que goze desto que tanto gusto le da. Guarde Dios a V. E. los largos años que sus criados deseamos y emos menester. Buytrago 14 de Mayo 1601.»

4.^a

Oy selevantó el Duque mi Sr. a las onze porque su Mag. madrugó mucho para yr al campo; mandó estando en la cama que unas mantecas que avian traydo delas vacas las pusiesen en una sestica (cestilla) y unos panecillos embuelto todo en unas servilletas para imbiar al Rey; enesto sientretubo hasta que se vistió; púsose el vestido de gerguilla bereteada que le parecia y estaba harto bien, fué a misa al Hospital y allí se Juntó con él el de Lerma y todos aquellos cavalleros y vieron el rretrato del Marqués de Santillana y pidió que le sacasen aquellas letras; de allí sevinieron todos enel coche y a cavallo a esta posada de su Ex^a donde la Mesa estaba puesta, y al punto subieron la Comida que prometo a V. E. que fué muy buena y cumplida y se sirvió para ser la prisa tan estrecha, con mucho concierto; fueron de mesa el Duque mi Sr, el Conde, el de Lerma, el de Velada, Don Juan idiaquez, el de Montesa, el de San German, el de Cea, Don Pedro de Castro, Dn bern^o de Mendoça, el de gelves y un hijo del de Velada. En acabando de comer Jugaron a las carpadas (¿) el de Lerma y el de Cea, y el de gelves y Don Enrique guzman que tambien comió. Jugaron hasta

anochecido, perdió el de Lerma y el de Cea; el Duque mi Sr. sentretubo con el de Velada y don Juan Idiaquez, vino su Mag. y luego se fueron todos a Palacio, estuvo allá su Ex^a gran rrato, en viniendo leyó las cartas de Guadalajara y hizo el repatimiento de las truchas; su Mag. mató oy diez gamos y avnque el día a seydo de ayre, dizen se holgó mucho; muy bien la a parecido esto y creo que es de manera que susitará muchas vezes y terná (tendrá) al Duque mi Sr. en cuidado de acomodarlo todo a su modo para que más se huelgue. Mañana sirá a Madrid y dizen passará por San Antonio y dormirá en S. Agustin. Guarde Dios a V. E. los largos años que sus criados desseamos y emos menester. Buytrago 15 de Mayo 1601. *Dn. Diego Cavallero.*

5.^a

Aviendo su Mag. mandado yr a hazer el aposento Camino de Madrid, tuvo anoche muy tarde nuevas cartas de la Reyna n^a Sr^a en que dizen no quedava buena, y assi mandó que el viaje se endereçase a Valladolid y a las tres de la noche fué don Pedro Franqueza a decirlo al Duque mi Sr. y le despertó. Levantose su Ex^a a las onze que fué a la ora que su Mag. se empezó a vestir y luego vino a cavallo a Palacio y entró en el aposento del Marqués de Velada, salieron a la Plaza aver una litera suya de muchas comodidades y le dió otra muy buena que tiene en Madrid que estaba ay el sávado; luego se subió a donde estaba el Rey, saliose a la comida y despues se salió a la sala grande donde estuvo un muy gran rrato sentado en un banco parlando con el Marqués de Villamisar y el Conde de Orgáz; a la una fué su Mag. al Hospital a missa y subió arriba junto al altar mayor por ver al Marqués de Santillana y leer aquellas letras; en acabando decylla, se puso en un cavallo y el Duque mi Sr. tambien y fué con el por la Puente del bosque y por a allá quiso yr; en el camino le mandó bolver. Llevaba su Mag. un vestido de xerguilla vareteada berde y lechuguilla lateada de Amarillo y sombrero negro con un cordon de oro y una pluma blanca. En viendo la gente de la corte fuera de Buytrago, se trató de limpiar la casa y barrella, y con todo eso quiso su Ex^a comer en el corredor, despues rreposó sobre el catre un rrato; luego se fué al campo y a la casa, recogiose temprano, trugéronle truchas muy buenas y aora las acaba de despachar a Cerezo de arriba al Conde de Orgáz para rregalar a aquellos cavalleros con una Manteca para su Mag. de las vacas; aora se trata de embiar la gente de aqui a Guadalajara. Guarde Dios a V. E. como sus criados desseamos y emos menester. Bvytrago 16 de Mayo de 1601.— *Dn. Diego Cavallero.*

6.^a

«Oy selevantó el Duque mi Sr a las ocho y oyó misa en el Hospital, de allí fué a cavallo a el Campo y a la casa, que bolvió a las onze contentísimo de averla visto de mañana, que dixo que tan linda cosa no avía visto en su

bida; comió a las doce en el Corredor, despues se entretubo en andar por la casa. A las tres salió en su litera y anduvo fuera hasta las seys, trugéronle un perro que avia muerto muchos gamos y dió dos ducados por el y luego lo mandó entregar a la escuadra de los pícaros de cozina para que le matasen, y llevándole a ahorcar en el bosque, de una enzina, se les fué y lo cogieron y Guinea fué el Berdugo y se subió en la enzina a Horcarle; hizose esta Justizia delante de su E^a en el bosque, despues empeçó a escribir en el Corredor a la Marquesa del Valle, cenó a las nueve de muy buena gana, holgose mucho con una carta del Conde de Orgáz en respuesta de otra que se le escribió con unas truchas; está su E^a Dios le guarde Muy bueno, el tiempo hace tan agradable que no sé si ade ser causa para detenerse aquí su E^a guarde Dios a V. E. los largos años que sus criados desseamos y emos menester. Buytrago 18 de Mayo 1601.—Dn. *Diego Vallero*.

IV

En la Biblioteca Nacional, sección de Manuscritos, signatura 2.190, hay una historia de Buitrago, de autor anónimo, en romance heroico, más malo que bueno; debió ser escrita en la primera decena del siglo XIX, pues en las notas que acompañan al trabajo se consignan hechos acaecidos en 1800, y, en cambio, no habla del saqueo e incendio de la villa por los franceses en 1808.

El desconocido autor debió ser escribano o secretario del pueblo, ya que conoce bien los documentos del Archivo municipal, y en cambio, apenas sabe nada de las iglesias y menos todavía de su arte, por cuyo motivo imagino que no fué cura, aunque por entonces abundaran los de misa y olla, completamente legos en materias artísticas.

Consta este trabajo de un prólogo y dos capítulos; en el primero de éstos sigue el autor a Colmenares y las citas de Tito Livio sobre la antigua Litabrum, refiere con alguna fantasía la captura del régulo Corribilon, el martirio de San Audito, unos episodios legendarios de la época cartaginesa y otros no menos inverosímiles de la reconquista por Alfonso VI; como ya trato estos asuntos en mi trabajo sobre Buitrago, hago gracia al lector de esta parte de la versificada historia, sobrado larga. Puede decirse que en este punto acaban los conocimientos del anónimo poeta respecto a los sucesos acaecidos en el pueblo, y el segundo capítulo lo dedica a describir la villa tal como estaba en su tiempo; como suministra algunos datos curiosos y de interés indudable, lo transcribo íntegro a continuación, así como algunas notas, extractando las que no aportan noticias hasta ahora desconocidas.

Oi subsiste (Buitrago) de el modo siguiente:

En un peñasco a modo de herradura
y a las faldas de Ardoz está situada
la villa de Buitrago, oi permanente
cabeza principal de sus montañas,
que los mui altos montes carpetanos
de la nación la Historia así los llama.

La vecindad que tiene oy esta villa,
según de sus vecinos nos lo aclara,
el padrón que se haze cada un año
son ciento y setenta mas o menos,
con dos buenas Paroquias apreciadas,
San Juan, Santa María, excelentes
y de una arquitectura mui extraña.

Aquella es de los tiempos de los Godos (1);
tres naves con seis arcos la acompañan;
con un buen cascarón (1) con tres capillas
de una hechura mui buena y alajadas.

La segunda tambien es primorosa,
y de una construcción bastante rara,
y en ella se venera por la villa,
tierra, jurisdicción y sus comarcas,
a la devota imagen de el castillo.
señora milagrosa y soberana.

Hecha ya la mención de las Parroquias,
a el Hospital pasemos, que en sustancia
es de lo más hermoso que en el Pueblo
se advierte, se conoce y se repara.

De tradición antigua se nos dice,
con los tiempos también inveterada,
que convento famoso de unos frailes
fue sin la menor duda y repugnancia,
este edificio fue, no cabe duda,
que según su estructura ponderada
de Frailes o de Monjas fué convento
y que estos en lo antiguo lo havitaban;
pero más convincente se nos muestra
la razón, que en un todo nos aclara

(1) Según la nota correspondiente del anónimo autor de esta historia, se hizo el retablo que ostenta el apostolado y un medallón con la Asunción de la Virgen el año 1677, y costó 15.000 reales, siendo su artífice Juan Hurtado, vecino de Madrid.

que más bien que de Frailes, fué edificio de Monjas, por las fuertes y mui varias conjeturas; pues una mui antigua inscripción (2) nos lo dice, nos lo allana, que se encuentra esculpida en una puerta por donde estas donzellas caminaban a el coro y hallí todas unidas dulces canticos suaves entonaban.

La iglesia es de una hermosa arquitectura, a la nave de enmedio la acompañan dos mui bien construidas, se conoce que están perfectamente fabricadas; su altar mayor es bueno; son mejores lós dos colaterales, pues su talla por muy famosos Maestros en el arte está perfectamente trabaxada. El uno representa mui precioso de la visitación la obra sagrada. y el otro a San Francisco mui devoto con la impresión divina de las llagas.

Quándo tubo su origen y principio es lo que no se sabe ni se indaga, pero según su aspecto y fortaleza se conoce que es de edades largas.

Lo que no tiene duda y es mui cierto que por primer patrón se nos señala a Don Iñigo López de Mendoza Marqués en propiedad de Santillana, de el qual tronco descende oi en día la noble, Ylustre y excelente casa de el Ynfantado; tiene superiores rentas (3), pingües, sobradas y mui hartas con las que se mantiene a un sacerdote para que este con suma vigilancia cuide de los enfermos que allí fueren, y para que entre dos partan la carga, otro vicerector a él se le añade con renta juntamente señalada.

A mas de esto se observa en esta villa que subsisten familias mui preclaras prueba de que en lo antiguo fué opulenta y por eso hera entonces apreciada;

(2) En esta nota, el poeta da como suprema razón que en esa inscripción se podía leer *veni huc et intra*, deduciendo por esto que se refería a monjas; también habla de otras inscripciones del claustro, pero tapadas en 1784 al blanquearlo.

(3) Treinta mil reales anuales.

subsisten oi en dia las siguientes,
Garay, Zúñiga, Mendez, Bravo y Vargas,
Ximenez de Cisneros, Vazquez, Prado,
Yrigoyen, Orozco, Rozas, Cámara,
Aedo, Sanz y otras muchas que los tiempos
consumieron; en fin, hay la de Urtiaga.

Tambien logra una feria cada un año
a quatro de Nobiembre, no mui mala,
la que en tiempos antiguos se tenia
y por mejor decir se celebraba
el veintiocho de Octubre y antes hera
por lo mui concurrida, ponderada.

Disfruta de un Mercado no mui malo
los Sábados en todas las semanas,
el suficiente para abastecerse
todos los de la villa y su comarca;
Médico, Cirujano y dos Boticas
la hacen mas apreciable y havitada;
tiene Corregidor, el qual se pone
por la noble, Ylustre, antigua casa
de el Ynfantado de quien es el Pueblo,
el qual le ofrece muchas y mui varias
utilidades que le tienen quenta
como son dehesas, pastos y Alcabalas,
y para pasajeros que caminan
a Burgos, a Bilbao y a la Francia
ofrece un Parador, varios mesones (4)
y están en él las cosas mui aseadas.

El recinto del pueblo está cercado
de una fuerte muralla, que estremada
es su gran fortaleza, inconquistable
seria en aquel tiempo que la espada
era tan solamente el primer movil
de conquistar los pueblos y las plazas.

Tambien tiene un mui fuerte y duradero
antemuro o como otros Barbacana,
tiene su fortaleza (5) y su Castillo

(4) «En 22 de Abril de 1800 estando haziendo una escabación por mandado de D. Juan de Vargas vecino de Braojos para añadir una quadra a su mesón en un solar suio en el sitio que llaman el Barrio mal-encozinado, se hallaron varios monumentos antiguos, como basas de piedra para columnas puestas en orden en la tierra, se encontraron dos tinos, el uno quadrado de vara y media de largo y el otro como media tinaja, un sepulcro con varias monedas antiguas dentro de un jarro que no se pudo conservar por haberlo quebrado los trabajadores a el tiempo de cabar la tierra y havia en él diferentes huesos humanos ...»

(5) Refiere el autor de estos versos la estancia de la Beltraneja en Buitrago e identifica el lugar donde se celebraron sus desposorios con el duque de Guiena, cerca de Gargantilla, y una ermita aún subsistente bajo la advocación de Santiago. No describe la fortaleza, pero copia la lista

que se dice la gran torrebarrana (6)
y unos mui divertidos miradores
que todos los del pueblo hallí los llaman
los bellos corredores (7) de la Agua.

Aunque no es permitido ni es usado
y es opinion de todos mui sentada
que no deben hacerse digresiones
cuando se quentan hechos, las hazañas
qué en cualquier parte o Pueblo han sucedido,
no puede mi pasión mui agitada
de crueles pensamiento y pesares
observar esta regla comendada
a los Historiadores, y assi exclamo
con una fee sincera hacia mi patria:

¿Como se han de aumentar oi los lugares
ni como las ciudades mui preclaras
han de guardar su antiguo y grande lustre
si en los mismos Lugares gente ingrata
permanece, subsiste, la que en todos
se muestra hacia su Patria mui contraria,
la destruién, la asolan, la derriban,
procurando tambien arruinarla?

Esto assi ha sucedido en esta Villa
que lograba el estar toda cercada,
y un díscolo Patriense (mal he dicho,
que si fuera Patriense no acertara
a derribar un canto, ha preceptuado
que un mui grande lenzón (8) de la muralla
se derribase, aunque salio a oponerse
la Villa con razón mui irritada
en ver que se afeaba en gran manera
la población, y que a ella se quitaba
lo que era suio y lo que en algún tiempo
la podría hacer grande y suma falta.

de pertrechos que en ella había en 1673, según el inventario que vió en el archivo, consignando la entrega hecha por el teniente de alcaide D. Juan Jiménez a D. Francisco Velázquez; eran éstos: «Ocho Mosquetes con sus cajas y guardamanos Quatro caxas de Mosquetes—Veinte y siete Frascos grandes y pequeños—Dos ballestas de a tres Dos ballestas de arco Siete yerros de puntas de flechas—Dos aljabas con bolsas—Cuatro tiros de Artillería con sus carrillos Unos palos de caja de Litera con hierros—Una rueda de piedra con bujero enmedio».

(6) Se refiere a la torre de entrada principal a la villa.

(7) «Excelentes miradores pocos días há que subsistían y hubieran permanecido si no los hubieran derribado. Todo había (todavía) se vé un arco de ellos y varias vasas de otros por donde se viene en conocimiento de su magnificencia».

(8) «Se apeó un Lenzón de la Muralla que mira a el mediodía y caía enzima de la Puerta que sale a la cerca de San Juan.»

Si no fuera mas que esto, se pudiera
tolerar, pero habrá suma desgracia,
que muchos imitando su delito
sin reflexión procuren derribarla.

Se conoce, se advierte que no saben
cuanta alegría y gusto es el que causa
de lo antiguo la idea, y si tuvieran
amor y propensión hacia su patria
y honores tributaran a su cuna
no sería su intento el destrozarla,
antes bien andarían hanelosos
de tenerla en un todo reparada.

Volvamos a la historia de esta Villa
pues para digresión sobra y ya basta.

De piedra un Puente (9) hermoso y excelente
en esta se divisa y también se halla,
su hechura es de aquel tiempo en que el Romano
poseía feliz a toda España.

Otro Puente (10) en la hechura mui extraño
se advierte, se divisa y se repara,
el que sirve en un todo para paso
de el Pueblo, de la gente y la Cabaña
de el ganado lanar de el Infantado;
le sostienen a el dicho fuertes barras
y cubierto se vé de un gran texado
que impide que le dañen vientos y aguas.

En el bosque se vé de este magnate
de campo una excelente y buena casa
y en ella sobresale primorosa
una lisa, admirable y ochavada
media naranja y lo bello de el arte
qualquiera inteligente lo repara

Un famoso esquileo tambien tiene
en donde la preciosa y fina lana
se esquila, se recoge y se conserva
hasta el tiempo de ir a trasportarla
a un grande y excelente Lavadero (11)
donde la benefician y la lavan.

A el mediodia se halla y se aparece
una casa de Campo que se llama

(9) Se refiere al del antiguo camino real, hoy carretera de Madrid a Irún.

(10) El que cruzaba al Lozoya junto al castillo; de él dice el autor de estos versos: «este se reedificó por D. Fernando Rumoroso y Velarde, Maiordomo de el Duque de el Infantado a consecuencia de orden suya».

(11) «Es mui decente y con todas las oficinas correspondientes para la manioobra de lavar la Lana.»

las Gariñas (12) terreno que le logra
la familia de Torre que en substancia
es de las mas antiguas en el Pueblo
por su casa solar y fina estancia.

Dos Hermitas (13) antiguas regulares
que aunque ya son mui viejas no son malas
subsisten, permanecen, con cuidado
se procura tenerlas aseadas;
otras muchas havia, pero el tiempo
calamidades fuertes e inconstancias,
irrupciones de moros y otros males
su destrucción causaron, y arruinadas (14)
se ven, pero los sitios donde fueron
a la vista de todos se reparan.

Es la Villa cabeza de partido
dispone, preceptúa, ordena y manda
a treinta y tres Lugares que son suios,
los que todos sus pleitos y sus causas
a este Pueblo concurren donde existe
Corregidor y Audiencia que entabladas
sus justas pretensiones, las dan curso
procurandó mui pronto sentenciarlas.

Disfruta de un precioso y claro Rio
que en la mui alta sierra Peñalara
tiene su origen, péssima laguna
la que ha dexado a veces destrozadas
infinitas cosechas por sus nubes
granizo, recias piedras y tronadas.

Cria preciosas truchas y mui ricas
en su carne tambien asalmonadas,
su tamaño es mui grande pues de cinco
a seis libras algunas de estas pasan.

A mas de esto se coge rico lino (15)
buenas cebollas, ricas ensaladas,
el gusto de estas es en sumo grato
y por muchas personas estimadas.

(12) «Dehesa propia del mayorazgo que posee D. Dionisio Vazquez de Zúñiga Garay de la Torre, en ella se vé una buena casa de Campo, con excelente Zerradero para los ganados, otra casa para los Pastores y un destete de Mulas.»

(13) «La una llaman de las Flores que fué Parroquia dedicada a Sn Antolin y la otra de Nr^a Sr^a de la Soledad. Hay tambien una Parroquia derruida titulada de Sn Miguel y por lo que aparece fué de excelente arquitectura; no hay memoria de cuando se caió; tambien hay otras dos, una en el Bosque y otra en el Lavadero »

(14) «Se hallan arruinadas las Hermitas siguientes: Sn Lázaro, St^a Lucia, Sn Sebastian y la Santísima Trinidad.»

(15) «Le estimaban mucho los Romanos, por lo que le conducian a Roma.»

Aunque en tiempos pasados esta Villa infinito ganado en sí encerraba, ha llegado oi en día atanto apuro que en ella la mitad casi no se halla; tiene veinti tres mil y setecientas cabezas de ganado; la comarca hasta sesenta mil cuenta ella sola por relación mui fiel circunstanciada; quarenta mil cabezas cuenta el Duque segun los Maiores de Cabaña.

Una buena Picota (16) se divisa su estructura es mui buena, y rematada es de tiempos antiguos y por eso se hace mas apreciable y estimada.

Dos calles (17) principales tiene el Pueblo y otras de travesía no mui malas que todas ellas van a parar juntas a dos mui regulares buenas Plazas, la una de los toros tiene el nombre y la Picota la otra se la llama en la que hay una Fuente primorosa (18) pero la lástima es que falta el agua en el verano, viniendo de unos sitios que para dicho tiempo es mui escasa.

Disfruta cinco dehesas (19) excelentes de pasto y de labor mui ponderadas; la Carcel es mui buena, su edificio está mui bien construido, su fachada no es de la peor arquitectura por lo sólida, fuerte y argamasa.

Que fábrica de paños algun día hubo, no hay que negarlo pues lo aclaran los Batanes destruidos que se miran del Lozoya a la margen, pues se hallan varios cimientos de esos edificios quando eran necesarios y se usaban.

(16) «Es una columna que remata en punta en la qual hay varios yerros y argollas en los que se ponía a la vergüenza pública a los que cometían algun delito; se hizo el año 1517 con licencia que dió para ello el Duque del Infantado D. Iñigo de Mendoza quarto Duque. Significa también la insignia de villa y se halla colocada en la plaza de su nombre.»

(17) «La calle de los Portales es mui buena por ser bastante capaz y adornada de casas a un lado y a otro con sus balconajes y Portales con columnas de piedra de sillería. La otra titulada la calle nueva no es mala, y es mui recta. En el arabal de San Juan hay otra regular que es por donde pasa el camino real.»

(18) «Esta se ha hecho nuevamente, pero se construyó antiguamente en el sitio que se halla oi, y se perdió; se hizo el año 1565 y el maestro que la executó declara que costaría 1.500 ducados, se trajo el agua de Caramarfa y nace en el vallejo de Salces»...

(19) «Se llaman, la dehesa de Miramontes, de la Villa, de Caramarfa, la Rotura y de la Mata.»

En fin, tiene excelentes privilegios (20) que están llenos de muchas y mui varias franquicias exempciones, que a porfia concedieron los Duques y Monarcas; pero la inadvertencia de los pueblos que no saben guardar franquicias tantas, ha dexado perder bastantes de ellas como se echa de ver, en la mui larga jurisdiccion y tierra que era suia, y con grande justicia disfrutaba, pues su término todo se extendía hacia la alta eminente y empinada cumbre del Rebentón, por otro nombre el sitio que se dice Peñalara; tambien se difundía y se extendía hasta las que se nombran y se llaman cuestas de Uzeda (segun el Privilegio) que el Berrueco de Gomez se nombraban, y el terreno que logra concedido en extremo tambien se prolongaba desde estas dichas cuestas eminentes hasta la Cebollera que dá entrada a el Puerto Somosierra que hera entonces el que tránsito y paso siempre daba a las grandes Castillas, segun consta del dicho Privilegio, y assi hera por donde casi siempre caminaban los castellanos nuevos a Castilla por su parte mejor y menos áspera, para ir hacia Burgos y otros Pueblos, Victoria, Santander y hasta la Francia.

Pero oi día ha perdido esta gran Villa mucho de la extensión ya ponderada, pues solo hasta Canencia y el Berrueco llega su comprension mui limitada.

Aunque muchas mas cosas yo pudiera referir de este Pueblo feliz, basta lo que se ha dicho yá; calle la lengua lo que a voces publica de él la fama.

F. LAYNA SERRANO.

(20) El autor de estos versos cita los que dieran a Buitrago diversos reyes y duques del Infanzado, y extracta algunos interesantes, otorgados por Alfonso el Emperador (aunque lo atribuye a Alfonso VI) y por Sancho el Bravo; como ya los consigno en el cuerpo de este trabajo, no transcribo aquí la nota, que ocupa varias páginas.

VARIEDADES

Las licencias de Don Nicolás Salmerón

La turbonada política de la primera República española amenazaba concluir con ella. Pasaban intrigas e intrigantes. Efímeros desaparecían ministerios y presidentes, y la dimisión de Pi y Margall causaba una víctima incruenta en la Universidad: la cátedra de Metafísica era abandonada por su titular D. Nicolás Salmerón, que pasaba a regir los destinos nacionales desde la presidencia del Poder ejecutivo.

No eran los tiempos oportunos para el desarrollo de una política como la que hubiese preconizado el catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Decidido a hacer cumplir las leyes estrictamente, pronto hubo de encontrarse frente a carlistas y cantonales, quienes suponían un peligro para la integridad nacional, tan celosamente amada por Salmerón.

Grande había sido su popularidad, y sus actos menos trascendentales fueron un día pábulo del humor callejero; pero al permanecer en el Gobierno apenas si quedaba la supervivencia de una copla (Salmerón en el Congreso —ha puesto una barbería— con veinticinco barberos—afeitando noche y día).

La sublevación de los cantonales hubo de ser violentamente dominada por la fuerza, y los Tribunales aplicaron el máximo rigor a los complicados, hasta el punto de intentarse hacer uso de las prerrogativas que concedía la ley de 9 de agosto de 1873 en que se restablecía la pena de muerte. D. Nicolás Salmerón negóse a refrendar las sentencias y dimitió para no verse obligado a hacerlo.

Si su actuación presidencial fué efímera, fuélo también la vida del régimen. El pronunciamiento de Sagunto alejaba de España al profesor de Metafísica, quien, como la gran mayoría de los emigrados españoles de todas las épocas, se dirigía a París, donde pronto pudo definir su vida con diversos asuntos hasta que más favorables circunstancias le pusieron en disposición de ocupar nuevamente su cátedra.

No podía ni le convenía resignar los asuntos que hasta entonces fueron su medio de subsistencia, pero al mismo tiempo era necesario no perder totalmente sus derechos como catedrático. A esto, pues, obedece la documentación que en la Universidad se conserva referente a sus peticiones de licencia.

El director general de Instrucción Pública oficiaba al rector en nombre del ministro de Fomento, con fecha 10 de octubre de 1881, concediendo a D. Nicolás un año de licencia «sin sueldo y para asuntos propios», que habría de empezar a contarse desde 1 de octubre.

No fué suficiente, al parecer, por cuanto aparece en el legajo un oficio del rector en que, en uso de sus atribuciones, éste le concede «quince días de licencia para restablecer su salud», con fecha 2 de octubre de 1882. Obedecía esta concesión a instancia autógrafa en la que solicita nueva licencia por veinte días para tomar baños que le habían sido recomendados, y termina su petición rogando que se acceda a *«esa breve prórroga —dice— que contra mi propósito y mi deseo tengo que pedir»*.

No quedó satisfecho con la parquedad de su petición, y mientras transcurría la licencia antedicha dirigió desde París nueva instancia, esta vez cursada por el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, D. Francisco Fernández y González, e informada favorablemente por el rector Pisa, en solicitud de un mes de prórroga. Debióronse poner en juego tales influencias, que, con fecha 27 de noviembre de 1882, el director general oficiaba al rector concediendo dos meses más al peticionario.

La serie de razones que se habían alegado en las anteriores instancias parecían indicar que una vez acabados los plazos que le fueron concedidos tornaría al desempeño de su cátedra el expresidente del Poder ejecutivo; pero mal avenido sin duda con la idea de volver a España, mucho antes de expirar el plazo de la anterior disposición dirigía por el conducto reglamentario y desde París una petición al ministro de Fomento encaminada (según dice el decano Fernández y González en su oficio de 16 de diciembre de 1882) a que se le concediesen *«dos años de licencia sin sueldo, con objeto de atender a los compromisos y deberes que en París ha contraído en el ejercicio de la profesión de abogado»*, a lo que el director general Riaño accedió en 2 de enero de 1883, en tanto que la cátedra de Metafísica, víctima inocente de la política, quedaba en manos de algún paciente profesor que pensaría con nostalgia en la posibilidad de un retorno del titular.

LUIS DE SOSA.



Un fondo desconocido de tonadillas escénicas

En mi obra *La Tonadilla escénica* había señalado las diversas fuentes inéditas de este género teatral, las cuales pueden reducirse a dos: la Biblioteca Municipal de Madrid, donde se conservan, manuscritas, cerca de dos mil obras, y el Conservatorio de Música y Declamación, adonde pasó medio millar, procedente del Palacio Real, durante la primera República española.

Siempre tuve la sospecha de que en el Palacio Real existieran algunas obras más, y aunque intenté averiguarlo cuando preparaba la publicación de aquella obra, el intento fué absolutamente estéril. Recientemente he visto confirmada esa sospecha, una vez convertida la antigua Biblioteca Real en Biblioteca del Palacio Nacional, y puestos en orden numerosos volúmenes y manuscritos musicales que estaban no sólo sin clasificar, sino revueltos y en desorden también. El bibliotecario de ese organismo, señor Bordona, me dió cuenta del hallazgo, y merced a su bondad he podido examinar un fondo hasta ahora desconocido que muy pronto quedará catalogado y en disposición de ser puesto a la disposición del público.

En realidad, sólo tiene muy relativa importancia ese fondo tonadillesco, tanto por el número reducido de obras que lo constituyen cuanto por el hecho de que buen número de ellas son duplicados de otras existentes ahora en la Biblioteca Municipal de Madrid. Sin embargo, su existencia en aquel lugar confirma nuevamente lo que es harto sabido por algunos y se empeñan en negar otros, pues con ello se testimonia una vez más que la tonadilla escénica no era la canción plebeya reservada a las bajas capas sociales, sino una amplia composición teatral donde cabían todas las especies; y que muchos de sus frutos no sólo eran aplaudidos por los más encopetados auditorios de los coliseos de la Cruz y el Príncipe, sino que después hallaban acogida en las funciones celebradas ante los reyes y sus cortesanos, en los teatros de los Sitios, para ornato de las representaciones dramáticas y recreo de la concurrencia más distinguida.

* * *

Daremos aquí la lista de las tonadillas resucitadas ahora en la Biblioteca de Palacio, con expresión de sus autores, año en que se las compuso y actores que las interpretaron, cuando constan estas circunstancias. Todas ellas, como las cobijadas en la Biblioteca Municipal, tienen una parte o guión de voz y bajo y las partichelas de los instrumentos de orquesta, constituida por violines, violones y contrabajos, oboes o flautas y trompas. Y, según costumbre de la época, el maestro tocaba el clave, improvisando la armonía, que no aparece escrita en ningún caso.

Aquí tenéis, mosqueteros (primer verso de la obra). Tonadilla a solo, de Blas de Laserna, 1779. (En la Biblioteca Municipal se conserva una con el mismo título.)

La criada y el barbero. Tonadilla a dúo, de Pablo Esteve, 1781. Cantada por la Sanz y Romero. (En la Biblioteca Municipal existe una de igual título, pero no menciona el año.)

Pagar la merienda para otro. Tonadilla festiva general, de Pablo Esteve, 1781. Cantada por la Caramba, Garrido y Majos. (El ejemplar de la Biblioteca Municipal no menciona tampoco el año.)

El antojo de Garrido. Tonadilla a tres, de Esteve, 1782. Cantada por la

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Caramba, Pretola y Garrido. (Tampoco menciona el año de la composición un ejemplar que guarda la Biblioteca Municipal.)

Los bandos. Tonadilla general, de Laserna, 1783. Cantada por Tadeo, Polonia, Rivera, Rafaela, Briñoli, Pulpillo y además «Todos» en unos números y «Hombres y mujeres» en otros números. (La misma observación que se hizo con respecto a las anteriores.)

El chasco del cofre. Tonadilla general, de Laserna, 1783. Cantada por Polonia, Tadeo, Palomino, Aldevera, Paco García y Martín Mariano. (Existe en la Biblioteca Municipal.)

La gallega. Tonadilla general, de Laserna, 1783. Cantada por Polonia, Tadeo, Briñoli y «Vecinos». (En la Biblioteca Municipal existe otra tonadilla bajo el título *La gallega seducida*.) Comienza con los versos: «Muchacha, muchacha. —Ya voy mi señor.»

La amiga de moda. Tonadilla a cuatro, de Blas de Laserna, 1784. Cantada por María Pulpillo, Francisco García, José García y Tadeo Palomino. (En la Biblioteca Municipal existe otra tonadilla con el mismo título.)

La despedida. Tonadilla a dúo, de Laserna, 1784. Cantada por Catalina Tordesillas y Briñoli. (La misma observación que en las anteriores.)

El médico de moda. Tonadilla a tres, de Laserna, 1784. Cantada por la Pulpillo, María Rivera y Briñoli. (En la Biblioteca Municipal existe *Los médicos de moda*, tonadilla a cinco, también de Laserna, sin expresión del año; pero sólo conserva el guión de voz y bajo.)

La disputa de los teatros. Tonadilla a dúo, de Laserna, 1784. Cantada por la Pulpillo y Briñoli.

Los jardineros. Tonadilla a dúo, de Laserna, 1784. Cantada, como la anterior, por la Pulpillo y Briñoli. (Existe un ejemplar en la Biblioteca Municipal.)

La viuda de moda. Tonadilla a tres, de Laserna, 1784. Cantada por Polonia, Palomino y Briñoli. Comienza con los versos: «Dejadme en mi quebranto, —dejadme en mi dolor.»

El amor de la tropa. Tonadilla a tres, de Laserna, 1784. Cantada por la Tordesillas, María Rivera y Briñoli. (Existe un ejemplar en la Biblioteca Municipal.)

El cochero Simón. Tonadilla a dúo con violines, de Antonio Rosales. Sin año ni reparto. (Existe también en la Biblioteca Municipal.)

Los gitanos y los payos. Sainete de música y tonadilla, de Esteve. Sin año. Cantada por «Chihita», Briñoli, Camas, Tadeo Navarro, Polonia y «Todos». Tiene una «cantinela» que, no obstante este título, es una «tirana» vaciada en compás de 6 por 8. (Recuérdese que unas veces, las menos, la «tirana» venía vaciada en este compás, y casi siempre, en el de 3 por 8.) También tiene un número bailado, en el que los actores «hacían posturas en el dengue».

Tonadilla del Baldés. A solo, de Esteve. Sin año. Sirvió para la presentación de una debutante, y comienza con los versos:

«A tus pies se postra,
imperial Madrid,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

esta pobre nueva
que viene a servir.
Estoy desvalida
y sin protección,
fiada en que todos
muy benignos son.»

El médico y los sobrinos. Tonadilla a tres, de Laserna. Sin año. Comienza con los versos:

«Desde que tenemos clínica
y sabemos la botánica,
puede hacer el hombre físico
grandes cosas de importancia.»

(Existe otra obra de este título en la Biblioteca Municipal.)

Tonadilla para empezar. A solo, de Laserna. Sin año. Comienza con el verso: «Aquí tenéis a la Silva.» (Así principian dos tonadillas existentes en la Biblioteca Municipal.)

La paya y los cazadores. Tonadilla a tres, anónima. Sin año. (En la Biblioteca Municipal hay varias tonadillas con asuntos similares al indicado por el título de esta obra.)

* * *

Además de estas tonadillas, la Biblioteca de Palacio conserva partichelas de algunas más sin título, así como también algunas seguidillas y tiranas sueltas, que casi seguramente se desglosaron de tonadillas famosas en su tiempo. Es curiosa, desde el punto de vista histórico, la tirana que se cantó para celebrar la llegada del conde de Artois, el año 1782, y que se conserva en dicha Biblioteca, habiendo pasado inadvertida su existencia hasta ahora. La *Relación y noticia puntual de las ceremonias y festejos que se ejecutan en esta Villa al serentísimo conde de Artois* cuenta que se dió una representación teatral en su honor, interpretándose en un intermedio cierta tonadilla pedida por el embajador de Francia; que aquel magnate escuchó en los dos coliseos madrileños varias tonadillas más, y, finalmente, que uno de esos días, después de pasear por Madrid, «se retiró a su posada, a la que fueron algunas cómicas y cómicos a cantar tonadillas».

Es en aquella ocasión, sin duda, cuando cantaron la tirana a que nos venimos refiriendo y cuya letra dice así:

«De Francia ha venido a España,
para honor de ambas naciones,

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

una flor de lis hermosa,
a ver los fieros leones.

¡Ay, ay, tiranilla!

¡Ay, ay, preciosilla!

Ven a divertir
con tus chicoleos
y con tus recreos
a la flor de lis.

Ya se ve que lo digo yo,
que esta es la tirana de la bella unión.

¡Viva aquí, viva allá,
la Francia, la España
y el Conde de Artoá!» (*sic*).

Otra tirana suelta de las existentes en la misma Biblioteca ofrece la particularidad de presentar un título que, ni por el molde métrico ni por el sello musical, corresponde a las características de la tirana propiamente dicha. Los versos están vaciados en seguidillas, con la intercalación de la tarabilla «monita y si». He aquí la primera de las tres coplas consignadas en el guión de voz y bajo:

«El tratado de muchas
que van al Prado,
no se lee por horas,
monita y si,
sino por cuartos,

Y se dan por concluídas
luego al instante,
si el primer silogismo,
monita y si,
comienza en «dare».

* * *

Para no alargar este artículo, omito las consideraciones a que se presta el examen de esos fondos tonadillescos que he tenido la suerte de ser el primero en examinar tras siglo y medio largo de olvido. Solamente advertiré el predominio de Laserna entre los autores, y la presentación, por igual, de los más esclarecidos cantantes de uno y otro sexo que a la sazón brillaban en los dos coliseos de Madrid, habiéndose distinguido como intérpretes de tonadillas, sainetes líricos, comedias con música, zarzuelas e incluso de algunas óperas italianas, en cuyas representaciones rivalizaban satisfactoriamente con sus colegas italianos.

JOSÉ SUBIRÁ.

RESEÑAS

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ.—*España invertebrada*. Cuarta edición. Madrid. *Revista de Occidente*, 1934. 173 págs.

Valor de novedad adquiere esta cuarta edición de la *España invertebrada*. Quince años que surgió por vez primera han sido suficientes para crear un mundo de nuevos lectores y aun de actos nuevos. A esta joven generación dedica mentalmente Ortega y Gasset la nueva forma de su «ensayo de ensayo».

Si una primera lectura en quienes la desconocían puede ser sugestión de más hondos sentimientos colectivos o primera llamada a la atención de una selecta minoría —puro sentido de *aristos*—, tal vez el pensamiento de la que podríamos llamar «minoría de primera edición» guste más eficazmente la repetición de la lectura.

Mömsen y su ciclo romano, pleno, categórico, en contacto con un pensamiento germánicamente seguido, son nuevos factores que el autor ha utilizado para hacer un análisis de la falta de flexibilidad hispánica. La nacionalidad ha sido creada. Castilla, en gesto más profundo y cerebral, ha decretado expansión, unión, vida en fin; pero el imperativo regional sigue en pie, y la explicación serena y clara del maestro trae a nuestra memoria fuerzas centrípetas y centrifugas evocadas por Morote y razones históricas expuestas en *Las Nacionalidades* por Pi y Margall.

El Estado intentó borrar fronteras regionales. Un fracaso de los constituyentes de Cádiz, precedido del fracaso de Austrias y Borbones. La masa, en cambio, ha creado altas fronteras profesionales, y los *compartimientos estancos* de que habla Ortega y Gasset alcanzan a todo el país y más fuertemente a las clases militares. El viejo aforismo *Si vis pacem...* (expresión continuada de la sombra romana) adquiere vigor en manos hábiles. Preparar el ejército, confiar en él, amarle: he aquí la misión del país que intente sacudir el marasmo, la secular inercia decadente.

El español ha de definir, e inmediatamente su mal alcanza un diagnóstico. Para la masa —suma de confusas intuiciones— el morbo es la polí-

tica, pero en el «ensayo de ensayos», tímida, se apunta la defensa. Política es, para Ortega y Gasset, el menos trascendente de los aspectos gubernativos: política profesional o —más claramente— actividad de profesionales de la política, visión exacta de un filósofo. Pero lo que no ve el águila, puede distinguirlo un topo: las raíces, por ejemplo. Un historiador auténticamente profesional pensaría automáticamente en la política de fueros, en la política «matrimonial» de los Reyes Católicos, en la política regional de Felipe II y Felipe V, en la labor de política unificadora de las Cortes de Cádiz, y sintetizaría las actividades en una serie de manifestaciones de política social, económica, militar, pedagógica o regional.

Ensayo de ensayo, *España invertebrada*. La prisa —característica actual de nuestro progreso, según G. Morente— la hizo nacer. Una nota de esperanza muestra el afán de que nuevas generaciones comprendan y construyan, al destruir barreras que no debieron existir. Que la genial llamada no se pierda en el culto al músculo.

L. DE S.



BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO.—*Historia de España y su influencia en la Historia universal*. Tomo VII. Barcelona, 1934.

La docta pluma del catedrático de la Universidad Central, académico e historiógrafo D. Antonio Ballesteros Beretta ha trazado el séptimo volumen de su monumental *Historia de España*. Cada tomo de esta obra ingente, única en su género, tiene personalidad y relieve de libro aparte, y merece honores de tal.

El que nos ocupa abarca desde la abdicación de Carlos IV, en 1808, hasta la expatriación de Espartero, con rumbo a Londres, en julio de 1843; es decir, desde el advenimiento de Fernando VII al trono hasta el fin de la minoridad de Isabel II: los treinta y cinco años primeros del tempestuoso siglo décimonono, el más descuidado por nuestros historiadores —pues hasta la reciente publicación del notable libro del catedrático D. Pío Zabala, nada de conjunto había sobre él—; el más desconocido por la mayoría de los españoles, ya que casi siempre estuvo de hecho proscrito de la enseñanza oficial.

Y ninguno más digno de atención y de estudio; pues a su dramatismo e interés propio une el ser la cantera de donde salieron todos los problemas nacionales, que hoy viven y palpitan, apasionando por su candente interés.

Sobre el siglo XIX se ha escrito mucho, pero se ha sistematizado poco o nada.

Abundan los relatos meramente políticos —sobre todo panegíricos, diatribas, libelos, publicaciones de circunstancias— y las obras de propaganda partidista. No los estudios serenos. Apenas hay cuadros generales sobre civilización —instituciones, ideas, cultura, costumbres—. Creo que fué D. Gabriel Maura el primero que bosquejó sobre esto un cuadro de conjunto, limitándole a la regencia y minoridad de Alfonso XIII.

Por cuanto va dicho, si el Sr. Ballesteros ha tenido para trazar los siglos anteriores de su *Historia Española* pautas y precedentes que, sin desvirtuar la magnitud y originalidad de su producción, le permitían algún punto de apoyo, para historiar, del modo que lo hace, el siglo XIX, apenas ha podido contar sino con sus propias fuerzas, que son, en verdad, extraordinarias, según ha probado antes suficientemente.

Historiar la España contemporánea es, por todos estilos, bastante más difícil que historiar la España goda. ¿Cómo salió el Sr. Ballesteros de la empresa? Con un pulso, una ponderación, una ecuanimidad, una independencia de criterio excepcionales, no ya en quien, como él, militó en política, sino aun en cualquier español envuelto en los *ismos* flotantes de hoy, como derivación y supervivencia de los *ismos* de ayer.

Y nada puede escribirse en mayor elogio de un historiador.

* * *

Afrancesados y patriotas, liberales y serviles, *apostólicos* y masones, realistas y conspiradores, carlistas y cristianos, españolistas e insurgentes americanos, guerrilleros y soldados de Bonaparte o de Wellington, reyes y reinas, diputados y ministros, príncipes y generales, oradores y poetas, financieros, artistas, cómicos, cantantes y hasta toreros, así como el pueblo en general, son examinados sin prevención, objetivamente; pero sin que el objetivismo sofoque el comentario, breve, atinado y concreto, emanado de los hechos, no de doctrinas previas, ni implique indiferencia o frialdad.

Tampoco la severidad del historiógrafo es engolamiento ni remilgo. El autor sabe que los reyes no pueden tener vida privada inaccesible a los curiosos, ya que ella repercute a cada paso en la vida pública y marca frecuentemente el rumbo de la Historia.

No teme descender con el marqués de Villa Urrutia (el más intimista de nuestros historiadores) a exhumar debilidades eróticas, o de otra clase, de un José I, un Fernando VII, u otros personajes de campanillas, reinas y altas damas inclusive. *Clio*, como el *Diablo Cojuelo*, necesita levantar los tejados y escudriñar los misterios de cámaras y aun de alcobas regias o principales.

* * *

Grave dificultad para historiar cosas cercanas es también la abrumadora mole de materiales. Ballesteros, que los utiliza sin tasa, por cientos de miles, no se deja dominar por su número, y logra que sobre todos flote su espíritu directivo.

Los ordena, los organiza, los selecciona, los condensa en proporción a su valor y su importancia; los depura con crítica perspicaz. Los colecciona en sus ya famosas notas bibliográficas y *suplementos* bibliográficos al fin de cada capítulo, en cantidad aterradora, que nadie en España hasta él había movilizadado para un relato histórico. Allí estan espigadas y clasificadas, con paciencia de benedictino, todas las Historias generales y especiales, monografías, biografías, revistas nacionales y extranjeras, periódicos, catálogos, enciclopedias: cuanto puede imaginarse entre lo impreso capaz de aportar una noticia o una luz a la época histórica narrada por él. No sólo los trabajos mismos, sino las críticas o reseñas de que han sido objeto, aparecen cuidadosamente anotadas.

Pero no se limita a una labor de fichero. Al comenzar cada asunto, cada personaje o hecho principal, ofrece un anticipado esquema de sus fuentes y bibliografía, señalando lo fundamental en cada caso y la orientación de cada obra básica.

Y aunque difícil será hallar cosa, siquiera sea mínima, que no se recoja en esos balances bibliográficos, la masa de libros no agarrota la pluma del narrador, que sabe desembarazarse de lo superfluo, establecer sobre la cantidad las debidas valoraciones cuantitativas, y correr ligera, con sencillez, y aun con desenfado, si el asunto lo requiere, para trazar cuadros completos, de bien proporcionada composición, donde no hay nada superabundante, ni enojoso por lo recargado, ni superficial por lo ligero. Al pintar épocas, colectividades e individuos, no olvida nunca lo que es esencial a toda exhumación retrospectiva: el carácter y el ambiente.

* * *

Siguiendo el plan de sus tomos anteriores, entrelaza con la historia peninsular la de nuestras posesiones coloniales, que en este volumen, abarcando la plena emancipación de la América española y la obra de Bolívar y sus continuadores, bien vale la atención del largo capítulo que se la consagra.

También, como en los otros volúmenes, dedica éste una parte extensa —la de más novedad— a lo que llama *Civilización y cultura*, comprendiendo instituciones políticas y administrativas, clases sociales, Ejército y Marina, Diplomacia, Economía, Hacienda, Iglesia, desarrollo intelectual, géneros literarios, Bellas Artes, la corte, la capital y las costumbres. En su conjunto muestran bien el tránsito de la España vieja a la España contemporánea, por la revolución liberal y la oleada del romanticismo, cambiando desde la concepción del Estado a la vida de familia, del figurín poético y dramático al de sastrería.

* * *

He dicho alguna otra vez que la *Historia* del Sr. Ballesteros, aparte sus méritos narrativos, constituía algo enteramente nuevo en nuestra producción intelectual como *bibliografía en acción* y como *historia por la imagen*.

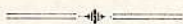
En este último particular, como en los otros, el volumen VII en nada desmerece de los anteriores. Por vez primera nos hallamos ante un álbum gráfico de la primera mitad del siglo XIX, pletórico de ilustraciones rigurosamente documentales y auténticas, clasificadas con método, y en número que se acerca a 700, presentadas en excelentes fotograbados, más 36 grandes láminas en negro o en colores.

No sólo conocemos las efigies y las firmas de todos los personajes y personajillos que poco o mucho actuaron en esa etapa de nuestra vida pública, sino sus viviendas, sus trajes, uniformes, armas, banderas, muebles, utensilios, objetos de lujo y moda (como las peinetas románticas), lugares famosos, edificios, interior de palacios, teatros y templos; solemnidades de Cortes, juras de príncipes, entradas triunfales o entrevistas de dignatarios, viajes, luchas callejeras, matanzas, incendios y ejecuciones, panoramas de ciudades, batallas, planos de guerra, alegorías, caricaturas, medallas, sellos, emblemas, cartas autógrafas, imágenes, escenas teatrales y coreográficas, fiestas y esparcimientos. Todo ello con auxilio de cuadros de los museos de todo el mundo y de cartas, retratos, estampas, papeles y objetos variadísimos de colecciones públicas o de propiedad privada. Asombran el número y la variedad de elementos agrupados por el autor para fundamentar e ilustrar su libro.

* * *

Con ser éste un alarde formidable de erudición —como todos los del Sr. Ballesteros, es obra de grata lectura. Acentúa el progreso que ya señalé en los últimos volúmenes, en viveza de expresión, atractivo literario y aun personalidad crítica, respecto a los tomos primeros, de esta su obra maestra.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR.—*Juárez el impasible*. Col. Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX, vol. 40. Madrid, Espasa Calpe, 1934, 276 págs.

Precedido de una carta prólogo de D. José Manuel Puig Casauranc, *Juárez el impasible* hace su entrada en la colección de vidas españolas e hispanoamericanas editada por Espasa Calpe.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Pertenece esta obra al tipo de las que malogran un intento novelesco para ser, por escrupulosidad del autor, una bella biografía de tendencia interpretativa, con los riesgos inherentes a toda interpretación, aunque a veces la novela aparezca francamente.

El caudillo mejicano no es, a nuestro juicio, impasible, lindante en la insensibilidad, sino ante todo indio, con las características más acusadas. Pero éstas también son susceptibles de modificación, y al contacto de la política se utilizan en episodios que el biógrafo ha sabido recoger y que son una gráfica descripción del carácter de Juárez: tal el incidente del rebaño de ovejas, adivinado por el antiguo pastor, que le aprovecha para dar una muestra de serenidad magnífica ante sus camaradas, asustados por lo que creían ser tropel de enemigos.

La anécdota juega valor principal y la conversación, no siempre auténtica, tiene características novelescas. Ya en plena pendiente se barajan los nombres más ilustres: Morny, Prim, Palmerston, quienes en caprichosa tertulia con Napoleón el pequeño, Isabel de España y Victoria de Inglaterra, resuelven de modo familiar el problema de la intervención en Méjico.

Principio y final son los más importantes fragmentos de la obra. La niñez y la juventud de Juárez son cuadros llenos de color, de vibración, que bastan por sí solos para dar el merecido relieve literario al autor de esta biografía, quien ha sabido respetar la descripción, emocionante en su sencillez, que de la muerte de Juárez hace el doctor Alvarado, que le asistió en los últimos instantes de su vida.

En resumen, la obra de Héctor Pérez Martínez es una bella síntesis de la vida del gran patriota indio, que hasta ahora no había sido puesta al alcance del gran público en forma de plena elegancia y absoluta amenidad.

L. DE S.



VERA, FRANCISCO.—*La cultura española medieval*. Datos bio-bibliográficos para su historia. Madrid, Imprenta Góngora, 1934. Segundo tomo; 283 págs., 16.º; 20 pesetas.

Cuando se publicó el tomo primero de esta obra nos permitimos remover *las campanas* de nuestra pluma para contribuir a que la atención de eruditos, de curiosos y de desocupados lectores parara mientes en esta obra, tan útil como amena. No se han hecho muchos inventarios de la ciencia española. Menéndez y Pelayo esbozó uno. Laverde recogió notas para otro. Francisco Vera, investigador infatigable, muy destacado en el saber bien y en el bien escribir y enseñar, ha completado el suyo con ese: *no darle importancia*, que es el marchamo del valor en las letras.

En el segundo tomo —como en el primero—, cuantos ingenios destacaron en la cultura española tienen su noticia, comprimida pero exacta. No

en vano es el de Vera un cerebro matemático de primer orden. Y con la biografía, modelo de síntesis, la bibliografía, ejemplo de selección.

Entre otros autores, se refiere este volumen segundo a Pérez de Guzmán, al abad Sansón, a Juan de Torquemada, a Maimónedes, al arzobispo D. Rodrigo, a Paulo Orosio, a Gabriel de Valseca, a Alfonso de la Torre, a Raimundo Lulio, a Ramón Mustaner... Si citamos a éstos es por ser sus noticias de las más completas y más acabadas literariamente.

Al volumen acompaña un triple índice onomástico: 1.º Cronología de los autores; 2.º Topografía —nacimiento—, y 3.º Profesión de los mismos.

Para dar una idea del interés de esta nueva obra de Vera —exponente maravilloso de la cultura medieval española—, basta la numeración de este último índice: 3 alcoranistas, 3 astrólogos, 12 astrónomos, 13 biógrafos, 6 botánicos, un boticario, un cabalista, 69 cronistas, 22 escriturarios, 3 exploradores, 45 filósofos, 11 geógrafos, 5 geopónicos, 16 gramáticos, 26 hagiógrafos, 50 historiadores, 83 jurisconsultos, 22 matemáticos, 30 médicos, 51 moralistas, 3 musicógrafos, un numismático, 17 políticos, 8 preceptistas, un químico, 10 talmudistas, 90 teólogos, 5 tradicioneros y 3 veterinarios.

La obra de Vera es el catálogo más completo que tenemos hasta ahora de la cultura medieval española.

S. DE R.



BERGUA, JOSÉ.—*Psicología del Pueblo Español*. Ensayo de un análisis biológico del alma nacional. (Con 124 grabados.) Madrid, Librería Bergua, Mariana Pineda, 9. [1934]. XVI págs., 760, 2 del índice, 5 s. n. con un extracto del catálogo de la citada librería y la página del colofón. Vol. en 8.º (16,3 × 11,5). Precio, 5 ptas.

Como buen estudiante de la carrera de Medicina, que por dolorosas circunstancias no pudo terminar, D. José Bergua es un perfecto analizador. I.º ha demostrado cumplidamente en la *Pequeña Enciclopedia práctica*, de la misma casa editorial. En la *Historia del Arte*: Arquitectura, Pintura, y Escultura, tomos L, LX y LXXII de aquella Enciclopedia vulgarizadora con profusión de láminas, al precio insignificante de una peseta cada volumen, el Sr. Bergua analizó cómo fueron dichas manifestaciones culturales en todos los tiempos y naciones, sin poner en olvido interesantísimas ilustraciones acerca de los estilos arquitectónicos, de las escuelas pictóricas, de los monumentos y modelos escultóricos y de otras muchas curiosidades.

El radio de acción lo ha extendido ahora el autor de aquellos trabajos a toda la psicología del pueblo español: hombres, hechos, alma, vida, agonía e incógnita futura. Para realizar tal análisis hemos de convenir con

el prologuista, D. Arturo Cuyás de la Vega, que D. José Bergua, tras de dilatados estudios y viajes, tras de muchos años y de muchos ocios robados al descanso; y secundado por su esposa, vertiginosa mecanógrafa, experimenta por España una pasión sin límites. «Con amor filial —dícenos el Sr. Cuyás—, José Bergua ha escrito un gran libro que es, quizás sin proponérselo el autor, una réplica vigorosa a los falsarios de aqueude y de allende.» Y sobre todo, «un libro de esta naturaleza pregon a línea por línea los vastísimos conocimientos de quien lo compuso». Está escrito, según el propósito de su autor, en estilo claro y llano, en el que la razón no se desvirtúa ni la atención se embaraza o dificulta con extraños conceptos.

Aunque sostengan lo contrario modernos exégetas, lo pretérito no sólo instruye, sino que alecciona. Como subyugan nuestra atención ese conglomerado histórico de elementos étnicos, razas actuales, influencia del territorio, población, formas de aglomeración en la misma, pueblos y ciudades hispanas y los solares de la raza. Citaremos contados casos: «También desde el punto de vista étnico influyó mucho en nuestro suelo la raza judía, pues parece indudable, aunque no se cuente con testimonios fehacientes, que existieron colonias hebreas radicadas en distintos puntos de la península, aun antes de la conquista romana...» De las Canarias, por ejemplo, nos refiere el autor de la *Psicología del Pueblo Español*: «... es la que tiene más predominio de chatos sobre aguileños, y tanta abundancia de aquéllos como la que más; también es la de mejor dentadura, que llega a ser irreprochable; es la décima provincia por abundancia de rubios, la cuarta por escasez de ojos garzos, la segunda por la abundancia de ojos negros, así como es la más morena por el cutis; la tercera por la estatura, primera por la amplitud de pecho, segunda por el peso y décimoquinta por el índice de corpulencia».

El Sr. Bergua sostiene, de acuerdo con todos los especializados, que la influencia del territorio en España ha sido definitiva, «tanto en el carácter como en la vida social de los españoles...»; «que si bien la población total... aumenta, este aumento va siendo cada vez proporcionalmente menor...», y que «en ninguna parte como en Avila se siente discurrir el tiempo lento...» Y si quieres, lector, evocar nuestras epopeyas y leyendas, lee desde la página 95 hasta la 268. En ellas cobran vida Indíbil y Mandonio, Viriato, Don Pelayo, El Cid, Doña Urraca, Guzmán el Bueno, Isabel la Católica, los Comuneros, la Monja-Alférez, el motín de Esquilache, Napoleón contra España, Rafael de Riego, «¡No se ha ido, que le hemos echado», y los españoles en América, que estudia con verdadero entusiasmo patrio, especialmente al cantar las gestas heroicas de Cortés y Pizarro.

España, según la mayoría de los extranjeros, es el *pais de lo pintoresco*. Cuán bien pulveriza tal aserto erróneo el Sr. Bergua. Pasamos por alto sus razonamientos acerca del individualismo, de la independencia, del valor y de la lealtad de los celtas e iberos; del orgullo, del sentido del honor y de la superioridad de la influencia romana; del espíritu religioso, de las cualidades físicas y de la diferenciación jerárquica de la influencia goda; del fatalismo, del espíritu bélico y de la pasión de la influencia árabe, y de ser Don Quijote, «en su fondo y forma, prescindiendo naturalmente

de la soberana ficción con que le vistió el genio» (pág. 279), «encarnación perfecta del ideal de la raza». Tan extenso, prolijo y detallado es el tema, que sólo diremos queda dividida España en dos zonas: la social y la regional, tan interesantes como documentos humanos y culturales.

Cómo anatematiza nuestra desidia. Folklore, literatura, costumbres, trajes y mil cosas más no se explotan como debieran por gobiernos y particulares. La península ibérica, hispánica, como acertadamente preconizó D. Juan C. Cebrián el año 1931 en la Sociedad Geográfica de Madrid, «es un museo abierto, perfectamente asequible y profusamente ameno»..., pero sin explotar por el turismo.

Como prolongación de lo regional, analizado amena e instructivamente, el autor de la *Psicología del Pueblo Español* nos presenta con magistrales pinceladas sus costumbres y folklore, acompañando la música de la muñeira, del alalá gallego, del canto de arrieros asturianos, del zortziko antiguo, de la canción montañesa vasca, de la jota de Teruel, del canto de las montañas de Cataluña, del «rossinyol», de la canción de la hilandera, de la canción de Mallorca, de la canción leonesa de ronda, del baile leonés del pandero, de la canción castellana, «Déjame subir al carro...»; de la de Burgos, de trilla y siega; de la de Salamanca, «La Telera»; de la de «Rueda castellana»; del baile llano de Castilla; del «Albae», de Valencia; de la jota valenciana; de las «Dansaes», de Játiva; de la canción del Valle de Ayelo, de la siega valenciana; de los bailes de enanos en la fiesta del Corpus, de Valencia; de la canción cazorra; de la saeta andaluza; de la «folia» de Canarias. Con todo detalle nos describe los trajes típicos y nos ilustra con profusión de grabados cómo los usan hombres y mujeres.

Como capítulos finales el Sr. Bergua nos habla, no con tanta extensión, sino someramente, de «La agonía». Desde que muere Isabel I de Castilla, «que merece el verdadero título de reina de España», hasta nuestros días, el análisis se convierte en disección. El escalpelo pone de manifiesto las lacras de los Austrias y de los Borbones, incluyendo la inclinación de Alfonso XIII al chiste y al retruécano, galas de su ingenio.

¿Podemos esperar de España un acto de redención? He aquí las palabras postreras del Sr. Bergua, después de presentarnos al orbe civilizado entre las conmociones catastróficas del comunismo y del fascismo:

«Téngase aquí la pluma, que si poca fortuna la asistió para narrar lo incommovible, no había de valerle mejor suerte para escribir la profecía del día de mañana, más incierto ahora que nunca, ya que la experiencia nos dice que la sorpresa se levanta con los hombres a cada amanecer.»

Ahora bien: ya es bastante con lo que ha realizado el autor de la *Psicología del Pueblo Español*. ¿Qué más cabe pedir? No hay recoveco, repliegue ni problema o aspecto sociológico y espiritual que no haya sido revelado por su pluma con el encanto de una sucesión de películas cinematográficas, engalanadas con amena erudición.

Todos los españoles y todos los hispanistas deben felicitarse por ello. Es cribar el oro nativo de nuestro pasado y nuestro presente.

AURELIO BÁIG BAÑOS.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

PIJOÁN, JOSÉ.—*El arte romano*. Vol. V de «Summa Artis». Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1934. Un vol., 591 págs. + 39 láms.

Un nuevo tomo de «Summa Artis» ha sido dedicado al arte clásico. Pijoán Soteras ha querido en este volumen hacer, y así lo declara de modo categórico, una moderna interpretación del arte romano, en la que se ha preocupado de dar un amplio sentido pedagógico sin limitarse demasiado a lo que llama certeramente «casi coquetería arqueológica de ser exactos».

El método constructivo de Pijoán es la expresión de un pensamiento que podría llamarse arquitectónicamente constituido, influencia tal vez del profesionalismo del autor o de sus más íntimas aficiones. Los capítulos de la obra son líneas sobrias, claras, categóricas, cuyos enunciados suponen un magnífico esquema de las artes plásticas.

Del arte primitivo en los pueblos itálicos hasta la muerte de Diocleciano, la obra de Pijoán abarca, en metódico estudio, todos los aspectos de esta evolución tradicionalmente expresada como arquetipo del realismo, tópico contra el que reacciona el autor al afirmar que «si de algo peca es de artificioso por excesivo idealismo». El artificio es un conjunto de símbolos y emblemas en que cada detalle es *repetición realista del objeto real*.

Capítulo contenedor de novedades interesantísimas es el dedicado al estudio del arte provinciano. Cuanto se encierra dentro del *limes* es para Pijoán arte romano que engendra la Edad Media y resume culturas anteriores. Por esto tal vez tienen ese gran interés las páginas dedicadas al estudio de los retratos de los provincianos.

La ilustración —copiosa y magnífica— ha sido cuidadosamente seleccionada con arreglo al criterio sustentado por Pijoán en otros volúmenes de la misma colección, esto es, ha procurado reconstruir sobre sus restos los monumentos que para ello tenían indicios suficientes, pero al mismo tiempo ha suprimido los *embellecimientos* con que el mal gusto, medieval o moderno, había complicado de modo estúpido el arte sobrio de los romanos. Tal vez algún arqueólogo vea en ello un reparo, pero para el lector que busca, no las medidas exactas, sino la emoción auténtica, el libro de Pijoán es un nuevo acierto, rotundo y terminante, primorosamente editado por Espasa Calpe.

L. DE S.



VINDEL, FRANCISCO.—*El Librero español. Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días*. Conferencia dada en la Cámara del Libro de Madrid el día 27 de marzo de 1934. Tirada de corto número de ejemplares. Madrid, imprenta de Góngora, San Bernardo, 83; 21 págs., en 4.º menor.

Este opúsculo es resultado de aquélla. Una y otro son fruto de don Francisco Vindel. En la Cámara Oficial del Libro desenvolvió el 27 de marzo su enunciado *El Librero español. Su labor cultural y bibliográfica en España desde el siglo XV hasta nuestros días*. El folleto, ahora dado a la estampa, reproduce lo dicho en la conferencia.

Huelgan comentarios. La escuché muy complacido y la leo y releo con mayor entusiasmo. Como amante del libro y sin ser crítico y menos aún bibliófilo, siempre que asisto, intervengo y me permito recrearme con cualquier manifestación cultural, gozo lo indecible.

¡Qué firme puntal fué para el alcázar de la sabiduría el descubrimiento de la imprenta! ¡Separó al mundo antiguo del moderno! ¡Abrió un horizonte más luminoso y fantástico al hombre! ¡Infiltró aliento al Genio y prestóle alas a la Fama! ¡Los otros descubrimientos, la pólvora, el Nuevo Mundo y el vapor, al superar a la fuerza bruta, intensificar los dones terrestres y salvar las distancias de unos y de otros confines, resultaban tributarios del de la imprenta! El libro, como reflejo viviente de la fortaleza del espíritu, como manjar eterno y superabundante, como vehículo de difusión amena o científica, proclama al hombre como rey de la Creación. Nada supera al libro. Esto explica que el catedrático D. Eduardo Juliá y Martínez, en su obra *La Frase literaria*, digna de gran encomio, haya hecho un estudio sintético del libro para grabarlo en el cerebro de sus educandos con caracteres inmarcesibles.

Don Francisco Vindel ha hecho un estudio bibliográfico tan ameno como interesante. Por él desfilan todos los libreros más importantes de los siglos xv, xvi, xvii, xviii, xix y xx, al frente de los cuales coloca, respectivamente, a Cristóbal Colón (¡oh, curioso hallazgo!); a Blas de Robles, descubridor de Cervantes; a Francisco de Robles, el descubierto documentalmente por Pérez Pastor; a Pedro Alonso de Padilla, cuyos curiosos manuscritos evoca y de quien se ocupará en otra conferencia; a D. Pedro Salvá, base de la bibliografía española, y a D. Pedro Vindel, príncipe de los libreros anticuarios y progenitor de una verdadera dinastía.

Menester es que hagamos constar el haber logrado su propósito don Francisco Vindel. Ha puesto de manifiesto que el librero español estaba, si se quiere, en olvido, toda vez que sólo al impresor de gran renombre se le prestaba atención y se le enaltecía. (Recuérdese *La Imprenta en el*

siglo XV. Ocho ediciones conocidas de la Imprenta de Botel en Lérida, por D. Gabriel M. del Río y Rico. Sin contar otras obras más técnicas de D. Angel González Palencia y D. Agustín Millares Carlo.) El librero queda, pues, reivindicado.

Las cifras elevadas que suman las cantidades de algunos Catálogos, recordadas por el Sr. Vindel, me traen a la memoria el que antes de la invención de la imprenta era muy costosa la adquisición de una obra importante. Hoy en día los bibliófilos se lamentan de la carestía de los libros raros; entonces vendíanse lo mismo que una heredad o edificio particular por medio de escritura pública y bajo condiciones particulares, dignas de transcribirse. Según leo en una enciclopedia francesa, los historiadores citan muchos ejemplos de lo escasos que eran en la Edad media los libros y de lo caros que se vendían en Europa. Entre otros mil sucedidos, cabe señalar una colección de homilias, por las cuales se dieron en Bretaña, según el abate Lebeuf, en el siglo XI, 2.000 carneros y tres moyos de grano, que equivalen a 99 fanegas.

Cómo no se iban a pagar caros los libros si la copia de los manuscritos se hacía entonces con tanta pausa y lentitud que una copia de la Biblia sacada en cinco meses juzgóse como la última palabra de la rapidez. Además de esto, en el siglo XV se requerían mucha solvencia moral, garantías y seguridades por parte de las personas a quienes los libros eran prestados.

Entre las varias notas eruditas aportadas por D. Francisco Vindel, debemos consignar una muy curiosa: la de la *Crónica del Rey Don Rodrigo*, en 1449, en donde al fin del colofón, «E impreso por mandado del honrrado Senor Lázaro de Gazanis y compañeros», se halla el escudo del librero, que era el mismo Gazanis. Esta fué la primera vez en que se verificó tal estampación. (Recuérdese «Tras de las tinieblas espero la luz», de la edición príncipe del *Quijote*.)

¿Cómo ejercían su industria los libreros españoles?

¿Cómo desde 1502 cumplimentaron el severo reglamento de los Reyes Católicos? ¿Cómo se relacionaron con Cervantes los libreros Robles, sin perjuicio de explicarnos todas las fases de España en la bibliografía quijotesca?

Todo esto promete el Sr. Vindel analizarlo en otras conferencias. Por lo pronto en ésta, al mismo tiempo que nos ha señalado el ascendiente cultural de los libreros y el incremento progresivo de la producción española, vemos con deleite destacarse con trazos áureos a Séneca, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y cuantos fueron y son inmortales.

AURELIO BÁIG BAÑOS.

